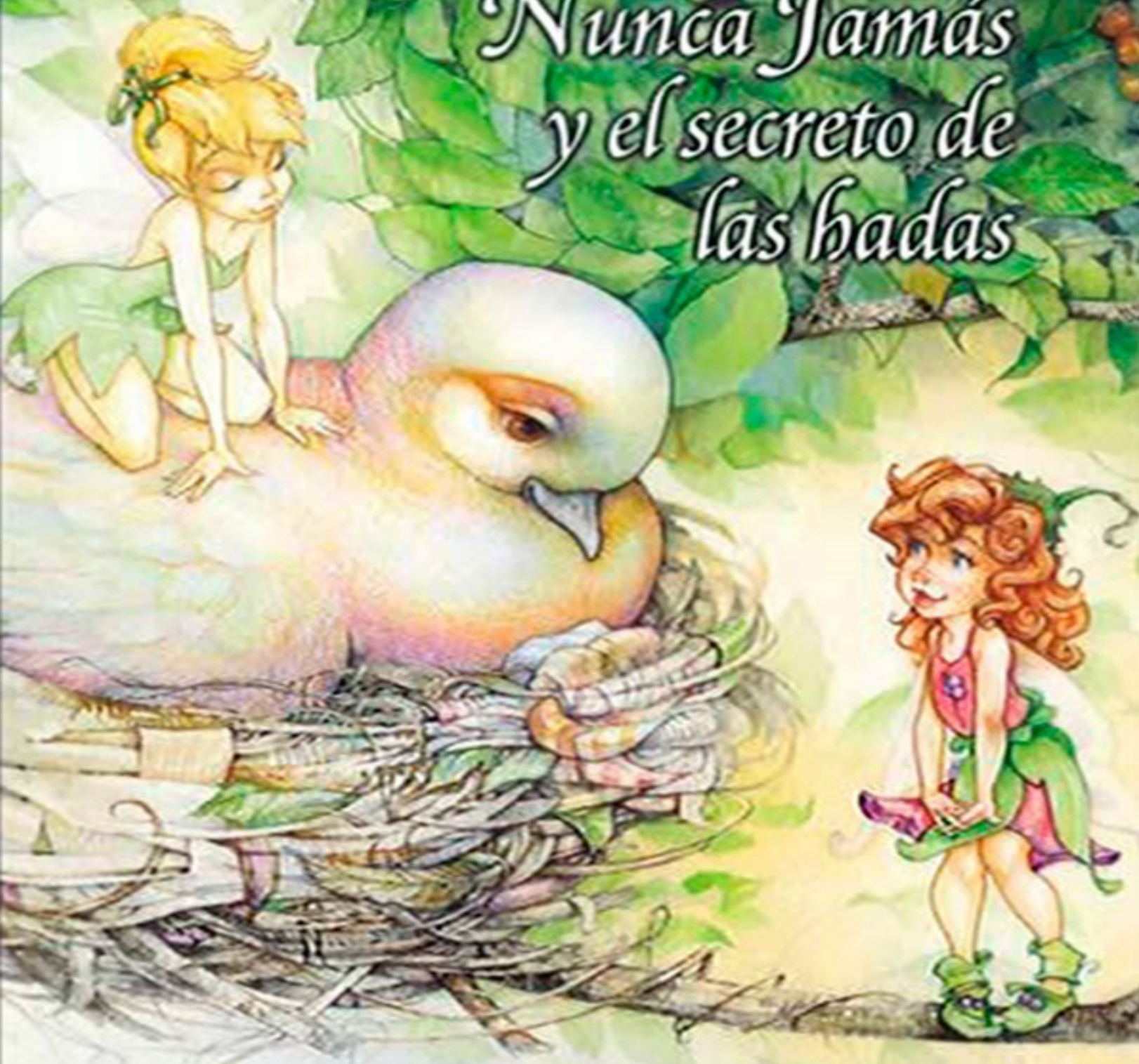




Disney
Fairies

El País de Nunca Jamás y el secreto de las hadas



GAIL CARSON LEVINE
ILUSTRACIONES DE DAVID CHRISTIANA

Todos en el Refugio de las Hadas están hablando de la llegada de una nueva hada. Su nombre es Prilla y la pobre no tiene la menor idea de cuál es su talento, aunque hay algo de ella que es extrañamente humano. Prilla está desesperada y necesita de la ayuda de Madre Paloma, la creadora y protectora del huevo mágico que evita que los seres de Nunca Jamás envejezcan. Pero la llegada inesperada de un huracán les traerá muchos problemas a los habitantes del País de Nunca Jamás y Prilla junto con otras dos hadas, serán escogidas para una travesía para salvar el secreto de las hadas. El futuro de Nunca Jamás y la vida de Madre Paloma estarán en las manos de las tres expedicionarias.



Gail Carson Levine

El país de Nunca Jamás y el secreto de las hadas

Trilogía Polvo de hada - 1

ePub r1.0

guau70 08.10.15

Título original: *Fairy dust and the quest for the egg*

Gail Carson Levine, 2005

Traducción: Juan Manuel Pombo

Ilustraciones: David Christiana

Diseño de cubierta: Editorial Norma

Editor digital: guau70

ePub base r1.2



Para James M. Barrie
y para mi primer novio, Peter Pan

—G. C. L.

Para Kathe —la mejor—
y para Kristie —también la mejor—
... y más días como estos

—D. C.









UNO

Cuando la pequeña Sara Quirtle soltó su primera risotada, no había acabado de salir la risa cuando ya su jolgorio revoloteaba camino a la ventana. Una vez afuera, rodó pared abajo y luego se alejó haciendo cabriolas a lo largo del tranquilo sendero que pasaba frente a la casa de Sara.

Al llegar a Water Street, dobló a la derecha y, sin dejar de retozar, continuó en dirección al ancho mar que separaba Tierra Firme de Nunca Jamás. Una vez al lado del mar, la risa se arrojó a las aguas marinas saltando de la cresta de una ola a la siguiente, olas que, una tras otra, se repetían en la inmensidad.

Sin embargo, tras dos semanas de viaje bailando sobre las olas, el curso de la risa viró demasiado al sur y, por lo tanto, jamás hubiera dado con El país de Nunca Jamás si éste no se hubiera también movido en la misma dirección. Y Nunca Jamás lo hizo porque quería a toda costa encontrarse con la risa pródiga.

Porque lo cierto es que nunca podremos dar con el País de Nunca Jamás si éste a su vez no nos quiere encontrar; ahora bien, si él, el País, así lo quiere, entonces es imposible errar el camino.

Nunca Jamás es un lugar extraño. Allí, los animales y los seres humanos (o los «torpes», como las hadas los llaman) jamás envejecen. Nunca. Precisamente por eso se llama así: el País de Nunca Jamás.

Y la única razón por la que el País de Nunca Jamás viaja sobre las olas es porque los niños, hijos de humanos creen en él. Si un buen día, todos los niños dejaran de creer en él, el País de Nunca Jamás simplemente remontaría el vuelo y se iría volando con el viento. Incluso hoy, en nuestros días, cada vez que un niño deja de creer en el País de Nunca Jamás, un hada muere... a menos que un número suficiente de niños, hijos de humanos, empiece a aplaudir dando prueba de su fe.

Algunas veces, Nunca Jamás es grande; otras, pequeño. La mayoría de sus habitantes vive cerca de la costa. Sus bosques y llanuras y la Montaña Torth, lugar en donde el dragón Kyto permanece encarcelado, son todos territorios casi sin explorar.

En fin, tan pronto como Nunca Jamás empezó a moverse, Madre Paloma supo que una risita venía en camino. «Ya era hora», pensó. Cada vez que Madre Paloma presentía un nuevo arribo, sentía que la suerte estaba de su lado. Y las hadas se llenaban de júbilo.

Madre Paloma le contó a Beck, el hada con el don para los animales más exquisito

en todo el País de Nunca Jamás. Y Beck le contó a su amiga Moth, quien sola era capaz de iluminar con su resplandor la Casa del Árbol entera. Y Moth le contó a su vez a Campanita, la famosa Hada de las Cazuelas, y a ocho hadas más.

Pero vamos por partes: lo que ocurre es que cuando un bebé se ríe por primera vez, cuando suelta su primera carcajada, su risa se convierte en un hada. La mayoría de las veces se convierte en un Hada de Tierra Firme, ya sea en un Hada de Varita Mayor o Menor, o en un Hada de Sortilegios o incluso en un Hada de Brillo Especial. Y, ocasionalmente, se convierte en un Hada de Nunca Jamás.

El hecho es que el rumor de la llegada de una risa corrió entre las hadas de todos los talentos y, como todas querían para su gremio una nueva hada, cada una de ellas se esmeró cuanto pudo para merecer a la que estaba por llegar. Las hadas cerrajeras, con talento para diseñar ojos de cerradura, se ingeniaron una docena de diseños nuevos. Las pastoras de orugas encontraron una oruga que llevaba una semana perdida. Y las hadas con talento musical, quienes recientemente habían perdido para siempre un hada, víctima de la falta de fe de un niño humano, resolvieron practicar una hora extra todos los días.

Ya muy cerca del País de Nunca Jamás, la risa de la que aquí hablamos se deslizó por debajo del arco iris de una sirena y muy oronda, demasiado tontilla como para asustarse por nada, pasó de largo tan campante al lado de un barco pirata anclado en la Bahía de los Piratas. Al llegar a la orilla, apretó su paso y voló a toda velocidad playa arriba sin siquiera detenerse para admirar una manada de tortugas gigantes de caparazón amarillo.

Al llegar aquí, la risa se encogió un poco, haciéndose más compacta. Tras dejar atrás el último de cincuenta y cuatro caracoles, comenzó a trepar, tierra adentro. No había progresado mucho en su camino, cuando el aire empezó a hacerle fuerte resistencia y se vio obligada a reducir su marcha hasta casi parecer que avanzaba a gatas.

El problema fue que el País de Nunca Jamás empezó a tener sus dudas. Esta risita resultaba ser algo extraña, diferente, y por lo tanto Nunca Jamás no sabía muy bien si dejarla entrar o no.

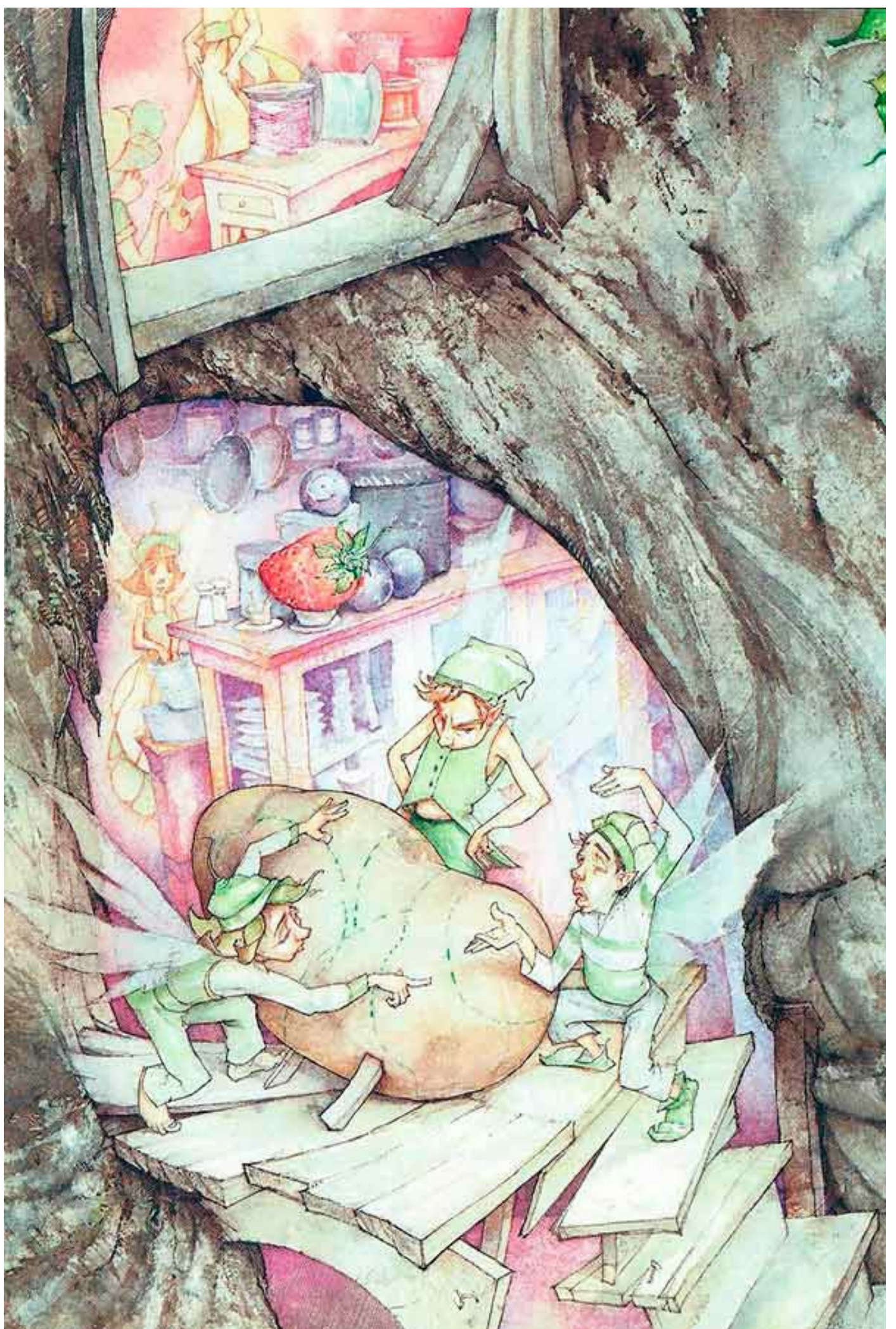
Abajo, quedaba lo que se conocía con el nombre del Refugio de las Hadas. Y muchas de ellas entraban y salían de sus habitaciones dentro de la Casa del Árbol, un alto y enorme arce que es como el corazón del Refugio de las Hadas. Allí, unas hadas limpiaban las ventanas, allá, otras traían la ropa lavada, otras más regaban las macetas con flores en los alféizares de las ventanas... mejor dicho, querían dejar su casa como una tacita de plata en preparación para festejar, aquella misma noche, la Fiesta del

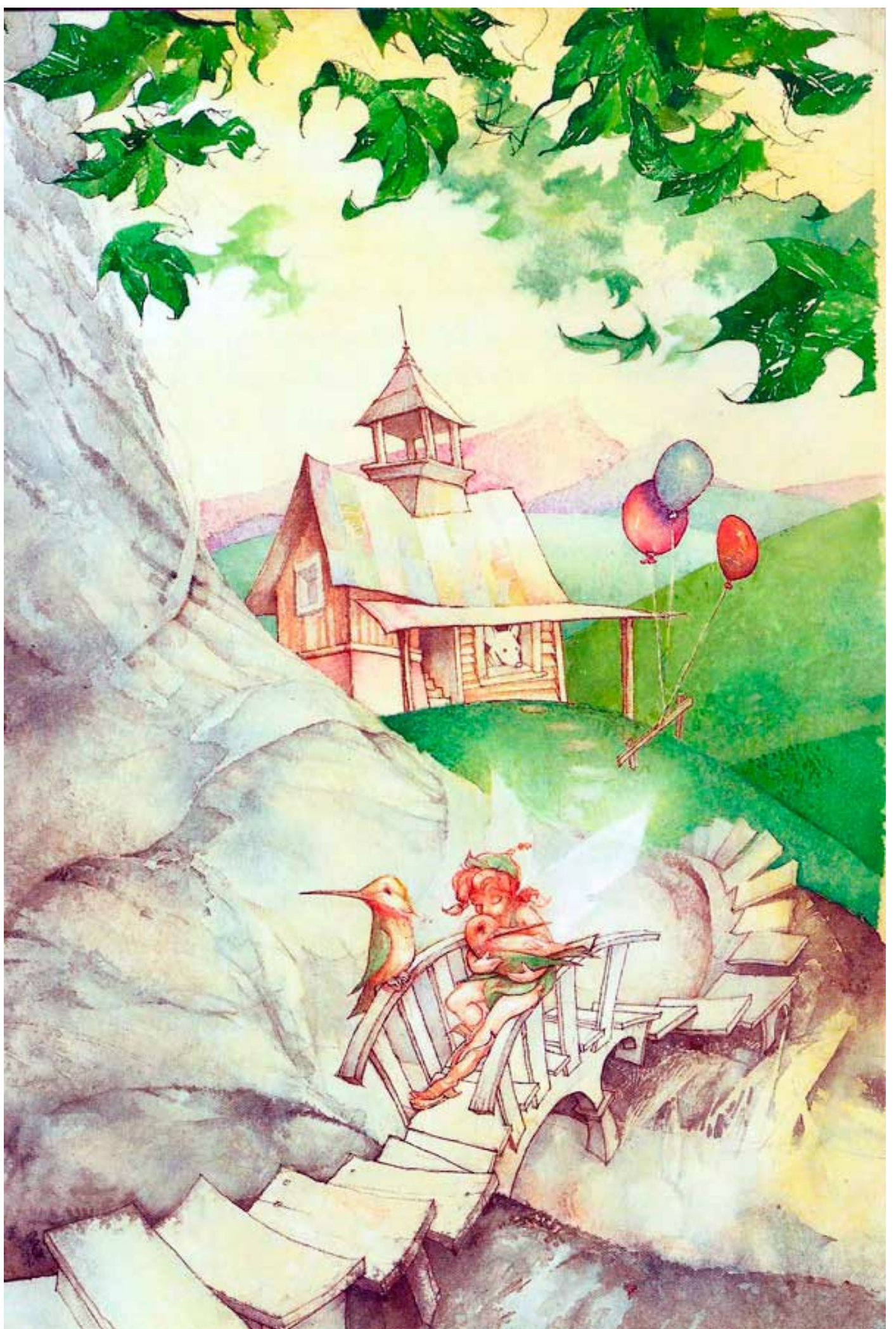
Cambio de Plumas.

Y la risa sospechó que su lugar sería allá abajo. Quiso pues descender, pero no pudo.

En los primeros pisos de la Casa del Árbol, las hadas se ocupaban en sus talleres. Dos hadas con talento para la costura se apresuraban para terminar un vestido con pétalos de lirio. Bess, la artista mayor de Nunca Jamás, le daba los toques finales a un retrato de Madre Paloma.

Si Bess —o para el caso cualquiera de las otras hadas— hubiera sabido que la risa estaba allá arriba, sin duda hubiera salido volando por la ventana para ir a prestarle ayuda. Y hubiera llamado a otras hadas para que colaboraran. Y con seguridad todas y cada una de ellas hubiesen acudido al llamado, hasta la pérfida Vidia e incluso la muy digna Reina Clarion hubieran acudido al llamado.





En la cocina, que quedaba en el primer piso del árbol, las hadas corrían de aquí para allá sin percatarse de la presencia de la risa. Dos hadas con talento para la cocina alzaban un enorme asado de tortuga de mentirilla para meterlo al horno. Tres hombres gorrones (también existen hadas de género masculino) discutían sobre la mejor manera de pelar y cortar las papas para la cena de aquella noche. Y un hada con talento para la panadería le consultaba a un hada peluquera algo sobre cómo trenzar mejor la masa para el pan.

Entretanto, arriba, la risa continuaba su viaje, luchando cada centímetro.

Pasó sobre el roble que era el vecino más cercano de la Casa del Árbol. La risa no tenía ni idea de que allí, bajo ese árbol, trabajaba un equipo de hadas con talento para ayudar en las cocinas.

Protegidas con unos cascos hechos con cáscaras de nuez, recogían bellotas para la sopa de esa noche.

En el establo, un poco más allá del roble, cuatro hadas granjeras ordeñaban unos ratones lecheros, pero no vieron la delicada sombra de la risa cruzar sobre la espalda de cada uno de los ratones.

En el huerto de árboles frutales, al otro lado del arroyo Havendish, una brigada de hadas con talento para las frutas recogía dos docenas de cerezas para igual número de pasteles de cereza.

¡Si sólo hubieran levantado la vista!

Y la risa llegó justo a los linderos del Refugio de las Hadas, en donde Madre Paloma posaba, como siempre, empollando su huevo en las ramas bajas de un Espino. El nido estaba al lado del Círculo Encantado, lugar en donde tendría lugar la celebración de esta noche.

¿Será que la risa alcanzó a sentir la atracción de la bondad de Madre Paloma? No lo sé, pero sea lo que sea, se preparó para un último esfuerzo.

Si Madre Paloma no hubiera estado distraída escuchando a un hada que recitaba sus versos para una representación que haría esa noche y observando a otra que practicaba una polca aérea, con seguridad se hubiera percatado de la presencia de la risa. Madre Paloma hubiera querido animar a la poetisa y a la bailarina asintiendo con la cabeza pero no podía hacerlo porque de otro modo Beck no podría terminar de atarle una cinta que ahora le ponía en torno al cuello. Arriba, en lo alto, la risa seguía avanzando, empujando con todas sus fuerzas. Y en ese mismo momento el País de Nunca Jamás decidió recibirla, dejarla entrar.

Entonces, la risa dio un giro rápido y se disparó a toda velocidad pasando, primero, sobre Madre Paloma, luego, de vuelta sobre la huerta de frutales, por encima

de los ratones y el roble, todo al tiempo que descendía más y más. Alcanzó por último la velocidad y fuerza final de un estornudo y explotó justo frente al hoyo en un nudillo que constituía la puerta de entrada a la Casa del Árbol.

Y allí, en el patio de piedritas, yacía pues Prilla, la nueva hada, caída de espaldas sobre el suelo, un ala doblada, las patas al aire y los restos de risa apilándose a su lado para conformar su vestido de bienvenida.



DOS

Madre Paloma supo el momento justo en el que Prilla llegó.

—¡Llegó la nueva hada! —le dijo muy entusiasmada a Beck—. ¿No te parece maravilloso?

—Ciertamente —dijo Beck, con la esperanza de que la recién llegada fuera un hada con talento para los animales.

Entretanto, en el patio, una multitud se reunió al lado de Prilla, y un hada con talento para los mensajes voló a contarle a la Reina.

Terence, un hombre gorrión con talento para fabricar polvillos de estrellas, roció una taza llena de polvillos de estrella sobre Prilla. Eso sí, una taza justa, ni una pizca más ni una pizca menos. Era la primera dosis diaria que se le adjudicaba a Prilla.

Tan pronto como el polvillo entró en contacto con la recién llegada, Prilla sintió un cosquilleo corriéndole por todo el cuerpo y surgió su resplandor. Las hadas resplandecen de un color amarillo-limón, con borde dorado.

Y se sentó. Su ala doblada se enderezó de un golpe y empezó a aletear. Se le despejo la cabeza.

¡Era un hada! ¡Un Hada de Nunca Jamás! ¡Qué suerte tenía!

Entretanto, las otras hadas esperaban, demasiado solemnes como para siquiera sonreírle a la recién llegada. Cada una de ellas anhelando contra todo pronóstico una nueva miembro para su propio talento.



Todas y todos esperaban a que Prilla anunciara su talento, ya que el primer acto de toda hada nueva consistía precisamente en hacer el Anuncio.

Sin embargo, lo que Prilla hizo fue ponerse a volar sobre el patio, su pelo castaño al viento.

¡Volar era maravilloso! Dio una voltereta en el aire.

Y además tendría poderes mágicos, ¿verdad? Voló pues en dirección a la Casa del Árbol y sacudió un poco de polvillos de estrella de su mano sobre una hoja. Apretó los ojos, observó con detenimiento la hoja y vio cómo, de pronto, en menos de lo que dura un parpadeo, la hoja desapareció. Ahora fue Prilla la que parpadeó y, con la misma rapidez, la hoja estaba de nuevo ahí.

Las hadas la observaban desde abajo. Nunca ninguna de ellas había visto a una recién llegada comportarse como Prilla se comportaba. Entonces, Prilla descendió para aterrizar en medio de todas ellas, entre Terence y una pastora de orugas.

Todas y todos se hicieron a un lado.

—¡Hola! —dijo Prilla—. ¡Estoy muy contenta de ser un hada! Gracias por recibirme.

Varias hadas arquearon las cejas entre sorprendidas y extrañadas. ¿Acaso esta recién llegada creía que ellas la habían escogido?

Prilla, al ver la expresión en sus caras, titubeó:

—Eh, quisiera ser una buena hada.

Una de las hadas comentó:

—Miren, tiene pecas.

—Sin embargo, es bonita y bien rellenita —dijo Terence.

Éste era el tipo de comentarios que solían hacerse a la hora de un arribo, aunque, por lo general, se hacían después de que la nueva hada hubiera anunciado su talento.

—Les juro que cada año que pasa parecen llegar más jóvenes —dijo la pastora de orugas y unas cuantas hadas asintieron.

Pero a ti, Prilla no te parecería joven. Te parecería una personita adulta sólo que de unos diez centímetros de alta, igual a cualquier otra hada y perfectamente proporcionada. Las hadas, sin embargo, sabían que Prilla era muy joven porque tanto su nariz como sus alas no habían alcanzado aún su tamaño normal.

Un adulto humano simplemente no vería a Prilla. Quizá vería un fugaz resplandor en el aire o sintiera un breve tufillo a canela. Quizá incluso oiría susurrar las hojas como si las soplara el viento, pero jamás sospecharía que está ante la presencia de un hada.

Los adultos humanos no pueden ver ni oír a las hadas, pero sí las sienten. Si un

hada pellizca a un adulto humano, el humano se golpeará con la palma de la mano el punto donde lo pellizcaron y pensará que se trata de un mosquito.

Campanita aterrizó en el patio. Cuando vio a Prilla cruzar veloz volando frente a la ventana de su taller, dejó en el acto de trabajar en su cucharón agrietado y se vino hasta aquí. Quería estar en el lugar indicado en el caso de que la nueva hada resultara tener talento para reparar cazuelas.

Terence le mostró la más encantadora y coqueta de sus sonrisas a Campanita. La admiraba muchísimo. Le gustaba la manera como rebotaba al aterrizar. Le gustaban los arcos de sus cejas, los rizos de su cola de caballo y su flequillo que, a ojos de Terence, era del largo perfecto, lo que quiera que el tal largo fuera. Le gustaba hasta cuando ponía mala cara, cosa que hacía frunciendo el ceño de modo feroz y descarado.

Pero Campanita no le prestó atención a la sonrisa de Terence. Ya le habían roto el corazón una vez y no iba a ponerlo en peligro de nuevo. Lo que hizo fue saludar a Prilla:

—Bienvenida al Refugio de las Hadas. ¿Cómo te llamas, niña?

—Prilla —dijo la niña extendiendo la mano.

Campanita, primero, no supo muy bien qué hacer, pero luego extendió la suya para estrechar la de Prilla. Las hadas por lo general no se estrechan las manos.

—Yo soy Campanita.

—Encantada de conocerla, señorita Campanita —dijo Prilla.

Todos los allí presentes intercambiaron miradas y Campanita frunció el ceño.

Prilla se sonrojó. Supo que había dicho algo indebido pero no tenía idea qué.

Y era lo siguiente: las Hadas de Nunca Jamás siempre se llaman por sus nombres de pila y basta.

Nada de señorita tal o señor no sé qué. Son sólo los «torpes» quienes dicen cosas como «Encantado de conocerlo». Lo que las Hadas de Nunca Jamás dicen es «Espero volar pronto contigo» o, para ser más breves, «Vuelo contigo».

—Llámame Campanita. ¿Cuál es tu talento, Prilla? —dijo Campanita y esperó la respuesta conteniendo la respiración.

En ese momento, Prilla dejó de ver y oír todo lo que ocurría a su alrededor. Y lo que empezó a escuchar en cambio fueron los compases de un vals y voces de humanos. Estaba de vuelta en Tierra Firme, de pie sobre el hombro de una niña, hija de humanos, que a su vez montaba en un caballito de tiovivo.

La niña sintió las alas de Prilla batiéndole en la nuca y alzó la mano para sacudirse lo que pensó era un insecto. Prilla voló para ponerse frente a la cara de la niña, que

quedó boquiabierta de la sorpresa.

¡Qué cosa más divertida! Prilla se abrió de piernas y luego ejecutó un doble salto mortal perfecto.

Campanita, por su parte, todavía en el País de Nunca Jamás, se sintió ignorada.

—¡Oye, Prilla! ¿Cuál es tu talento?

La sonrisa en la cara de Prilla se desvaneció.

—Excúsame, ¿qué me decías?

Campanita jugueteó con su flequillo:

—Oye, aquí nadie pide excusas. Te preguntaba que... —dijo subiendo ahora un poco el tono de su voz—, que cuál es tu gracia, tu talento.

—¿Talento?

—¡Ajá! —dijo Terence.

Y una lavadora de alas preguntó:

—¿Será que le faltó una pizca para ser una verdadera risa?

Porque lo anterior ocurría algunas veces. Un pedazo de risa bien podía romperse en el camino a Nunca Jamás y entonces el hada llegaba incompleta. A algunas de las hadas incompletas podían faltarles, por ejemplo, las punta de las orejas o bien sólo medio cuerpo les brillaba. Algunas, incluso, parecían a todas luces completas, pero tenían un impedimento al hablar o eran de aquellas que pensaban que palabras como colchón y gallina hacían rima.

En el caso de Prilla, lo contrario era verdad. Cuando Sara Quirtle soltó su primera carcajada, algo de Sara quedó pegado a la risa y se le metió a Prilla. Prilla era un hada completa, pero era algo más que eso también.

—Per... eh, excúsame, ¿qué es un talento? —preguntó Prilla.

Todas las otras hadas batieron sus alas, aterradas.

—Oye, nadie dice perdóname ni excúsame ni nada parecido —dijo Campanita—. Y mira, un talento es una habilidad. Todas nosotras tenemos uno. Y sabemos cuál desde el momento mismo en el que llegamos.

Pero Prilla no podía pensar en una sola cosa para la que fuera buena. Parpadeó para contener las lágrimas y dijo:

—Me temo que no tengo ningún talento.



TRES

Una brisa pasó rozando las orejas de Prilla y acto seguido un hada llegó volando al patio. Era Vidia, la más veloz de las hadas con talento para volar. Aterrizó justo delante de Prilla y sonrió.

A Prilla no le gustó para nada esa sonrisa melosa.

Campanita dijo:

—Vete de aquí, Vidia.

Pero Vidia igual le dijo a Prilla:

—Vuelo contigo, querida niña.

—En... encantada de conocerte.

—¡Ayayay! Una incompleta, ¿me temo? —dijo Vidia, inclinándose un poco para observar a Prilla mejor—. En fin, mi querida criatura, si tu talento es el vuelo, tengo algo que...

—¡Vidia! —exclamó Campanita, esto tendría que hacérselo saber a la Reina—. Vidia, sería mejor si tú...

—Ay, Campanita, corazón mío...

Prilla sintió que lo de «corazón mío» sonó más con desdén que con cariño.

—... no te imaginas... —continuó Vidia, pero en ese instante un hombre gorrión se disparó a los cielos y desde lo alto advirtió:

—¡Halcón! ¡Halcón a la vista, por occidente!

Campanita empujó a Prilla para meterla por el hoyo del nudillo que era la puerta de la Casa del Árbol. Las otras hadas volaron a las ramas más bajas.



Prilla y Campanita observaron la sombra de un ave cruzar sobre el suelo del patio.

—¿Eso era un halcón? —preguntó Prilla.

Campanita asintió con la cabeza.

—¿Y nos hubiera comido?

—Si tenía hambre, sí.

Los halcones matan a unas cuantas hadas al año. Campanita misma ya había tenido un par de peligrosos encuentros cercanos con ellos y le dijo a Prilla:

—Te recomiendo mantener los ojos bien abiertos con esto de los halcones.

Prilla se estremeció y luego dijo:

—Cuando estemos a salvo de nuevo, me gustaría darle las gracias al hombre gorrión que nos salvó a todas.

Campanita se jaló su flequillo, molesta. Algo andaba mal con Prilla, y cuando algo no anda bien, a Campanita lo único que le gusta hacer es arreglarlo. Por eso mismo le encantaba componer cazuelas. Pero no sabía cómo arreglar a Prilla. Estaba en una situación similar a la que ocurre cuando nos pica justo allí donde no podemos rascarnos.

—No le des las gracias, es su trabajo, por algo es un explorador.

Prilla quedó perdida y Campanita pensó, exasperada, «esta niña me va a enloquecer». Entonces dijo:

—Explorar y servir de vigía es su talento. Salvarnos lo hace feliz.

—Ah, ya veo —dijo Prilla, que en realidad no veía ni entendía nada de nada.

La verdad es que Campanita estaba convencida de que Prilla algún talento tenía, pero simplemente no daba con cuál sería. Observó con cuidado las manos de Prilla. Tiraban a grandes, pero no demasiado. Quizá la criatura, después de todo, fuera un hada con talento para las cazuelas. Eso sí, el más extraño de los talentos que jamás hubiera visto en la vida.



Pero Prilla estaba de nuevo en Tierra Firme. De pie sobre una mesa de desayuno, al lado de una caja de leche, los ojos a la altura de las palabras «Fibra dietética 0g», impresas sobre el cartón.

Un hombre se servía un café en la cocina. Un niño atacaba un panecillo. Prilla voló hasta ponerse frente a la cara del niño, fascinada con su manera de masticar.

—¡Oye, mira! —exclamó el niño, escupiendo a su vez migas y saliva, al tiempo que arremetió contra Prilla, pero ella alcanzó a eludirlo y el niño tumbó la leche.

Prilla le hizo un guiño y desapareció. Muerta de la risa, le dijo a Campanita:

—Acabo de ver a un humano, un torpe, escupir medio panecillo.

Campanita volvió a jalarle los flequillos:

—¿De qué torpe hablas?

—Pues ése que... —empezó a contestar Prilla, pero pronto comprendió que de nuevo había dicho algo no indicado. ¿Acaso Campanita no se echaba sus voladitas rápidas a Tierra Firme de vez en vez?

Y pues claro que no, Campanita no se echaba voladitas a Tierra Firme. La mayoría de las hadas no tenían contacto alguno con los hijos de humanos (excepto si se trataba de Niños Perdidos) o en casos extremos, cuando un hada colega estaba a punto de morir por aquello de la falta de fe.

Prilla resolvió cambiar de tema:

—¿Estamos dentro de la Casa del Árbol?

—Sí, estamos en el hall de entrada —contestó Campanita, feliz de que Prilla hablara de algo medianamente razonable.

Las paredes relucían de un color marrón dorado, tan pulido, que uno casi podía

verse allí reflejado. Entonces, Campanita, muy oronda, agregó:

—Brillamos las paredes todas las semanas, y para hacerlo se requieren por lo menos dos docenas de hadas.

Prilla se preguntó si quizá brillar y pulir fuera su talento.

Al lado de la puerta de entrada reposaba un directorio en bronce con la lista de todas y cada una de las hadas, que indicaba su respectivo talento, número de habitación y de taller de trabajo, en el caso de que tuviera taller.

—También tu nombre aparecerá allí —dijo Campanita—, en una hora más o menos, una vez que las hadas decoradoras hayan terminado con tu alcoba.

Prilla asintió. Sería la única sin un talento frente a su nombre. El suelo del hall de entrada estaba revestido con baldosas de mica nacarada. Una escalera de caracol subía al segundo piso, aunque las hadas sólo la utilizaban cuando se les habían mojado las alas y por lo tanto no podían volar.

Cuatro ventanas ovales daban sobre el patio central.

—Los cristales de las ventanas los hacen con vidrio molido —dijo Campanita y al decirlo añoró estar al lado de su cucharón averiado.

De pronto, del fondo del corredor, se escuchó un estrépito y voces que se alzaban.

Prilla giró para hacerle frente a Campanita, como pidiendo una explicación.

El corazón de Campanita se puso a mil. Quizá se había roto algo que pudiera reparar.

—¿Quieres conocer la cocina?

—¿Puedo? —preguntó Prilla. Quizá tuviera un talento que pudiera ser útil allí.

Y Campanita pensó igual, en cuyo caso podría dejar a Prilla en la cocina y ella volver a su taller.

O, de haberse roto un tiesto, entonces podría allí mismo descubrir si Prilla tenía el talento para arreglarlo.

—Ven —dijo Campanita.

Prilla la siguió por el corredor, de cuyas paredes colgaban pinturas con los símbolos de cada talento: una pluma para el talento de los polvillos de estrella; una olla abollada para el talento con las cazuelas; el sol, para el talento de la luz. Prilla se preguntó qué talento representaría un cuadro en el que se veía una nariz con medio bigote debajo.



Al pasar, Campanita acarició con sus alas el marco dorado de la olla abollada y luego se metió por la primera puerta que encontraron. Prilla la siguió, le olió a nuez moscada y las tripas le resonaron, cosa que nunca antes le había ocurrido, de manera que se preguntó qué podría significar aquello.

—Éste es el salón de té —dijo Campanita—. La habitación preferida de la Reina Ree (ése era el apodo que las hadas le tenían a la Reina Clarion). Esta noche la conocerás, durante la celebración.

¡Conocer a la Reina! El resplandor de Prilla se intensificó. ¡La Reina!

Prilla examinó el salón de té en busca de claves sobre la Reina Ree, ya que ése era su salón favorito. Se trataba de un ambiente sereno, de colores apagados. Las estrechas ventanas se alzaban desde unos pocos centímetros sobre la alfombra con motivos florales hasta el alto techo, casi cincuenta centímetros más arriba. La luz del día, que se filtraba por entre las hojas del arce que se mecían afuera y por las cortinas de encaje que caían por dentro, era del mismo color verde claro que el papel de colgadura que cubría las paredes del salón y de la hierba que crecía en el País de Nunca Jamás.

Campanita comentó:

—Es bonito, pero a mí, personalmente, me gusta ver más objetos de metal en cualquier salón.

La mayoría de la gente solía tomar el té un poco más tarde. En este momento, sólo unas pocas hadas bebían a sorbitos su té en unas tacitas de caracola o comían unos sándwiches con los bordes muy bien cortados que reposaban sobre platos de nácar. Observaron a Prilla con curiosidad.

«Bueno», pensó Prilla, «yo podría cortar los bordes del pan para los sándwiches, no necesitaría mucho talento para hacer eso bien».

Campanita la condujo a lo largo de una mesa sobre la que reposaba una bandeja con galletitas de mantequilla en forma de estrella con las puntas perfectas y ni una sola de ellas rota por ningún lado. A Prilla le hubiera gustado detenerse para probar una, pero Campanita parecía tener prisa, de manera que resolvió no quedarse.

Campanita le señaló con el dedo una mesa vacía bajo un candelabro de plata:

—Allí me siento yo —dijo—, con el resto de mis talentos.

—¿Los talentos se sientan juntos?

Campanita asintió.

—¿Entonces con qui...? —empezó a decir Prilla pero se detuvo... hubiera querido preguntar con quién se sentaba uno si no tenía ningún talento; pero ya sabía la respuesta: con nadie; sola.



CUATRO

Campanita empujó la puerta de vaivén que daba a cocina y las alas de Prilla dieron un salto, como un vuelco del corazón: nunca había visto tantas hadas juntas.

Hadas de veinticinco talentos distintos trabajaban allí. Y algunos de los talentos eran muy especializados: talentos de talentos, podría decirse, como por ejemplo el talento para saber exactamente cuándo un plato está listo o el momento oportuno para sacarlo del horno.

Hadas revoloteaban por todo el espacio, pero tan pronto Prilla entró, se detuvieron en seco para tomar nota de su presencia.

Prilla se sonrojó tanto, que su resplandor se tornó naranja.

Y entonces, todo el mundo volvió a sus labores. Campanita se dispuso a averiguar de dónde provino el estrépito que ella y Prilla escucharon cuando ambas estaban en el hall de entrada. Ahí estaba: pedazos de loza rota y un charco de sopa de arvejas... nada que pudiera interesarle más a un hada experta en cazuelas.

Entonces, los ojos de Campanita fijaron su atención en las estanterías que se alzaban hasta el techo. Vio la olla para cocinar al baño de María que había reparado la semana anterior. Y allí estaba también la olla a presión que tanto trabajo le había dado y la cazuela redonda que insistía en ovalarse.

Sabía que era ridículo, pero igual no pudo menos que saludar con las manos a cada una de tales cazuelas. Entonces se dio vuelta para observar a Prilla. Si la criatura tenía algún talento para asuntos de cocina, se le vería en la cara. Estaría hecha toda sonrisas, toda impaciente entusiasmo.

Pero la expresión de Prilla era más bien vaga, los ojos ligeramente vidriosos. Una expresión que Campanita ya le había visto antes.

Y en efecto, Prilla estaba sobre el alféizar de la ventana del cuarto de una niña humana. Sobre el suelo había una cantidad de muebles de muñecas. Una enorme muñeca parecía aplastar una pequeña silla en una mesa de cocina. Otra muñeca, más pequeña, estaba de pie al lado, la cabeza a duras penas alcanzaba el borde de la mesa.

La niña humana buscaba algo dentro de una bolsa de papel de color marrón.

Prilla voló hasta la cocineta de juguete y agarró con la mano la oreja de una tetera. Recogió sus alas y se quedó allí quieta como una muñeca, haciendo esfuerzos por mitigar su resplandor. Por dentro, se moría de la risa. ¿Llegaría a creer la niña que se trataba de una nueva muñeca?

La niña se dio vuelta y empezó a decir:
—Yo quisiera que... ¿Pero qué es esto...?



—¡Prilla! —exclamó alguien.

Prilla dio un salto en el aire y... era Campanita quien la llamaba: allí estaba, con una mano en sus flequillos sobre la frente y la otra en la cadera.

—Pero, ¿qué estabas...? ¡Olvidalo! —a Campanita poco le importaba qué estuviera haciendo Prilla—. ¿No ves por aquí algo que hacer para lo que tengas algún talento, verdad?

—No lo sé. Tal vez sí.

Campanita suspiró:

—De ser así, ya lo sabrías.

También Prilla suspiró. Se preguntó si le sería posible fingir que tenía un talento.

Dulcie, un hada panadera, voló hasta ellas para ofrecerles una canasta con panecillos cubiertos de semillas de amapola.

—Prueben uno —les dijo.

Prilla y Campanita procedieron. Se trataba de la primerísima comida de Prilla en la vida y por lo tanto no sabía muy bien qué esperar. Lo que sintió fue que se le hacía agua la boca, cosa que le pareció curiosa. Mordió con cautela y en eso, Dulcie le preguntó:

—¿Eres la nueva hada? Vuelo contigo. ¿Muy salado el panecillo?

Pero Prilla estaba muy ocupada en distinguir el sabor como para contestar nada. Cerró los ojos.

No, el panecillo no estaba muy salado. Lo que estaba era perfecto, excepto que se le derritió en la boca demasiado rápido. Le pegó otro mordisco. Mmmm. Sabía a

mantequilla. Y un poco, a las crocantes semillas de amapola. Una pizca de dulce. Otra de alguna hierba. Estragón. Le encantó.

Le gustaría comerse por lo menos diez panecillos más. ¡Qué gusto daba comer!

¡Qué gusto! Entonces, Prilla recordó aquello que Campanita le había dicho sobre el explorador, sobre el hombre gorrión explorador: que explorar y hacer de vigía eran su placer, su gusto y volvió a abrir los ojos:

—¡Tengo un talento! —exclamó, al tiempo que daba una voltereta—. Campanita, tengo un talento. Mi talento es comer.

Campanita se llevó de nuevo las manos a su flequillo y le dijo:

—No, Prilla, eso no es un talento. Todo el mundo adora los panecillos de Dulcie.

—¡Ay, no! —se dijo Prilla, y ¿por qué no podía ser un talento?, se preguntó, ¡aunque fuera uno que todo el mundo tuviera!

Dulcie le dijo a Campanita:

—¿Es verdad, entonces, que la pobre no sabe cuál es su talento?

Prilla sintió que se sonrojaba de nuevo. Y quiso de corazón que todavía fuera una risa, como cuando aún no se había transformado en hada.



CINCO

En el otro extremo de la cocina se oyó un alarido:

—¡Campanita! ¿Estás ahí? ¡Ven acá!

Campanita voló en esa dirección. Prilla, sorprendida, hizo lo mismo y se estrelló de frente contra un hada que cargaba un bulto de harina. Las dos quedaron cubiertas del polvo blanco.

—Lo siento —dijo Prilla.

—Aquí nadie pide excusas nunca —le replicó el hada y se alejó volando.

Prilla se sacudió al tiempo que se preguntaba entonces qué era lo que debían decir. Retomó su vuelo camino a Campanita pero se detuvo a medio vuelo. Un hada, de pie dentro de una bañera de corteza de coco, abrazaba a Campanita y lloraba a mares.

El hada llorona era Rani, la más acuática de las hadas con talento para el agua.

Y, aunque pareciera extraño, las dos eran íntimas amigas: tres años atrás, Rani le había traído a Campanita un recipiente para escalfar huevos que se había estropeado y luego ponderó tanto el arreglo que Campanita se rindió a sus pies.

—¡El revestimiento se resquebrajó! —chillaba Rani.

Prilla se acercó, revoloteando sobre Campanita.

—¿Qué cosa...? —empezó a preguntar Campanita y Rani terminó la pregunta que sospechó Campanita estaba por formular:



—¿... se resquebrajó?

Pero Campanita negó con la cabeza:

—No, ¿qué hiciste con tus alas?

Prilla observaba. Las alas de Rani estaban cubiertas de lo que parecía una mucosidad ya seca y descascarándose.

—Es sólo huevo batido, para impermeabilizar —dijo Rani, sonándose con un pañuelito que era una hoja—. Pero ahora tendré que lavarme las alas y no podré volar esta noche.

Lo que ocurrió fue lo siguiente: Rani tenía enormes ganas de nadar pero resulta que las Hadas de Nunca Jamás no pueden hacerlo, como sabemos todos. Sus alas absorben el agua y se hunden.

Igual, con ese propósito en mente, le había pedido a una de las hadas panaderas, que por favor le cubriera las alas con huevo batido, esperando que la mezcla impermeabilizara sus alas. De manera que, una vez que el huevo se secó, se metió en la bañera y hundió sus alas en el agua.

Para comenzar, todo funcionó muy bien, pero pronto, cuando movió una de sus alas, la capa protectora se empezó a resquebrajar.

—Bueno —empezó a decir Campanita— al menos no te dio por usar un...

—... globo —la interrumpió Rani, riéndose tan fuerte que de nuevo empezó a llorar. Debido a su talento, Rani era de lágrima fácil, sudaba cantidades y su nariz tendía a moquear, mejor dicho, en sus propias palabras, ella tenía tanta agua por dentro como una sandía madura.

—Nunca más volveré a intentar nadar ayudándome con un globo —agregó Rani.

—Bueno, quizá no con un globo pero... —dijo Campanita, que en ese momento sonrió.

Prilla no había visto aún a Campanita sonriendo: ¡tenía hoyuelos! Y por lo tanto, cuando sonreía, su semblante se convertía en el de alguien con quien uno puede hablar tranquilo y sin miedo; en fin, Campanita continuó:

—Pero con seguridad intentarás otra...

—... cosa —interrumpió de nuevo Rani, sonriendo—. Quizá.

En ese momento, Rani se percató de la presencia de Prilla:

—¡Y tú debes de ser la nueva hada! ¡Llegaste justo a tiempo para la celebración!

Sin embargo, se preguntó Rani, ¿por qué la criatura no estaba intentando hacer algo con todo su talento? Y, ¿por qué parecía triste?

—Hola, soy Rani. Vuelo contigo. Todos estamos muy contentos de que hayas venido.

Prilla, sin embargo, pensó: «la verdad es que nadie parece tan contento», y se preparó para que le hicieran la consabida pregunta sobre su talento.

—Hola, vuelo contigo; soy Prilla.

Rani salió de la bañera y le dijo:

—Prilla, yo tengo el peor de los talentos, y eso me rompe el corazón. Sólo espero que tu talento no sea para el agua.

Prilla se encogió de hombros. Pensaba que ojalá tuviera talento para algo.

Rani miró inquisitivamente a Campanita.

La sonrisa de Campanita se desvaneció y dijo:

—Prilla no sabe cuál es su talento...

«¿En serio?», pensó Rani, «pobre criatura» y luego, en voz alta, le dijo a Prilla:

—Bueno, qué buena suerte tienes, así podrás probarlos todos.

Pero Prilla se sentía la más desgraciada de las hadas en el País de Nunca Jamás. ¿Qué tal que después de probarlos todos descubriera que no tenía ninguno?

—Miremos a ver si tu talento es para el agua —dijo Rani—. Ven, acércate a la bañera.

Prilla voló hasta allí, aterrizó y se acercó a la tina. «Si sólo...» pensó, «... si sólo tuviera el talento del agua».

—Observa —le dijo Rani, al tiempo que se sacudía de la muñeca un par de granitos de polvillos de estrella para echarlos al agua. Acto seguido, se inclinó sobre la bañera y sacó un poco de agua, ahuecando la mano.



Prilla abrió los ojos como platos: el agua no se escurría por entre los dedos de Rani; por el contrario, permanecía allí convertida en una perfecta bola de agua.

Con su mano libre, Rani empezó a pellizcar y toquetear la bola de agua aquí y allí hasta que hizo de la bola un pez con la boca bien abierta. Luego, pasó su mano sobre el pez y sus escamas empezaron a brillar como el oro y sus ojos se hicieron iridiscentes.

Prilla casi se queda sin aliento. Campanita volvió a sonreír.

—Se necesita práctica para hacerlo. Y lo que sigue, también —dijo Rani, quien procedió a hacer una nueva bola de agua y luego inclinó la mano. La bola cayó al agua dentro de la tina sin perder su forma. Rani levantó enseguida la mano y la bola siguió la mano. Pronto, Rani hacía rebotar la bola de agua de la tina a la mano y de la mano a la tina una y otra vez.

Prilla tuvo ganas de gritar de entusiasmo o por lo menos dar una voltereta en el aire.

Rani arrojó la bola al aire y la recogió de nuevo. Y de nuevo. Y una vez más. Luego, se le escapó y la bola cayó al suelo, rodó un par de centímetros y se detuvo a los pies de Prilla.

Prilla dio un paso atrás.

—Intenta recogerla —le dijo Rani—. Si tienes talento para el agua, podrás hacerlo.

A Prilla le temblaban las manos. «Por favor, que tenga talento para el agua», pensó la criatura.

Y se inclinó pues para recoger la bola de agua.



SEIS

Pero la bola se disolvió en un charco tan pronto Prilla la tocó. Alzó la vista buscando a Rani con los ojos en lágrimas. Rani recogió el charco y lo echó en la tina sin dejar rastro en el suelo.

También Rani lloraba. Campanita, en cambio, estaba más fastidiada que nunca. Ahora eran dos las hadas a las que había que hacerles arreglos.

Sin embargo, de pronto Rani se iluminó:

—Campanita, ¿ya llevaste a Prilla a que conozca a Madre Paloma?

—No.

Prilla sabía bien quién era Madre Paloma. Saberlo, era parte de ser un hada en Nunca Jamás.

—Vamos, Campanita, Madre Paloma sabrá cuál es el talento de Prilla.

Madre Paloma conocía mejor a las hadas que las hadas a sí mismas.

—Prilla —agregó Rani, con el rostro luminoso—: No veo la hora de que conozcas a Madre Paloma.

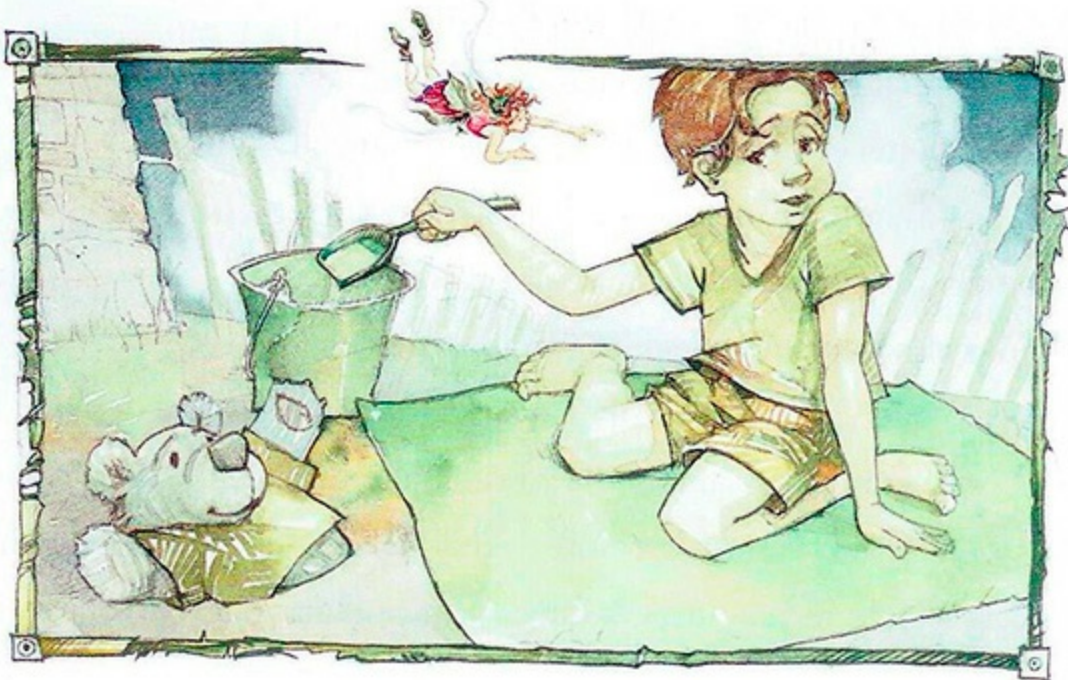
—Bueno, pues andando —dijo Campanita.

Prilla alcanzó a percatarse de que Campanita sonreía de nuevo, y se veía tan feliz que casi no parecía ser Campanita, casi siempre tan seria.

En fin, Campanita y Prilla salieron volando por la puerta lateral de corteza de madera que salía de la cocina.

Afuera, soplaba un viento cortante y, aunque ellas no lo sabían, el viento provenía de un huracán que hacía un buen tiempo venía persiguiendo al País de Nunca Jamás por todo el océano.

En el camino, mientras volaba, Prilla temía que Madre Paloma no la fuera a querer. Después de todo se trataba de la primera hada que no sabía cuál era su talento, es más, quizá la primera que no tuviera talento alguno. ¿Qué tal convertirse en la primera hada a la que Madre Paloma le negara su amor? ¿Qué tal ser la primera hada que Madre Paloma llegara a odiar?



Pero de pronto, Prilla se vio volando en dirección a un hijo de torpes que enterraba un osito de peluche en el jardín trasero de su casa en Tierra Firme. Prilla pellizcó al niño en la oreja y luego voló de nuevo en busca de Campanita.

Por su parte, Campanita se sentía muy orgullosa de presentar a Prilla a Madre Paloma. Así como las hadas mágicas tenían sus varitas mágicas y las hadas encantadoras, sus poderes y hechizos y las hadas de luz trémula tremolaban, las hadas de Nunca Jamás tenían a su Madre Paloma y Campanita no se cambiaría por otra por nada en el mundo.

Tras media hora de volar contra el viento, Campanita y Prilla llegaron por fin al Espino de Madre Paloma.

Campanita se detuvo, volando en vertical un par de pies por encima del famoso nido, para que Prilla pudiera ver a Madre Paloma antes de presentarla. Detalle bonito y amable en extremo, además de muy poco común tratándose de Campanita. Esto porque, de haber ocurrido ambas cosas al mismo tiempo, el verse y el presentarse, tal hubiera sido el entusiasmo de Prilla que le hubiera sido imposible guardar un recuerdo claro del instante. En adelante, en el futuro, a Prilla le hubiera sido imposible recordar, por ejemplo: esto ocurrió cuando la vi por primera vez; esto otro, cuando nos cruzamos la primera mirada, y aquello, cuando Madre Paloma me habló por primera vez...

Y claro, Madre Paloma, colaboró. A pesar de que estaba perfectamente al tanto de la presencia de Campanita y Prilla, no miró hacia arriba. «Vamos a dejar que la criatura se serene un poco, pensó Madre Paloma».

¿Y exactamente en qué consistía para Prilla (o para cualquier hada) aquello de ver

por primera vez a Madre Paloma?

Imagina una casita de campo. Digamos que la tuya tiene techo de paja. La mía, digamos, tiene una puerta azul y aldabón de bronce. Quizá las paredes de la tuya son de un gris pálido y con zócalo rosado. Tal vez unas margaritas en flor adornan a lado y lado la puerta, que está abierta de par en par. Afuera quizá brilla la luz con un resplandor dorado.

Al ver la casita, inmediatamente te das cuenta de que es exactamente la casita que siempre habías querido a pesar de que, un instante antes, no lo sabías.

Eso es justamente lo que les ocurre a las hadas al ver a Madre Paloma. Más que la Casa en el Árbol, más que el Refugio de las Hadas, Madre Paloma es su hogar.

Prilla suspiró, completamente satisfecha.

Entonces y sólo entonces, Campanita se acercó al nido. Prilla detrás. «Por favor, quíereme», pensó Prilla. «Madre Paloma, quíereme por favor. Ojalá sepas cuál es mi talento. Por favor, por favor, por favor».

Campanita aterrizó al borde del nido, pero a Prilla le dio temor hacerse tan cerca, de manera que se quedó revoloteando a unos metros de distancia.



Madre Paloma le sonrió a Prilla, los ojos y las plumas del cuello se le esponjaron de placer. Y dejó salir un acorde de arrullos, de musicales y felices gorjeos, pues Madre Paloma vio al instante lo dulce, alegre, coqueta y acrobática que era Prilla.

Y Prilla a su vez le devolvió una sonrisa dichosa a Madre Paloma.

Beck, el hada con talento para los animales y quien por tanto se encargaba de cuidar a Madre Paloma, sonrió también. A Beck le encantaba ver el efecto que Madre

Paloma producía sobre las hadas nuevas.

—Tú eres Prilla, ¿verdad? —preguntó Madre Paloma y acto seguido repitió el nombre acentuando con placer la pe, la ere y la elle—: Prriiiiilla, has llegado al lugar que te corresponde. No sabes cuánto me alegra que estés aquí con nosotros.



SIETE

—Gracias —dijo Prilla, aliviada y feliz de que Madre Paloma sí la quisiera y tuvo ganas de arrojarse sobre sus mullidas plumas y quedarse por siempre allí, a salvo.

Madre Paloma se dio cuenta de las fugaces escapadas que Prilla se echaba a Tierra Firme con sólo parpadear, y de sus lagunas respecto a qué era ser un hada.

—No te fue fácil llegar, ¿verdad? —dijo Madre Paloma.

Prilla asintió y sintió por primera vez que alguien la comprendía.

Madre Paloma ladeó un poco la cabeza; si bien es cierto que no podía ver el futuro con mayor detalle, el hecho es que algunas veces sí podía ver indicios.

—Bueno, pues me temo que tu difícil llegada aún no se puede dar por terminada. Necesitarás hacer acopio de tus recursos más íntimos, de mucha presencia de ánimo.

Prilla asintió de nuevo. Con Madre Paloma mirándola con tanto amor como la miraba, Prilla sintió tener todos los recursos que necesitaba para lo que fuera. Dio una vuelta de campana en el aire.

—No importa, que sea lo que sea —dijo Prilla.

Madre Paloma, satisfecha con la criatura, agregó:

—¿Quisieras ver el huevo que puse?

Beck estaba sorprendida. Madre Paloma no andaba mostrándole su huevo a cualquier recién llegado.

—¿Puedo?

Madre Paloma se paró en una pata:

—Nunca abandono el nido del todo —dijo.

Prilla pudo ver un huevo azul claro, mucho más grande que el de una paloma normal y más suave y parejo que la más fina de las perlas.

—Es un huevo hermoso —dijo Prilla, por cortesía; aunque en realidad, no le pareció nada del otro mundo.

Pero el hecho es que sí era un huevo extraordinario, muy especial. Gracias a este huevo era posible que tanto los humanos como el resto de los animales que vivían en Nunca Jamás nunca envejecieran. En otras palabras, gracias a este huevo, se podía hablar del «Nunca» en el País de Nunca Jamás.

—Gracias —replicó Madre Paloma con un arrullo feliz—, y ¿sabes una cosa, Beck?, sospecho que Prilla tiene hambre.

Cosa que le daba mucho placer a Madre Paloma, un hada recién llegada con

hambre.

—¿Será que todavía queda un poco de la torta de nuez moscada?

Beck destapó su canasta para la merienda y cortó una tajada de torta. Puso la tajada en un plato y luego el plato sobre el nido, frente a Madre Paloma. Madre Paloma a su vez picoteó un trocito y se lo ofreció en su pico a Prilla. Prilla lo recibió. ¡Ah! ¡Tan bueno como el panecillo de Dulcie!

Madre Paloma cortó a pico otro trozo y Prilla aceptó de nuevo. Por supuesto que Beck hubiera podido darle un tenedor a Prilla para que se comiera su torta a solas, pero así era mejor: dulce como estaba la torta de nuez moscada, más dulce aún era el amor de Madre Paloma.

Y así, pico a pico, mordisco a mordisco, Madre Paloma le dio a Prilla el resto de la torta.

Campanita, entretanto, cerró los ojos y recordó las primeras palabras que escuchó de boca de Madre Paloma, a saber: «Tú eres Campanita, sonora y bonita como un cascabel, brillante como un diamante, sin miedo a nada, la más osada de las hadas en este año por llegar». Eso había dicho Madre Paloma, y luego la alimentó. Campanita había sabido desde entonces, y hasta el día de hoy, que Madre Paloma la amaba de pies a cabeza, del dedo gordo del pie a la punta de su cola de caballo.

Hasta que no quedó ni una miga de la torta. Prilla se echó para atrás, tambaleando plena de emoción.

Entonces, Campanita salió de su ensueño:

—Madre Paloma, ¿sabes cuál es el talento de Prilla? Porque ella no tiene ni idea... —empezó a decir Campanita, pero en este punto se detuvo, incómoda, y luego soltó la pregunta que se le atascaba—: ¿Será que Prilla es un hada incompleta?

Prilla, estupefacta, no lo podía creer. ¿Acaso Campanita podía pensar que ella, Prilla, fuera incompleta?

—No tiene nada de malo ser incompleto —dijo Madre Paloma, no sin un dejo de brusquedad en el tono de su voz.

—¿Soy incompleta? —preguntó Prilla, asustada.

—Prilla es un hada completa —dijo Madre Paloma.

Entonces, Prilla pensó, «¿Cuál es mi talento? Por favor, dilo Madre Paloma, dilo, por favor».

Madre Paloma volvió a ladear un poco la cabeza y de pronto se dio cuenta de algo con respecto a Prilla, algo que jamás antes se había visto en el País de Nunca Jamás:

—Que tienes un talento, lo tienes, pero no sé cuál pueda ser —dijo Madre Paloma.

—Pero, ¿podré encontrarlo?

—Yo creo que sí —dijo Madre Paloma, sonriente.

«¿Creer?» se preguntó Prilla. «Cómo que cree que sí, ¿acaso no está segura? ¿Qué tal si se equivoca?».

—¿Será que Prilla tiene talento para los animales? —preguntó Beck—. Necesitamos ayuda con las ardillas.

Y dirigiéndose a Prilla agregó:

—¿Te gustan las ardillas? Son grandes y a veces peligrosas, pero eso sí, siempre muy honorables.

Prilla asintió... aunque no sabía si le gustaban las ardillas, estaba desesperada por un talento.

Además, en el caso de que fuera un hada con talento para los animales, quizá pudiera convertirse en la compañera de Madre Paloma cuando Beck estuviera ocupada.

—No, Beck, el talento de Prilla no es para los animales —dijo Madre Paloma—. Prilla no golpea antes de entrar a la puerta de mis pensamientos, como lo haría una principiante, y tampoco entra derecho y sin preguntar como haces tú.

Prilla entonces intentó golpear en los pensamientos de Madre Paloma, pero no ocurrió nada.

—Cada talento es una gloria, Prilla —dijo Madre Paloma—, y cuando encuentres el tuyo, esa gloria será parte tuya. ¿Te gustaría ver las cosas que Beck puede hacer?

—Sí, por favor —dijo Prilla, llena de curiosidad, aunque también sospechaba que podría ponerse en extremo celosa.

Entonces Campanita interfirió:

—¡Ay, pero si yo tengo un cucharón urgente que reparar! —exclamó Campanita pensando que no había perdido nunca antes tanto tiempo, por lo menos desde aquellos días remotos que alguna vez pasó en compañía de Peter Pan.

—Ajá... —dijo Madre Paloma con amabilidad.

Y Campanita sabía bien lo que eso quería decir. El «ajá» significaba «cállate; tu cucharón puede esperar».

Beck, entretanto, sacudió un granito o dos de polvillos de estrella para arrojarlos sobre un enjambre de mosquitos que volaban debajo del nido. A una señal de Beck, uno de los mosquitos voló hacia ella.

Beck extendió uno de sus dedos y el mosquito se posó en él.

—¡Uf! —exclamó Prilla echándose un poco atrás y Beck dijo:

—A los mosquitos les fascina esto, mira: *Bomp. Ump.*

Al *bomp*, el mosquito volaba derecho hacia arriba, y al *ump*, derecho de nuevo al

dedo de Beck. Y así, el juego continuó: *bomp, ump*, arriba, abajo; *bomp ump, bomp ump*, arriba-abajo, arriba-abajo. Y a medida que Beck pronunciaba sus palabras, cada vez más rápido, más rápido subía y bajaba el mosquito.

Prilla se vio subiendo y bajando la cabeza al mismo tiempo que el mosquito y Campanita no dejaba de pensar en su cucharón. Entonces, Madre Paloma volvió a sentir el viento, viento que venía sintiendo, a veces arreciando, a veces mermando, a lo largo de todo el día.

Y Beck seguía pronunciando sus palabras cada vez más rápido, tanto, que el mosquito se volvió un frenético manchón borroso, pero para cuando las dos palabras de Beck llegaron a montarse la una sobre la otra, sin clara distinción, el mosquito se detuvo.

—Gracias —le dijo Beck al mosquito, riéndose, y con el dedo señaló a Prilla.



Acto seguido, el mosquito voló en esa dirección y aterrizó sobre su nariz. Un mosquito en la punta de la nariz de un hada es tan grande como una abeja en la punta de la nariz de un humano. Prilla se puso rígida y bizca en un esfuerzo por ver al mosquito mejor, con ganas de que se fuera de allí pero incapaz de espantarlo. El mosquito, entonces, trepó nariz arriba y luego bajó, todo el tiempo explorando la superficie con sus antenas.

—Gracias —repitió Beck—. Nuestra función ha terminado.

Y el mosquito voló. Prilla, más tranquila, en ese momento se dio cuenta de que no había sentido ni cinco de celos por Beck, pero ni un poquito, y sonrió para sí.

—Bueno, ahora sí puedes volver a tu cucharón, Campanita —dijo Madre Paloma

—. Es más, muéstrale a Prilla tu taller.

—¿Quieres verlo? —le preguntó Campanita a Prilla aunque, la verdad sea dicha, en el fondo Campanita hubiera preferido prescindir de Prilla... a menos que, a menos que de pronto Prilla pudiera ser también un hada con talento para las cazuelas.

Prilla, a su vez, asintió, aunque en realidad hubiera preferido quedarse con Madre Paloma.

—Quizá Prilla sea una buena Hada de las Cazuelas —dijo Madre Paloma—. Todo cabe dentro de lo posible.

—Vamos, Prilla —dijo Campanita, con un sutil temblorcito en la punta de sus alas. El viento estaba mucho peor de vuelta a la Casa del Árbol. Una vez que llegaron, Campanita voló al segundo piso y allí abrió una puerta bajo un toldo metálico.

—Aquí lo tienes —dijo Campanita, que siempre mostraba su taller con un poco de timidez cuando se trataba de personas que lo veían por primera vez.

Pero Prilla no veía nada porque en ese mismo instante ya estaba en una tienda de juguetes en Tierra Firme, ni más ni menos que acostada sobre una vía férrea. ¡*Tuuu tuuu!* Una locomotora se le venía encima a toda velocidad, echando un humo que iba dejando atrás. Prilla remontó vuelo y se puso a correr compitiendo contra el tren, muerta de la risa.

—¡Miren! —gritó una niña hija de humanos—. ¡Una pequeña hada!

Prilla giró y voló de vuelta para saludar a la niña agitando los brazos, medio oculta tras la cortina de humo.

—¡Cuidado! ¡Mira lo que haces! —gritó Campanita.



OCHO

Prilla se estrelló contra una canastilla que colgaba. La canasta se sacudió, y saltaron toda suerte de remaches. Campanita, en el suelo, ahora los recogía, tan furiosa que ni siquiera se tomó la molestia de regañar a Prilla, de quien pensó que era aun más torpe, más torpe que los mismos torpes.

—Lo siento.

—Aquí no nos excusamos, ¿cuántas veces hay que decírtelo?

Prilla se puso también a recoger remaches. El piso de parqué estaba pintado de blanco, de manera que los remaches eran fáciles de ver. Con el rabillo del ojo observó la habitación que la rodeaba.

¡Oh! Se sentó en cuclillas, olvidándose por completo de los remaches. ¡Oh! ¡Oh! Las paredes y techo del taller relucían como acero pulido. El espacio era circular y el techo abovedado.

Prilla se preguntó: «¿Será que soy? ¿Será que seré? ¿Será posible?».

Campanita sonrió al ver el asombro en la cara de Prilla, y cuando Prilla vio la sonrisa en la cara de Campanita, tuvo valor para preguntar:

—¿Estoy... estamos dentro de... una enorme... cazuela?

Los hoyuelos de Campanita se volvieron a insinuar:

—No, era la vieja tetera de un humano; me la encontré en la playa.

Campanita la había desabollado a martillazo limpio y la había lijado y pulido por dentro y por fuera. Luego, con la ayuda de un galón de polvillos de estrella y un par de consejos de Madre Paloma sobre los sortilegios que debía usar, Campanita logró encoger la tetera de manera que se pudiera meter a la Casa del Árbol y, una vez adentro, devolverla a su tamaño natural. Además, Campanita había invertido el pico de la tetera para que semejara un toldo y luego abrió huecos a modo de puertas y ventanas.

—Entonces, ¿estamos dentro de una tetera? —preguntó Prilla girando sobre sí misma—. ¡Una tetera! ¡Dios mío, Campanita, qué talento tienes!

Talento. Y ahora era ella quien decía la palabreja.



—Muchas gracias —no pudo menos que decir la misma Campanita—. Es el único taller en todo el País de Nunca Jamás dentro de una tetera.

—¿Puedo ver alguna otra cosa que hayas arreglado? —preguntó Prilla.

Campanita voló hasta una mesa que había al lado de la puerta en donde mantenía los trabajos que aún no habían recogidos sus propietarios. Allí, ayudándose un poco del arte de la levitación para hacerla más liviana, levantó una sartén de hierro y dijo:

—Terminé de repararla ayer, se le había desprendido un pedazo.

—Sí, puedo ver dónde —dijo Prilla, al tiempo que con la punta del dedo seguía una línea zigzagueante que se veía a todas luces; pensó que tal vez Campanita, después de todo, no era tan hábil ni tan avezada si la reparación podía verse tan clara.

—Eso es... —empezó a decir Campanita, pero la interrumpió una carcajada que no pudo evitar—... eso es... —y siguió riéndose un minuto entero.

Prilla no pudo saber qué era lo que Campanita encontraba tan gracioso, hasta que por fin la carcajada de Campanita llegó a su fin.

—Eso que ves, es un chiste, una broma. No era por ahí por donde la cosa se rompió —y de nuevo entre risas, terminó—: Esa grieta la hice adrede para tomarle el pelo a todo el mundo.

Prilla sonrió, más bien nerviosa.

Entonces, Campanita se puso seria y agregó:

—Mira a ver si puedes encontrar el sitio por donde en realidad se rompió.

Se trataba de la mejor de las pruebas, si la hay: en el caso de que Prilla descubriera el lugar del verdadero daño, el secreto de Campanita habría sido descubierto.

El resplandor de Prilla empezó a titilar de los nervios. Alzó la sartén y la examinó

con detenimiento.



—A ver... —dijo Prilla, llevándose la sartén prácticamente hasta las mismísimas narices; y no pudo ver nada: excepto por la falsa grieta, la sartén estaba perfectamente lisa y negra, de manera que le dio vuelta.

En la parte de atrás del mango se veía el sello del talento de Campanita: un dibujo en esmalte rojo de una pequeña olla de la que salían un par de líneas serpenteantes a modo de vapor subiendo. Frente a la olla, las letras TB.

Prilla pudo ver el sello y nada más. Y comprendió que no había pasado el examen. Si bien no le había caído muy bien a Campanita para empezar, ahora sí que mucho menos.

—No veo nada, no sé dónde estaba el daño.

A Campanita la sorprendió lo alicaída que se veía Prilla. Ahora, iba a ser Prilla la que necesitaba ser reparada, las cazuelas no contaban con una nueva hada y el cucharón seguía goteando.

—Mira, aquí está el lugar en donde se rompió de verdad —dijo Campanita, señalando una hendidura que Prilla no lograba ver—. Pero mejor ven conmigo y te muestro algo en lo que ahora estoy trabajando.

Prilla dejó ver una sonrisa forzada y Campanita se dirigió a las cazuelas que reposaban sobre su mesa de trabajo, su maravilloso montón, días y días de problemas y enigmas por resolver. Agarró el cucharón poroso de la punta de la pila y lo puso en alto:

—Es esto.

El cucharón estaba hecho de peltre del País de Nunca Jamás, peltre de un azul ahumado que sólo se consigue allí.

—No siempre gotea, pero cuando lo hace, exuda jugo de mora, sólo jugo de mora, no importa en que líquido lo hayan metido. Un caso verdaderamente fascinante —dijo Campanita.

Y aquel cucharón tendría que utilizarse mucho justo esa misma noche y, de no repararlo, con toda seguridad iba a gotear.

—No he podido descubrir por dónde gotea ni si se trata de agujeritos muy pequeños o de una porosidad más complicada, por capas —continuó Campanita, al tiempo que se sentaba sobre un taburete al lado de la mesa de trabajo, cubriendo con la mano parte del cucharón.

Su resplandor se había hecho más intenso y le preguntó al cucharón con voz melodiosa:

—A ver, ¿goteas todo de un golpe o poco a poco?

Se había olvidado completamente de Prilla... y no es que quisiera ser poco amable

o cruel con Prilla, ahora bien, tampoco lo contrario.

Prilla revoloteaba por ahí en silencio, sintiéndose más sola que nunca.

Pasaron más de diez minutos. Campanita hizo a un lado una serie de frascos y tubos con distintos adhesivos y pegantes y luego procedió a hacer una mezcla con un poquito de éste y otro poco de aquel en un cuenco.

Prilla se aproximó lentamente a la puerta. ¿Por qué habría de quedarse allí? Su talento —en el caso de que lo tuviera— estaría en otra parte. Y mejor sería ponerse a buscarlo. Una vez al lado de la puerta del taller de Campanita, echó una mirada hacia atrás. Campanita tenía la cabeza inclinada sobre el cucharón. Entonces, Prilla, en voz tan baja que Campanita no la pudo escuchar, susurró:

—Me marchó. Gracias por mostrarme tu taller. Adiós —empujó la puerta y se escabulló.



NUEVE

Una vez afuera, Prilla se encontró con decenas de hadas esperándola, de pie sobre las ramas o revoloteando por ahí. Había corrido la voz de que la nueva hada no sabía cuál era su talento. De pronto, alguien preguntó:

—¿Crees que te gustaría esquilar orugas?

Y otra persona gritó:

—¿No te parece divertido secar hongos comestibles?

Prilla reconoció a Terence, el de los polvillos de estrella, que estaba al frente de la multitud, y le pareció reconocer a otra hada, quizá de la sala de té o de la cocina.

Otra hada aventuró:

—¿No te fascinaría lavar alas?

Y otra más:

—¿Qué tal te parecería tejer briznas de hierba?

Y de pronto empezaron a gritar todas al mismo tiempo:

—¿Cernir arena?

—¿Sisear como grillos?

—¿Clasificar cortezas de árbol?

Prilla se recostó contra la puerta de Campanita, asustada.

Y entonces, se encontró de súbito en un supermercado de humanos, atrapada en un manojo de brócoli, una gomita elástica envolviéndola por la cintura y un niño, acercándose en su dirección.

—Mamá, ¿podemos llevar un poco de brócoli? —preguntó el niño, girando la cabeza por encima del hombro.

—¿Brócoli? ¡Pero, por supuesto! —contestó la mujer, acercándose rápido y alzando un ramillete que estaba justo al lado del de Prilla.

—No, como que prefiero este manojo...

—¡Hey, no me vayan a cocinar! —gritó Prilla, pero riéndose.

Entonces, en ese momento, un hada le dio un empujoncito y Prilla se estremeció.

—¡Primero yo! —gritó alguien.

—¡No, yo primero!

—¡No empujen! —dijo Terence, con voz profunda y resonante—. ¡La estamos asustando!

Terence le sonreía a Prilla, con aquella misma encantadora sonrisa que Campanita

se había negado a ver y devolver:

—Hola, soy Terence...

Se oyó una voz alzarse por encima de la multitud:

—¿Y por qué tú primero?

Entretanto, Prilla pensó: «Terence relumbra».

—Porque —dijo Terence—, si Prilla resulta ser un hada con talento para los polvillos, tendrá que prepararse para la Muda.

Y eso las convenció. La Muda era urgente.

Y en efecto, Terence relumbraba, gracias al polvillo de estrella que se le pegaba a su levita, hecha con hoja de roble y que recogía y reflejaba la luz de su resplandor natural.

—¿Prilla, te gustaría visitar el Molino para ver si eres un hada mágica?

Prilla asintió con la cabeza a pesar de que en el fondo pensaba que eso era esperar demasiado.

Igual, se pusieron en camino. De pronto, Terence le preguntó alzando la voz por encima del ruido del viento:

—¿Campanita te habló de mí?

—¡No! —gritó de vuelta Prilla.

—Ah, ya veo.

Prilla alcanzó a percatarse del dejo de decepción en su voz. «¡A Terence le gusta Campanita!», pensó Prilla y luego le gritó:

—¡Campanita no habló de nadie!

—Ah.

Y continuaron volando sin más conversación. Prilla se preguntaba qué harían las hadas mágicas.

Si se limitaban a espolvorear una taza de polvillos de estrella sobre todo el mundo todos los días, pues eso ciertamente sí lo podría hacer. Y no le molestaría tener que madrugar para hacerlo.

Terence empezó a descender y pronto aterrizaban a orillas del arroyo Havendish.

—El Molino está detrás de aquella curva —dijo Terence—. Pero antes... ¿sabes lo que los polvillos de estrella pueden hacer?

Y sí, Prilla lo había sabido desde el momento en el que se convirtió en un hada:

—Nos ayudan a volar. Sin los polvillos, sólo podríamos volar unos cuantos metros a la vez, no más, pero con los polvillos podemos volar cualquier distancia. Los polvillos, además, son los que hacen que todo se mueva, que todo funcione. Son el motor del Molino. Impulsan los globos de transporte y carga. Apenas no

resplandeceríamos sin ellos —dijo Prilla, orgullosa, como una estudiante destacada.

—¿Y sabes de dónde salen o vienen los polvillos?

Prilla pensó un rato.

—¡Sí, de Madre Paloma! Cuando muda de plumas se muelen las plumas viejas, las que se caen. Los polvillos son plumas molidas.

En ese instante Prilla comprendió:

—Y eso es lo que vamos a celebrar esta noche. Madre Paloma está a punto de mudar de plumas. Y ella muda una vez al año, ¿verdad?

—Correcto. ¿Y nosotros qué hacemos?

—¿Nosotros?

—Las hadas con talento para fabricar polvillos de estrella.

El resplandor de Prilla se intensificó. ¿Acaso sugería Terence que ella, Prilla, podía ser una de ellas? ¿Una de «nosotros»?

—Ellas... nosotros... repartimos los polvillos a todas las hadas todos los días.

—¿Y qué más?

Prilla se concentró con fuerza, muy preocupada por aferrarse a ese «nosotros»:

—Eh... nosotros, nosotros separamos un montón para Peter Pan y los Niños Perdidos —dijo, a sabiendas de que debía de haber algo más al respecto—. Eh... recogemos las plumas después de la muda y luego las molemos —continuó diciendo al tiempo que se hacía a una imagen de Madre Paloma—, y hacemos distintos montones con distintas plumas: las de las alas, las del lomo, del cuello, de la barriga. Oye, Terence, ¿las plumas se muelen en distintas proporciones?

Terence asintió con la cabeza, cada vez más esperanzado.

—¿Y qué más, Prilla?

Prilla pensaba como loca:

—Nos aseguramos de que no se vuela ni una miga de polvo. También, de que no se moje ni humedezca. Almacenamos el polvo en... en algo muy grande —dijo Prilla al tiempo que dejaba caer las alas, literalmente alicaída—. No, no sé en dónde o en qué lo almacenamos.

Pero Terence seguía muy sonriente.

—Muy bien —dijo Terence pensando que Prilla lo hacía bien, por lo menos mejor de lo que hubiera hecho un hada con otro talento—. Lo almacenamos en calabazas secas.

—Ven, te llevaré al Molino —dijo y emprendió vuelo.

Prilla hizo una vertical parándose en las manos y saltó al aire detrás de Terence, pero casi en ese instante, Terence puso pie en tierra de nuevo y dijo:

—Mucho cuidado con Vidia.

—¿Vidia? —preguntó Prilla, parándose a su lado.

—¡Sí, Vidia! La conociste afuera de la Casa del Árbol cuando recién llegaste. Esa hada que a todo el mundo le dice «mi corazón» y «mi vida» y «mi cariño».

Prilla asintió, recordándola:

—Sí, la que miró con sorna a Campanita. Pero, ¿por qué debemos tener cuidado con ella?

—Ha robado polvillos de estrellas más de una vez. Y le ha hecho daño a Madre Paloma también —dijo Terence, a quien no le gustaba hablar mal de nadie pero, en el caso de Vidia, sentía que era su responsabilidad—. Vidia le ha arrancado plumas a Madre Paloma y eso duele.

—¿Y para qué habría de hacer eso? —preguntó Prilla, impresionada.

—Para volar más rápido. Las plumas frescas, mejor dicho, vivas, aquellas que no caen con la muda, se supone que te permiten volar más rápido y el talento de Vidia, como sabes, es el vuelo.



Prilla resolvió con toda firmeza que jamás le haría daño a nadie para bien de su talento... bueno, en el caso de que tuviera uno.

Terence continuó:

—Le arrancó diez plumas antes de que la detuviera un explorador. La Reina Ree le tiene prohibido presentarse delante de Madre Paloma —y feliz de haber terminado con el asunto de Vidia, batió las alas y agregó—: ¿Estás lista para el Molino?

De nuevo Prilla voló detrás de Terence, pero éste se detuvo una vez más y, por lo tanto, Prilla hizo lo mismo.

—Tengo una cazuela —dijo Terence—. Podría abollarla para que Campanita la arregle. ¿Te parecería si...? —empezó a decir, pero de pronto resolvió seguir su vuelo.

—No, no la abolles —dijo Prilla—, aplástala o hazle un hueco. Cuanto peor esté, más gusto le dará a Campanita.

—Ah —dijo Terence—, seguiré tu consejo.

Y saltó al aire, esta vez sí para seguir su vuelo.

El Molino, construido con semillas de durazno y argamasa, cruzaba sobre el arroyo Havendish. Al tiempo que Terence descorría los pestillos de la enorme puerta doble, dijo:

—Si eres una de los nuestros, pasarás mucho tiempo aquí.

El viento abrió las puertas de par en par y Terence agregó:

—Los carpinteros también utilizan el Molino, pero hoy no, debido a la celebración.

De manera que el Molino estaba desocupado y en silencio. La luz del día entraba por las pequeñas ventanas justo debajo del cielo raso. Prilla observó los mecanismos del Molino: las piedras para triturar, la rueda, la tolva y, al otro lado de donde ellos estaban, una docena de calabazas secas.

Aunque la verdad Prilla no sentía el júbilo que las otras hadas sentían y derivaban de sus talentos, igual pensó que quizá eso se debía a que todavía no había hecho nada usando los polvillos de estrella. De pronto, señaló con la punta del dedo hacia las piedras del molino y dijo:

—Allí podrías aplastar tu cazuela.

—¿Allá? —preguntó Terence horrorizado—. ¿Donde trituramos las plumas de Madre Paloma?

Una vez más había dicho lo que no correspondía.

—Estaba bromeando.

—Ah —dijo Terence, a quien la idea de pasar una sartén por el Molino no le parecía nada graciosa, y luego se posó sobre una de las calabazas secas que estaba

destapada.

—Mira, Prilla, esto es todo el polvillo que nos queda —dijo, y voló de cabeza dentro del recipiente.

Prilla siguió su ejemplo. Quedaban apenas diez centímetros escasos de polvillo brillando tenuemente en el fondo.

—Se ve tan... tan... tan... —empezó a decir Prilla cuando, de pronto, soltó un estornudo y luego otro y otro hasta que completó cinco buenos estornudos.

Afortunadamente estaba lo suficientemente lejos y no alcanzó a soplar el polvo, que se hubiera perdido, pero aun así Terence frunció el ceño. Y Prilla sabía muy bien por qué: una no podía ser un hada de los polvillos de estrella si diez centímetros de la cosa te ponían a estornudar.



DIEZ

En el camino de vuelta a la Casa del Árbol, Prilla abrazó con fuerza su vestido de bienvenida para que no lo fuera a desdoblar el viento. Su desilusión con el incidente de los polvillos de estrella seguía atormentándola; cada fracaso con uno de los talentos le había formado un nudo en la garganta.

Terence la dejó en el hall de entrada después de anunciarle que todo el mundo se estaría reuniendo para la celebración más o menos en una hora y agregó:

—Esta noche es la noche más movida y agitada de todas las noches. Una vez que la Muda empieza, no podemos detenernos. Es maravilloso.

Prilla sonrió sin entusiasmo y Terence voló fuera.

Y Prilla no sabía muy bien qué hacer. Podía ir a donde Campanita, pero ella no querría verla allí, de manera que le hubiera gustado salir en busca de Rani, el hada con talento para el agua, pero no sabía dónde encontrarla. Y definitivamente quería salir de allí antes de que otra hada viniera a pedirle que probara un nuevo talento que con seguridad no sería el suyo. Se preguntó si ya tendrían una habitación para ella. Buscó en el directorio y... ¡ahí estaba!

Prilla..... Habitación 7P, Rama NNO.

Los puntos suspensivos entre su nombre y la habitación ocupaban el lugar donde debía ir el registro de su talento.

Voló siguiendo la escalera de caracol. A partir del primer piso ya no había más escalera de caracol, sólo hoyos en las paredes y techos y escaleras de mano para que las hadas pudieran subir cuando tuvieran las alas mojadas. Una vez que alcanzó el séptimo piso, Prilla siguió las señales que indicaban el cuadrante ubicado al noroeste del tronco y tomó el desvío a la derecha para dirigirse a la rama más septentrional del noroeste.

Para cuando llegó a su puerta, la altura del techo del corredor ya era casi la misma de su estatura. Su habitación no era una de las mejores. La puerta lateral de corteza de árbol estaba medio bloqueada por un macizo de hojas y su ventana daba a una ramita.

La decoración y el diseño de la habitación de Prilla habían sido un dolor de cabeza para las hadas con ese talento. El dormitorio de todas las demás estaba decorado con el tema que correspondía al talento del respectivo inquilino.

Por ejemplo, la cabecera de la cama en la habitación de Campanita era una cazuela de pirata. Las caperuzas de sus tres lámparas estaban hechas con coladeras. Y el cuadro que colgaba sobre la cama era una naturaleza muerta que representaba una olla, un batidor y una plancha. El techo en la habitación de Rani tenía una gotera permanente que dejaba caer las gotas en un dedal-bañera en donde nadaba un pequeño pez de colores. En la habitación de Terence había tal cantidad de objetos, que el cuarto permanecía cubierto de polvo.

Pero claro, como las hadas decoradoras no supieron qué hacer con la habitación y los muebles de Prilla, optaron por darle todo en el más común y sencillo de los estilos. Los pilares de la cama no eran más que sosos tallos reforzados de margaritas. El baldaquín era una hoja extendida de repollo, color pálida espuma de mar, igual al que todo el mundo usaba excepto las hadas con talento para los textiles. El encaje del cubrecama no era más que telaraña plegada. La mesita de noche, un hongo con incrustaciones de caracol que seguía un patrón geométrico, y así sucesivamente, es decir, una profusión de muebles de hadas comunes y silvestres.

Sin embargo, Prilla no vio nada de esto. Lo que sí vio, fueron los vestidos y conjuntos que estaban puestos sobre la cama y los zapatos extendidos en el suelo. Se dirigió a la cama justo en un instante en el que el viento que soplaba fuera sacudió la Casa del Árbol y entonces dio un traspié que la arrojó con fuerza contra la puerta.

La ráfaga de viento pasó. Prilla se acercó a la cama y empezó a examinar una tras otra todas las cosas. Se frotaba las telas contra las mejillas y se medía los vestidos por encima. Por lo menos un hada se había tomado la molestia de hacerle estas cosas tan bellas.

Se probó primero un vestido violeta enterizo, una especie de sari de manga corta, con tres botones de perla nácar y dobladillo festoneado.

Pero de pronto, Prilla se encontró en el piso del dormitorio de una niña hija de humanos. La niña intentaba ponerle a Prilla un vestido enterizo similar, sólo que éste tenía estampado búlgaro y el dobladillo era de vuelos, no festoneado. Pero la niña no lograba pasar las alas de Prilla por la sisa de las mangas.

—Quédate quieta —dijo la niña, alzando a Prilla de un ala.





Pero a Prilla no le dolió. Las hadas de Nunca Jamás no sienten dolor, de manera que Prilla no movió ni un músculo. Igual, la niña no podía pasar las alas por donde tocaba.

—Las ranuras para las alas son muy angostas —dijo Prilla.

—No, no lo son.

—¡Claro que sí...! —dijo Prilla sonriendo.

—¡Claro que no!

—¡Sí!

—¡No! —dijo la niña dejando caer a Prilla al suelo con sus alas enredadas dentro del vestido.

Igual, el verdadero vestido enterizo, sí que le ajustaba perfectamente, las sisas de las alas eran del tamaño perfecto. De manera que cuando Prilla dio un giro, los festones de la falda ondearon deliciosamente en torno a sus piernas desnudas.

Acto seguido, se puso un vestido dorado y tuvo problemas atándose la faja a la espalda. Deseó tener una amiga. Una amiga podría amarrarle la faja.

La amiga bien podía ser de su misma talla y podría por tanto medirse también los vestidos, como aquel de tulipán azul con falda ceñida que se abría en campana a la altura de las rodillas.

Prilla se resolvió, por último, por un par de pantalones anchos y un suéter holgado de cuello redondo, ambos de un tejido tan suave como una bruma. Se preguntó qué se pondrían las otras hadas. ¿Sería acaso la celebración una ocasión muy elegante?

Una amiga que conociera los tejes y manejes del lugar se lo hubiera podido decir.

Bueno, pues no tenía tal amiga, de manera que debía arreglárselas sola. Se acuclilló para echarles un vistazo a los zapatos, las zapatillas y las botas.

El calzado de las hadas es mucho menos robusto y resistente que el de los humanos. Los tacones de un par de botines elegantes eran tan delicados y finos como agujas.

Un par de sandalias tenían unos espacios tejidos para meter los dedos de los pies y había botas con cordones de espagueti. Las pantuflas tenían forma de ratón, con una larga cola azul.

Los zapatos le quedaron tan bien como todo lo demás, y Prilla se preguntaba cómo lo habrían logrado; luego supuso que la cosa con seguridad tenía que ser, de nuevo, cuestión de talento.

Quizás a un hada con talento para medidas y tallas le había bastado verla una fracción de segundo para adivinar la circunferencia de sus codos, el largo de sus rótulas y la distancia exacta que separaba sus tobillos de la punta de los dedos gordos

de sus pies.

Suspiró y volvió a pensar en qué ponerse. Optó por vestirse elegante. Escogió un vestido de organdí con lunares verdes y blancos, manga ancha y plisado angosto. Mirándose en el espejo estuvo segura de que los lunares del vestido hacían bonito juego con sus pecas, pero igual hubiera querido una amiga allí para que se lo confirmara.

En lo que a zapatos concierne, escogió unos blancos de punta destapada y tacón bajo.

Se cepilló el pelo, recogió medio lado con una hebilla de caracola que encontró en el primer cajón del tocador y se miró en el espejo de cuerpo entero.

«Me veo bonita», pensó, y se echó a llorar.

Si sólo tuviera una amiga.

Si sólo tuviera un talento.

Entonces tendría una amiga.



ONCE

Prilla se arrojó sobre la cama, sollozando. Estaba segura de que no habría lugar para ella en la celebración. La única que la quería era Madre Paloma, quien probablemente estaría ocupada celebrando y preparándose para la Muda. Prilla empezó a llorar tan fuerte que no sintió la Casa del Árbol meciéndose al viento.

Lloró hasta que por fin se durmió.

Pero no cayó en un sueño cualquiera.

Estaba trepada sobre la cabeza de una niña humana que caminaba por un sendero en medio de un bosque. Se veía resplandecer una luz al frente. Pronto llegaron a una granja. La puerta de la granja estaba abierta y tres tallos de maíz saltaron fuera.

Pero Prilla no pudo saber qué ocurrió después porque...

Ahora caía de un alto rascacielos acompañada de otra niña humana. Ya se aproximaban al suelo cuando Prilla alcanzó a espolvorear un poco de polvillos de estrella sobre la niña y, en ese instante, ambas remontaron el vuelo.

Ahora estaba bajo un tremendo aguacero en compañía de media docena de niños humanos, de piel verde, que saltaban y brincaban como ranas de un charco a otro.

Es decir, Prilla pasaba del sueño de un niño humano al de otro. Los paisajes y escenas empezaban a cambiar cada vez más rápido. Una bandeja llena de albóndigas, cada una con un ojo mirando. Una ballena con colmillos de elefante, un bebé humano con barbas crespas rojas, una montaña, un castillo, un mar de cucharas de plata.

En el Círculo Encantado, la celebración ya empezaba. La noche había caído. Las farolas ardían y chisporroteaban al viento que arreciaba, pero igual el resplandor de las hadas hacía que todo se viera muy alegre.

El personal con talento para la cocina aún desempacaba cosas, pero las hadas con el don para atender y servir a la gente ya circulaban por ahí ofreciendo galletas de trigo y cebada cubiertas con queso brie de ratón lechero. Meseros y meseras se encorvaban dándole la espalda al viento para proteger sus bandejas.

Bess, la renombrada pintora, había traído su nuevo retrato de Madre Paloma, pintura que sería descubierta más tarde esa noche. Terence y las otras hadas mágicas aseguraban con piedras sus costales con plumas de muda para que no se los llevara el viento. Las hadas con talento para la luz preparaban su espectáculo, que siempre era el primer suceso, incluso antes del discurso de la Reina Ree.

Vidia acechaba desde las ramas altas del Espino. Aunque le habían prohibido asistir a la celebración, sus intenciones eran las de participar a como diera lugar en la carrera de vuelo a alta velocidad. Nadie podría detenerla una vez que la carrera empezara.

Traía consigo un par de granitos de polvillos de estrella, polvillo fresco, como lo llamaba. Ahora, hay que decir que cuando arrancó las plumas, la verdad no disfrutó haberle hecho daño a Madre Paloma. Es más, se frunció con cada gemido que soltó Madre Paloma. Pero igual se convenció a sí misma de que en realidad Madre Paloma exageraba el dolor. Ya que, como arrancar una pluma apenas si tomaba un segundo, la cosa no podía ser tan terrible.

Y ahora, en cambio, el polvillo fresco le garantizaría la victoria.

Beck apretó el lazo del moño de Madre Paloma aferrándose con fuerza contra su pecho:

—¿Cómo va tu cosquilleo? —preguntó Beck.

—Ahí va —contestó Madre Paloma.

El cosquilleo que antecedió a la Muda se haría más fuerte a medida que avanzara la noche hasta que, para cuando la celebración llegara a sus últimas, entonces ya sólo quedaría el mero cosquilleo. Y las plumas empezarían a caer. Y entonces, también el cosquilleo llegaría a su fin y todo sería paz y tranquilidad.

—¿Hay algo más que pueda hacer? —preguntó Beck como siempre hacía, a pesar de que sabía bien que nunca había nada más que hacer.

—No, gracias —dijo Madre Paloma—; pero dime, ¿dónde crees que pueda estar Prilla?

Madre Paloma pensó que sería una lástima que la criatura se perdiera su primera celebración.

Pero Beck no tenía ni idea y en ese momento Moth, la más famosa de todas las hadas con talento para la luz, llegó para decirles que ya estaban listos para empezar.

Todos se fueron acomodando en las ramas o en el suelo alrededor del nido de Madre Paloma y bajaron la intensidad de su resplandor.

Por su parte, Moth se ubicó unos centímetros por encima de la cabeza de Madre Paloma. Las otras hadas de la luz ocuparon sus lugares más cerca, rodeando a Madre Paloma. Y empezaron a resplandecer y resplandecer y resplandecer cada vez con más y más intensidad, tan brillantes como pudieron.

Y le llegó el turno a Moth: entrecerró los ojos y apretó los dientes haciendo que la cola de Madre Paloma resplandeciera mucho más, diez veces más, veinte veces más.

Las hadas suspiraron: ¡*Aaaah!*

Moth fue haciendo subir el resplandor de la cola de Madre Paloma hasta la cabeza y luego a las alas, pasando por su barriga y una vez más de nuevo a su cola. Pero era difícil sostener el brillo extra, difícil transportarlo, entonces, Moth se concentró lo más que pudo e hizo de su cabecita la punta afilada de un punto de energía.

En un momento dado, cuando Moth asintió con la cabeza, las hadas de la luz empezaron a saltar de arriba a abajo, pero sin moverse de sus puestos, variando la altura de sus saltos. Madre Paloma parecía en llamas. El viento se sumó al realismo del cuadro al inclinar las llamas de aquí para allá.

El fuego era el símbolo del origen de Madre Paloma como ave mágica. Madre Paloma había empezado como una paloma común y silvestre por allá en los tiempos en los que el País de Nunca Jamás había sido un lugar normal. Entonces, un buen día, el volcán de la montaña Torth había hecho erupción.

Los pastizales ardieron. Los bosques fueron devorados por las llamas. Muchos animales murieron.

Y el País de Nunca Jamás despertó.

El árbol de la paloma fue el último en caer presa de las llamas. El País de Nunca Jamás se percató de su presencia y decidió que la paloma podía servirle y ayudarle a Nunca Jamás.

De todas maneras, el ave ardió al tiempo con su árbol. Pero a pesar de que estaba en llamas, de que la consumía el fuego, la paloma no sufrió daño. Sus plumas ni siquiera se chamuscaron.



Sin embargo, sí sufrió un cambio. Se convirtió en Madre Paloma y obtuvo una sabiduría que antes no había ni soñado. Un día después, puso su huevo. Una semana más tarde, mudó de plumas y al día siguiente llegaron las hadas, volando en cortos trechos y con su resplandor no más brillante que el reflejo de una roca al sol.

Madre Paloma las amó desde el primer momento y les dijo lo que debían hacer con las plumas que había mudado. Así fue en el principio, hace tantos años que ya nadie los puede contar.

Por fin, Moth se relajó. Y las hadas de la luz dejaron de saltar y redujeron la intensidad de su brillo. El resto de las hadas se amontonó entonces en torno a la hadas de la luz y empezó a felicitarlas.

Madre Paloma vio a Campanita y ululó en su dirección. Aunque el viento se llevó el delicado ulular, Campanita se dio cuenta de que Madre Paloma la miraba y fue hacia ella.

Cuando Campanita le dijo que no sabía dónde estaba Prilla, Madre Paloma le pidió que fuera a buscar a la criatura.

—Y si no está por aquí cerca, búscala en la Casa del Árbol. Sería una lástima que se perdiera de todo esto —dijo Madre Paloma.

A Campanita la cosa no le cayó en gracia, estaba furiosa. Prilla podía estar en cualquier lado y ella lo que quería era examinar qué tan bien estaba funcionando el cucharón recién reparado.

Pero igual se abrió paso de mala gana por entre la multitud festiva preguntándose en qué momento había quedado pegada a Prilla.

El siguiente evento era el discurso de la Reina Ree. Madre Paloma se sentó tan derecha y alta como pudo y Ree, como siempre hacía, se posó sobre su cabeza.

—Queridas hadas —empezó la Reina Ree—, bienamados hombres gorrones...

—¡Más fuerte! ¡Más alto! ¡No se oye! —gritaron varias hadas.

—Mis queridas hadas y hombres gorrones, ha sido... —iba a continuar la Reina, pero aquí titubeó.

Lo que hubiera querido decir, como casi siempre, era que había sido un año espectacular. Pero resulta que no lo había sido. Demasiadas hadas habían muerto por la falta de fe, entonces se corrigió en silencio y dijo:

—Ha sido un buen año.

—¡Más fuerte! ¡Más alto!

Un gota de lluvia cayó sobre la cabeza de Ree empujándole la tiara un poco sobre la frente y empapándole el pelo. Otra gota cayó dentro del cucharón de Campanita salpicando deponche púrpura la manga verde del vestido de un hada. Siete gruesas

gotas fueron a caer, una tras otra, sobre Rani, que la dejaron empapada de la cabeza a los pies. Y claro, Rani, se rio, encantada.

Se escucharon unos truenos sordos y lejanos.

Pero todo el mundo los oyó. Y Rani dejó de reír. El cosquilleo previo a la Muda de Madre Paloma se desvaneció. No había vuelto a desatarse una tormenta desde antes de que Madre Paloma hubiera puesto aquel remoto huevo. Y nunca había soplado un huracán.



DOCE

La reina Ree voló para instalarse frente a Madre Paloma, quien a su vez le dijo:

—Envía a todo el mundo a casa mientras todavía puedan volar.

Aunque Ree no tenía las menores intenciones de obedecer. Madre Paloma corría peligro y sus hadas no la iban a abandonar. Ree se dio vuelta y se encontró con Campanita al lado. La Reina impartió instrucciones.

Campanita escogió doce de las hadas que empezaban a apretujarse alrededor de Madre Paloma.

Se ubicaron estratégicamente a espacios intercalados en torno al nido. Tras espolvorear un poco de polvillos de estrella dentro del nido, empezaron a levantarlo de la rama. El plan era bajar el nido a tierra y ponerlo bajo un tronco, protegido del viento.

Pero justo cuando lo habían levantado un par de centímetros, sopló una ráfaga que se llevó por delante a Campanita, sus ayudantes y unas cuantas ramitas exteriores del nido. Beck se salvó aferrándose al cuello de Madre Paloma. La Reina Ree estaba un poco por encima de la ráfaga, pero igual se le volaron los zapatos.

Una segunda brigada de hadas tomó posición alrededor del nido. Pero una segunda ráfaga dio con ellas y esta vez también con la Reina Ree y Beck. Sólo Madre Paloma, que pesaba tres veces más que cualquier hada, se mantuvo en su lugar.



Dentro del Círculo Encantado, una farola cayó de lado iniciando un pequeño incendio. Dos hadas se encargaron de apagarlo arrojando jarra tras jarra del ponche sobre el fuego. Entretanto, las hadas cocineras empezaron a envolver y empacar sus cosas tan rápido como les fue posible. Bess apretó su cuadro contra el pecho e intentó hacerle frente al viento. Un hada enfermera atendía a otra que se había golpeado contra un árbol.

Aún más hadas se dirigieron en dirección a Madre Paloma, pero, antes de llegar hasta ella, sopló una ráfaga de viento frío que hizo parecer a las anteriores un cuento de niños, tan fuerte, que en un abrir y cerrar de ojos barrió hasta con la última hada.

El huracán había llegado.

Madre Paloma llamaba a gritos a las hadas y pedía piedad para con su huevo.

El huracán empezó a lanzar rocas enormes por los aires como si fueran bolas de ping-pong. A Campanita la estrelló contra un abedul en el borde del Círculo Encantado y, tras el golpe que la dejó sin aire, Campanita rodó tronco abajo.

No muy lejos del Círculo Encantado, a Rani la atrapó una corriente ascendente que la alzó por encima de la copa de los árboles. Luego, el viento cambió bruscamente de dirección, y Rani cayó a pique.

De no ser por una rama de la que quedó prendida por la sisa de su vestido, ese hubiera sido el triste final de Rani. Se había salvado, pero ahora no podía soltarse de la rama, de manera que allí colgaba meciéndose de aquí para allá a merced del viento, rezando para que la rama aguantara.

A la Reina Ree el viento la arrastró por lo menos dos kilómetros más allá del Refugio de las Hadas. Terminó metida dentro de un hueco en un árbol que acto seguido fue taponado por un zapato de cuero a la deriva, de algún niño perdido. Ree se escurrió dentro del zapato y empezó a empujar con todas sus fuerzas la suela por dentro, en vano. Empujó con el hombro. Igual, en vano.

Hizo a un lado los cordones y luego se sentó en el borde del contrafuerte haciendo lo posible por no prestarle atención al mal olor. Se preguntó si sería la fuerza del viento la que mantenía el zapato tapando el hueco o si se habría atascado allí con tanta fuerza que ya no podría salir nunca.

El huracán partió en dos uno de los mástiles del barco pirata y arrastró la nave a mar abierto. A una pobre sirena la catapultó treinta metros playa arriba y obligó a sus amigas a refugiarse en el fondo del mar.

Tierra adentro, hasta el dragón Kyto se acucilló acobardado en el fondo de su cueva.

A Beck el ventarrón la arrastraba a ras de suelo. Quiso detenerse pero apenas si

era menos que una brizna al viento. Alcanzaba a sentir la angustia de Madre Paloma y estaba desesperada por encontrar la manera de prestarle ayuda.

El viento terminó por arrojarla dentro de una madriguera. Se sentó derecha, magullada y cubierta de raspones y se vio frente a una camada de topos aterrados. «Vamos, vamos,» se dijo Beck. «No ha pasado nada». Pero no podía abandonarlos. «Tranquilos, pronto estarán bien. Todos vamos a estar bien».

Pero no estaba tan segura. Tenía sus dudas.

Terence se vio rodando por una cuesta acompañado de hierba, briznas y piedras. Abajo, crecía un río de lodo. Si no detenía su caída, sería devorado por el río de fango. Se empujó hacia la raíz protuberante de un árbol y alcanzó a agarrarse con un brazo. Hizo lo mismo con el otro y se sostuvo, haciendo esfuerzo por mantener la cabeza en alto y respirar aire antes que barro.

Todo el tiempo estuvo preocupado por la suerte de Campanita.

Por su parte, de nuevo en el abedul, Campanita recuperó el aliento, pero como estaba demasiado mojada para poder volar, empezó a correr, encorvada, intentando pasar por debajo del viento.

Aunque no podía ver el Espino de Madre Paloma, sí sabía dónde estaba.

Ya había cruzado la mitad del Círculo Encantado cuando el huracán arreció con otra ráfaga. El viento levantó una sartén del mango y dio con ella en la cabeza de Campanita, golpeándola con tanta fuerza que perdió el conocimiento para entonces arrastrarla de nuevo fuera del Círculo Encantado junto con restos de costales para los polvillos de estrella, manteles y el retrato de Madre Paloma que había pintado Bess.





TRECE

A Prilla la despertó un crujido profundo. La Casa del Árbol se mecía como un péndulo al revés, rechinando con cada oscilación. Voló hasta su ventana, pero el viento la había tapado aplastando una hoja húmeda contra el cristal.

¡La celebración!

Prilla bajó disparada, cruzó el hall de entrada y abrió la puerta.

Su propio resplandor apenas si alcanzaba a alumbrar unos pocos centímetros a la redonda y no vio más que lluvia, una densa cortina de lluvia, las gotas apretadas unas con otras. Caían relámpagos y centellas. Boquiabierta, vio que el roble ya no estaba allí. ¡Desaparecido!

¡Evaporado! Un enorme hueco en la tierra era todo lo que quedaba allí donde las raíces habían estado.

Pensó: «¡Madre Paloma! ¡Campanita! ¡Rani! ¡Terence! ¿Qué podía haber sido de ellos si todo un roble había sido arrancado de esa manera?».

Y el mundo se oscureció de nuevo. Prilla sabía que con el tiempo que hacía no podía volar y sabía también que quizá lo más seguro era permanecer en donde estaba. Esperó la luz de otro relámpago.

Y así fue, estalló otro relámpago haciendo un ruido atronador que casi la deja sorda. Vio, un poco a su derecha, un sendero que conducía hasta donde Madre Paloma, muy largo para hacerlo a pie.

Pero, igual, se lanzó; sin embargo, el mismo viento se encargó de empujarla de vuelta a donde había iniciado su carrera.

Esperó un rato y extendió la mano. El viento había amainado, cierto, pero tan pronto arreciara de nuevo, la arrastraría de vuelta, de manera que esperó la luz de otro relámpago.

Y cuando cayó, vio, no muy lejos, una roca detrás de la cual se podía guarecer. Salió de la casa, y ya estaba empapada. Casi se resbala, de modo que se deshizo de sus zapatos al mismo tiempo que corría camino a la roca.

Y llegó, justo antes de que se alzara el viento otra vez. Se acuclilló y esperó la caída de otro relámpago y a que el viento le diera otro resuello. Cuando centelleó otro relámpago, vio unas raíces levantadas que quizás alcanzaría si corría muy rápido. Al bajar el viento, corrió de nuevo.

Al Espino de Madre Paloma no le quedaba ni una sola hoja, pero Madre Paloma permanecía intacta. Al principio, Madre Paloma entró en pánico: si llegaba a morir, sus queridas hadas se quedarían sin polvillos de estrella. Y si su huevo llegaba a quebrarse, animales y hombres se encontrarían con la vejez y la muerte... y ella también.

Sin embargo, a medida que pasaban las horas y el viento se agitaba encima y debajo de ella, se fue tranquilizando a sabiendas de que el País de Nunca Jamás se encargaría de protegerla.

Y estaba en lo cierto. Nunca Jamás la protegía, ¡pero qué lucha tendría que dar! El huracán estaba dispuesto a hacer tanto daño como le fuera posible y, claro, lo peor que podía hacer era arrasar con Madre Paloma y su huevo.

De manera, pues, que el huracán arremetió con sus más fieras ráfagas y lluvias contra el nido, sin dar tregua. Pero Nunca Jamás resistió el embate con todo el coraje del mundo, dispuesto a no dar su brazo a torcer.





El huracán, sin embargo, al ver fracasar su arremetida frontal, resolvió cambiar de estrategia: sacó sus vientos más fuertes mar adentro y allí sopló revolviendo las aguas marinas hasta levantar una ola tan grande que, al romper contra la costa, anegaría el País de Nunca Jamás entero.

Y claro, Nunca Jamás tuvo que pensar en cómo esquivar la marejada. Y reunió sus fuerzas.

En un momento en el que Nunca Jamás se descuidó por un instante, el huracán despachó un vendaval despiadado que desalojó a Madre Paloma de su nido. Madre Paloma luchó encarnizadamente por regresar a su huevo y su nido. Batió las alas, la emprendió a picotazo limpio, a topetazos contra el viento pero lo único que logró fue ir quedando cada vez más lejos.

Exhausta, sin fuerzas ni aliento, la tormenta terminó por encumbrarla muy alto sobre Nunca Jamás antes de arrojarla con fuerza como un trapo sobre la costa.

Y allí quedó, tendida sobre la playa, el pecho hundido, ambas alas rotas.

Pero por lo menos su huevo aún estaba ileso. Madre Paloma sabía que si algo le hubiera pasado al huevo, ella se enteraría, no importa qué tan lejos se hallara.

Y sí, de hecho, el mismo viento que había arrastrado a Madre Paloma también había silbado furioso en torno al huevo pero sin lograr quebrarlo. Aún descansaba tranquilo dentro del nido, tan suave, tan sereno y tan azul como siempre. Transcurrió un minuto entero. De pronto, la serpentina de un rayo mortífero descendió del cielo, quebró en dos la cáscara y lo incineró, todo casi al mismo tiempo.

Un escalofrío sacudió al país entero. Madre Paloma lo sintió y supo lo que eso significaba.

«¡Mi huevo!», pensó. «¡Ay, mi huevo!». La magia que le había sido otorgada —lo mejor de sí, su regalo al País de Nunca Jamás— había sido destruido.

Ululó como un aullido contra el viento.



CATORCE

Una vez roto el huevo, la tormenta empezó a aplacarse. Luego, la lluvia a amainar y el viento a ceder hasta que el cielo se despejó del todo cuando ya amanecía.

Campanita despertó. Estaba boca abajo sobre una pieza de porcelana y, la verdad, era un milagro que no se hubiera cortado, aunque eso sí, sentía que la cabeza le iba estallar del dolor. Se llevó la mano a la frente y sintió un chichón del tamaño de un grano de pimienta sin moler. Lo tocó con fuerza y tuvo que morderse los labios para no gritar. «Pero, ¿qué fue lo que ocurrió?», se preguntaba.

Se sentó bien. Poco a poco recobró la memoria. Se puso de pie con un salto pero se fue de bruces, la cabeza dándole vueltas. Tenía que encontrar a Madre Paloma a como diera lugar, de manera que volvió a ponerse de pie, esta vez con más calma y empezó a caminar oteando el cielo en busca de halcones. No tenía polvillos de estrella, así que, en realidad, no podía volar, entonces, empezó a batir las alas con fuerza para volar dando saltos y carreritas a pie.

Cruzó a toda prisa por un campo de cañas de bambú aplastadas, un campo además cubierto de ramas y rocas y hasta del mástil del barco pirata. Pasó al lado de una ardilla aún perpleja y de una alondra con las plumas de la cola ensangrentadas. A la alondra le gritó a su paso que intentaría encontrar un hada con talento animal.

Por todas partes se veían hadas ayudándose unas a otras o bandeándose por sí solas para salir de algún atolladero. La Reina Ree logró desatascar el zapato que la tenía atrapada. Un explorador escuchó los gritos de Rani y la descolgó de la rama. La mamá de los topos regresó a la madriguera y Beck pudo seguir su camino. Terence pudo por fin soltar la raíz de la que se había aferrado, cubierto de lodo, sí, pero vivo.

La primera en encontrar a Madre Paloma fue Prilla. A medio camino entre la Casa del Árbol y el Círculo Encantado había caído a las aguas del arroyo Havendish, y se hubiera ahogado de no ser porque la corriente bajaba crecida; así las cosas, la quebrada la arrojó con rapidez en la playa donde se puso de pie y pudo subir hasta la punta de una duna. Cuando el cielo aclaró, desde allí alcanzó a ver a Madre Paloma.

Corrió sobre la arena. Las alas de Madre Paloma descansaban formando un ángulo extraño y tenía las plumas cubiertas de arena endurecida como barro. Pero lo que a Prilla más le impresionó fueron sus ojos: hundidos y abatidos.

Madre Paloma ululó:

—Prilla...

Prilla lloraba, las lágrimas le rodaban por las mejillas y la voz de Madre Paloma era tan débil que apenas si se alcanzaba a oír:

—Prilla... alcancé a pensar que de pronto tú vendrías.

—Ay, Madre Paloma... Ay...

Quizá fuese la juventud de Prilla o quizá simplemente fueran sus peculiares hombros, el hecho es que éstos se negaban a sacudirse aun mientras lloraba y entonces Madre Paloma empezó a creer que quizá todavía era posible hacer algo por su pobre huevo. Y, si su huevo estuviera todavía entero y a salvo, y ella pudiera reunirse con él, entonces, pensó, quizá incluso ella misma podía sanar de nuevo.

Hurgó en sus reservas de conocimientos y sabiduría ancestral de Nunca Jamás y concluyó que en efecto sí tenía una oportunidad más.

Como el huevo había sido creado por fuego y por fuego había sido destruido, entonces quizá también por fuego podía ser restaurado. Sin embargo, el fuego tendría que ser muy caliente... como el de un infierno. ¿Dónde conseguir fuego de ese calibre? La montaña Torth no había hecho erupción desde hacía siglos.

Y allí estaba el dragón Kyto.

Pero Kyto, ¿por qué habría de ayudar?

Madre Paloma suspiró:

—Busca a la Reina Ree y a Beck y tráelas aquí.

Prilla asintió y salió a toda prisa ayudándose en su carrera con cortos trechos de vuelo. Madre Paloma cerró los ojos y meditó.

Iba Prilla más allá de mitad de camino, camino al Refugio de las Hadas, cuando se cruzó con Beck, quien descendía cojeando hacia la playa. Prilla se limitó a apuntar con el dedo en dirección a donde había quedado Madre Paloma y continuó su carrera.

A Ree finalmente la encontró en compañía de Campanita, que en ese momento se ponía un trozo de hielo en la frente. A pesar de que la tiara de la Reina había volado con el vendaval, Prilla reconoció a la Reina de inmediato por su porte erguido, la cabeza alzada y su mirada penetrante.

La Reina y Campanita estaban en una rama sobre el huevo arruinado. La cáscara carbonizada se había roto en tres pedazos. Un puñado de cenizas reposaba acunado al fondo del pedazo más grande, los restos de lo que alguna vez fue la yema y la clara de un huevo.

—Madre Paloma jamás hubiera abandonado su huevo —dijo Campanita.

Ree asintió:

—Los exploradores la están buscando, pero...



Las dos imaginaban todos los posibles desastres que le pudieron haber ocurrido a Madre Paloma.

Prilla empezaba a treparse al Espino.

—Incluso en el caso de que Madre Paloma se encuentre bien —dijo Campanita—, dejará de estarlo cuando vea el huevo.

Por fin Prilla las alcanzó en las ramas, le hizo una venia a Ree —a pesar de que las hadas de Nunca Jamás nunca lo hacían— y les contó sobre la suerte de Madre Paloma.

Las tres se apresuraron pues camino a la playa hasta encontrarse con Beck, que lloraba a mares al tiempo que acariciaba las plumas de las alas de Madre Paloma. Y entonces también la Reina Ree lloró, incluso Campanita se descompuso.

Pero Prilla, que ya había llorado suficiente, ahora guardaba la esperanza de que tuviera un talento para prestar primeros auxilios tras el paso de un huracán.

—¿Estás dolorida? —preguntó la Reina Ree.

—No mucho —contestó Madre Paloma.

Sin embargo, Beck sabía que el dolor de Madre Paloma tenía que ser espantoso.

—No habrá Muda —susurró Madre Paloma—. Me siento muy débil.

La cabeza de Ree se puso a mil. ¡Que no habría Muda! Eso, no Muda, significaba que tampoco habría polvillos de estrella: ni magia... ni seguridad frente a los halcones, ni seguridad frente a nada.

Con voz trémula, Madre Paloma les dijo:

—Podría recuperarme si... si fuera posible que el huevo... si fuera posible reparar el huevo y estar con él.

«Pero el huevo está roto y carbonizado», pensó Prilla.

Campanita, por su parte, pensó que ella había arreglado ollas en tan mal estado como el huevo.

—¿Pero cómo? —preguntó Beck.

—Será difícil —dijo Madre Paloma, usando tan pocas palabras como le fue posible.

En fin, una vez que Madre Paloma hubo terminado de decir todo lo que tenía por decir, Ree les pidió a Beck, a Prilla y a Campanita que trajeran a todas las hadas aquí, a la playa.

Por último, Madre Paloma susurró:

—Tú no te vayas, Campanita. Quiero que te quedes conmigo. Ree, estoy segura de que habrá más animales heridos fuera de mí. Pídele a Beck que atienda a algunos.

Beck se volvió, dando tumbos.

—Beck... —empezó a decir Madre Paloma y luego ululó un rato.

Beck sentía con toda claridad el amor de Madre Paloma, pero igual no acababa de entender por qué no la quería allí, a su lado.

—Estamos demasiado lloronas, Beck —dijo Madre Paloma—. Ambas, tú y yo, y así lo único que lograremos será ponernos más tristes.

Madre Paloma sabía que, si Beck se quedaba, se le rompería el corazón.

Beck asintió, pero igual quería quedarse.

Campanita jugueteaba con su flequillo, nerviosa. No tenía idea de cómo cuidar a Madre Paloma.

Por fin dijo:

—Haré lo mejor que pueda.

Y diciendo esto, Beck y Prilla se alejaron de la playa en busca de las otras hadas.

Entretanto, mientras las hadas se ocupaban en sus cosas, el cielo se despejó y salió el sol. El barco pirata izó velas y regresó a la Bahía de los Piratas. La sirena varada en la playa logró arrastrarse poco a poco hasta llegar a las aguas del mar.



Pero ya los animales y los humanos que habitaban en Nunca Jamás empezaban a sentir la pérdida del huevo. Un Oso de Nunca Jamás, que durmió durante el paso de la tormenta, se despertó para encontrar que tenía la rodilla izquierda tiesa. El Capitán Garfio, al tiempo que se ayudaba de un espejo para rasurarse, vio una cana entre sus negras mechas.

Peter Pan se despertó en medio de los pastizales a donde el vendaval lo había arrojado y, horrorizado, se encontró un diente de leche a su lado: era el primer diente que se le caía en la vida y ayer ni siquiera estaba flojo.

Reunir a las hadas no fue un asunto rápido, tomó tiempo porque, entre otras cosas, no podían volar. Algunas estaban vendadas, otras cojeaban. Un hombre gorrión había perdido la vista. Dos hadas seguían perdidas. Otra había sido arrojada al mar por los vientos y otra más había muerto durante la noche por una crisis de fe.

Terence estaba de pie, al borde de la multitud de hadas, todavía cubierto de lodo. Hasta los dientes los tenía embarrados, como se vio en un momento dado en el que dejó ver su enorme sonrisa. A pesar de la tristeza que sentía por lo que le había ocurrido a Madre Paloma, no pudo menos que mostrar su alivio cuando vio que Campanita estaba viva y a salvo.



Campanita, sin embargo, no se percató de su sonrisa.

Ree inició su discurso anunciando que Madre Paloma estaba demasiado débil para Mudar.

—Sin embargo —continuó—, todo estará bien si es posible reparar el huevo y llevarlo a su lado. Enviaré un hada en comisión para que repare el huevo y luego lo traiga acá.

Prilla fantaseó con la idea de que la escogieran a ella y así descubrir que tenía talento para componer huevos.

Ree continuó:

—El hada escogida llevará consigo todo el polvillo de estrella que nos queda. Yo me encargaré de guardar sólo el necesario para nuestros exploradores.

Todas y todos, excepto los exploradores, claro, rezongaron. Entonces la Reina Ree alzó la mano:

—Sea lo que sea, quiero que sepan que, en todo caso apenas si nos quedan suministros para un par de días, nada más.

Entonces, cada una de las hadas pensó en lo que sería de su vida sin poder volar y sin magia.

¿Seguirían siendo hadas o se convertirían simple y llanamente en una especie de tristes y pálidas luciérnagas?



QUINCE

Cuánto deseaba Vidia haber tenido más tiempo para arrancar más plumas. Apenas si le quedaban un par de puñados de polvillos de estrella:

—Mis corazones —empezó a decir en voz alta—, me temo que no tenemos más remedio que desplumar a Madre Paloma en este mismo instante. Si esperamos a que muera, es muy probable que sus plumas ya no sirvan para nada, que no tengan ningún poder.

Prilla, así como casi todos los demás, estaba horrorizada. No faltaban, sin embargo, algunas hadas que pensaban que bien valía la pena considerar la sugerencia. Si desplumaban a Madre Paloma, tendrían suficiente polvito mágico para un año.

Y Madre Paloma sabía que Vidia tenía razón: si llegaba a morir, sus plumas perderían todo su poder. Si la situación llegara hasta tal extremo, pensó Madre Paloma, les diré que lo hagan, que me desplumen.

Campanita dijo:

—Cualquiera que venga con la idea de desplumarla, primero tendrá que pasar sobre mi cadáver.

—Y el mío —dijo Terence.

«Y el mío también», pensó Prilla.

La Reina Ree, a su vez, opinó:

—Vergüenza debería darte, Vidia. Nadie va a desplumar a Madre Paloma. Depositaremos toda nuestra confianza en el éxito de nuestra expedición salvadora.

Prilla se preguntó si le sería posible seguir a escondidas la expedición, en caso, por ejemplo, de que necesitaran a alguien durante una emergencia.

—Y bien —continuó Ree—, por ahora lo que quiero es que cada una de ustedes se acerque a su taller y habitación y me traiga un informe de los daños sufridos en la Casa del Árbol.

Dicho esto, ordenó a todo el mundo retirarse, excepto a Rani.

—¿Yo? —preguntó Rani, sorprendida, y acto seguido se sonó con una hoja-pañuelo.

Madre Paloma susurró:

—Prilla también, que se quede.

—¿Prilla? —preguntó Ree—. ¡Pero si es tan joven!

—Sí, Prilla... y Vidia.

—¡Vidia!

Madre Paloma asintió con la cabeza y agregó:

—Por su velocidad.

Obedeciendo aquellas órdenes, Ree llamó a las dos y éstas se volvieron. Prilla no podía creer que hubiera sido llamada de vuelta. Se preguntaba si aquello quería decir que la Reina le había visto algún talento. La expedición no sólo sería una gran aventura sino que la haría en compañía de Rani, su hada favorita.

Dicho todo, Ree se sentó sobre una rama que había dejado la marea y Rani la acompañó. Prilla se sentó cerca, sobre la arena, a unos pocos pies de Campanita quien, en ese momento, arrodillada al lado de Madre Paloma, le sacudía arena de las plumas.

Pero Madre Paloma hubiera preferido que Campanita dejara de hacerlo. Cada vez que Campanita zarandeaba una de sus plumas, el dolor era mucho, pero mucho peor.

Vidia permanecía de pie, un poco retirada, y empezó a decir:

—Ajá, cuando me necesitan, entonces sí no soy tan detestable, ¿verdad, mis cari...?

—¿... ños? —terminó Rani, robándole la palabra—. Todos tenemos algo bueno, me parece.

Y Ree dijo:

—Todas ustedes han oído hablar de Kyto, ¿cierto?

Prilla dijo que no, negando con la cabeza.

—Mira, Kyto es un dragón. Un dragón furioso que bota fuego —explicó Ree, secándose el sudor de la frente.

Un dragón que vivía encerrado, prisionero, en una cueva alta en la montaña Torth que se alzaba en medio de Nunca Jamás. Los Niños Perdidos y la reina anterior a Ree lo habían atrapado cuando todavía era un dragón muy joven. En fin, Ree continuó:

—Madre Paloma piensa que el huevo se puede reparar con fuego, si el fuego alcanza una temperatura suficiente. Y bien, el fuego de Kyto...

Rani terminó la oración:

—... es lo suficientemente caliente.

—Pero —preguntó Prilla—, ¿no se cocinará el huevo puesto al fuego?

—No, mi huevo no —replicó Madre Paloma, en voz muy baja pero muy orgullosa—. Un huevo común y corriente se cocinaría al fuego, el mío no.

Vidia intervino:

—Mis dulzuras, ¿acaso creen que Kyto va a ayudar a sanar el huevo por pura amabilidad?

—Kyto no tiene ni sombra de amable —dijo Rani.

Vidia dejó ver una de sus sonrisitas más irritantes y opinó:

—Ya lo sé, corazón mío.

Y en efecto, Kyto era absolutamente malvado. Hasta la perfidia del Capitán Garfio palidecía al lado de la de Kyto. Su capacidad de hacer daño era ilimitada y su alma no albergaba ni pizca de compasión o bondad.

—Pero, ¿no será que a Kyto también le interesa salvar el huevo? —insistió Prilla—. ¿Acaso no lo mantuvo joven también a él?

—No —contestó Ree—. Madre Paloma dice que el huevo no tiene efecto sobre Kyto.

—Mis corazones —intervino Vidia otra vez—, la libertad es lo único que podría interesarle a...

—... ese dragón. Pero no vamos a dejarlo en libertad, ¿verdad? —interrumpió Rani, fiel a su costumbre.

—¡No! —exclamó Ree—. Sería demasiado peligroso. Además, ni siquiera todas las hadas juntas tendrían la fuerza para hacerlo. Sin embargo, Madre Paloma dice que quizá Kyto repare el huevo, aun sin prometerle la libertad, a cambio de algo para su botín.

—¿Qué es un botín? —preguntó Prilla.

—Los dragones coleccionan cosas —le explicó Ree—, y el botín, en este caso, es una colección de objetos hermosos y fuera de lo común, tan caros para él como su...

—Fuego. —Rani intervino, frunciendo el ceño—. ¿Pero qué cosa tenemos que Kyto quisiera tener?

—Nada —dijo Ree—. Primero, tendríamos que conseguir lo que quiera que fuera.

—Obviamente —dijo Vidia.

—¿Cosas como qué? —preguntó Rani.

Pero Madre Paloma ya había pensado mucho en este asunto. Los dragones aprecian mucho el oro y las joyas, pero aprecian mucho más aun las rarezas. Cuanto más difícil de encontrar sea una cosa, no importa cuál, más la desean. De manera que Madre Paloma había llegado a la conclusión de que tres cosas podrían tentar a Kyto.

Y Ree se las comunicó:

—Se trata de, para empezar, una pluma del Halcón Dorado...

—Ja —dijo Vidia riendo con amargura—, ahora que tenemos que desplumar a un Halcón Dorado, que sin duda nos matará, está muy bien; pero en cambio arrancarle una sola a Madre Paloma no.

—No está bien desplumar a nadie, pero cuando hay que hacerlo, hay que hacerlo

—susurró Madre Paloma.

Ree continuó:

—La doble boquilla de plata del Capitán Garfio para sus tabacos y una peineta de sirena... esas son las tres cosas.

Se hizo silencio. Sería un milagro conseguir siquiera una de esas cosas.



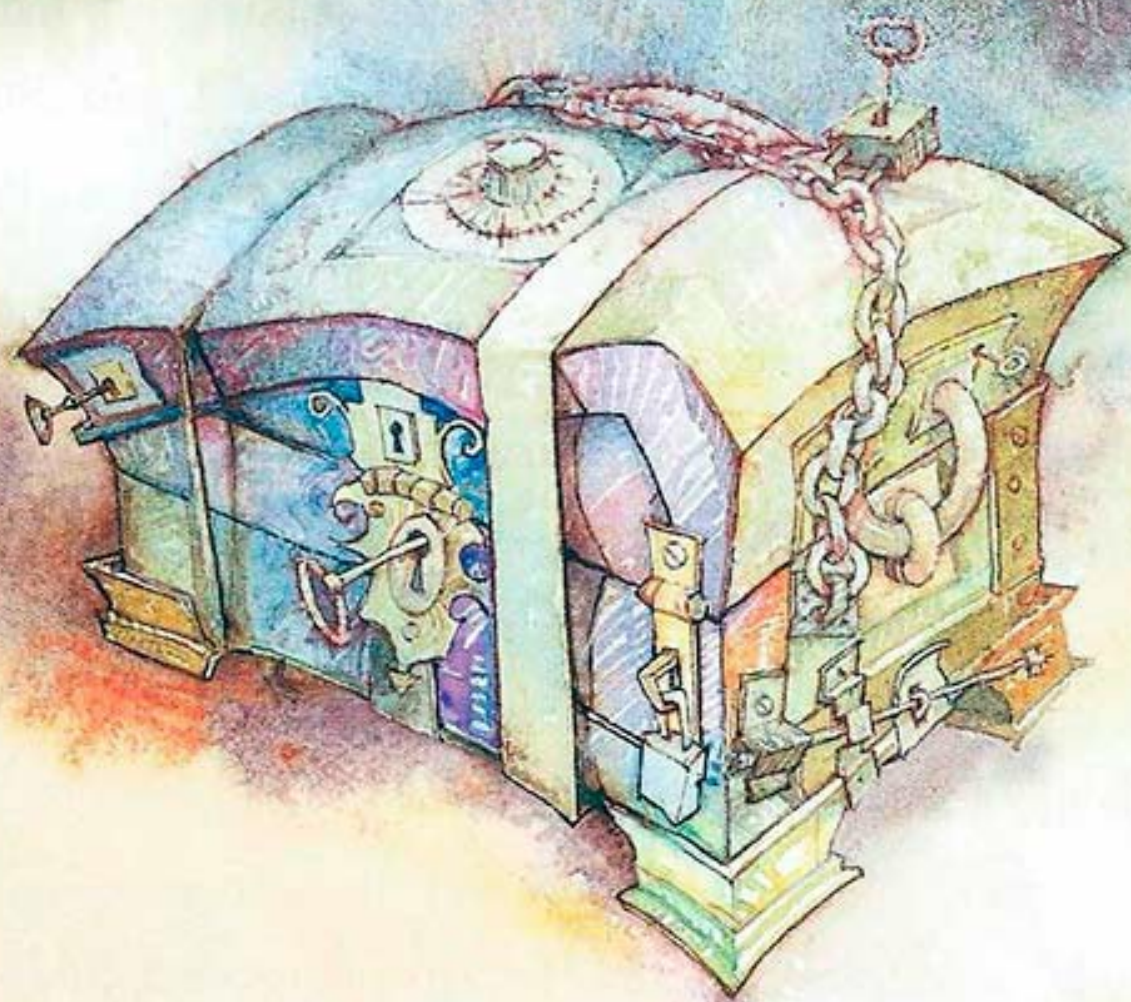
DIECISEIS

Pero la reina Clarion no iba a dejar salir a ninguna de las expedicionarias sin antes dormir un par de horas y darse una buena cena.

Rani soñó su sueño recurrente, el de nadar: sus alas se transformaban en aletas, sus pulmones en agallas. Miles de peces nadaban en círculos a su alrededor. Las sirenas se unían a su fiesta y tras horas de parranda y jolgorio, ella, Rani, ascendía del fondo del mar, arriba, arriba hasta salir del agua, momento en el que sus aletas se convertían de nuevo en alas y entonces volaba sobre el mar, un vuelo tan tonificante como antes había sido su zambullida.

Y se despertó llorando. Jamás nadaría, jamás entraría al reino del mar. Una vez que secó sus lágrimas, se puso su vestido de seis bolsillos y en cada uno de ellos metió una hoja-pañuelo.

Vidia, en su casa, un viejo árbol de ciruelo que daba frutas amargas, soñó que cruzaba al vuelo una nube de polvillos de estrella. Al despertar, abrió los siete cerrojos que protegían la caja fuerte oculta bajo su cama y sacó la bolsita donde tenía guardado el poco polvillo fresco que aún le quedaba. Colgó la bolsa del cinturón y luego la metió debajo de la falda para que no se notara el bulto.



Los sueños de Prilla, como ya era costumbre, la llevaron a un paseo por los sueños de los niños humanos. El último sueño —uno muy dulce que tuvo lugar en una tienda de caramelos y golosinas— se le quedó pegado al alma y tuvo que hacer esfuerzos para recordar en dónde estaba.

¡Ah, claro! ¡La expedición! El gran empeño conjunto con el propósito de restaurar el huevo y su propia búsqueda para descubrir su talento. Saltó de la cama y se vistió de prisa. Esperaba que sus cordones de espagueti no resultaran demasiado endebles para las jornadas que se avecinaban.

Prendió al cuello, con un alfiler, una pequeña muestra del material de su Vestido de Bienvenida, simplemente para tener consigo algo que le fuera familiar. Le hubiera gustado tener un animal de peluche o una muñeca para que le hiciera compañía. Pero tales cosas no existían en el País de Nunca Jamás.

El equipo de la expedición cenó en compañía de la Reina Ree, en la sala de té. Les dieron cabezas de champiñones rellenas con puré de semillas de sésamo, el primer plato cocinado en aquella cocina sin la ayuda de polvillos de estrella. Los hongos estaban un poco crudos y el puré pasado de sal, pero de eso sólo se percató Vidia.

Ya había caído la noche y Prilla pudo ver una luna llena a través de la ventana del salón de té.

Entonces, Vidia preguntó:

—Ree, mi amor, ¿cómo vamos a llevar el huevo roto de...?

—¿... un lugar a otro? —remató Rani, reprochándose no haber pensado antes en ello, y agregó—: ¿Y qué me dicen sobre las otras cosas que queremos llevar en prenda?

Tanto la boquilla como la peineta iban a resultar muy pesadas para cargar.

Al respecto, Ree dijo que les tendría listo el huevo en el Círculo Encantado.

—Ya las hadas carpinteras están construyendo un cobertizo. Allí estará el huevo. También allí podrán ir dejando cada prenda a medida que la vayan encontrando y al final las recogerán todas.

—Si las conseguimos —dijo Vidia—. Mejor dicho, si conseguimos una sola. Mis dulzuras, les cuento que lo mejor que podríamos hacer es desplumar a Madre Paloma ya mismo, antes de que muera —concluyó, encantada con la cara de espanto que pusieron las demás.

La Reina Ree ni siquiera se tomó la molestia de reprenderla y continuó como si no hubiera oído nada:

—Les daré un globo-transportador para llevar la carga cuando estén listas para ir a donde Kyto.

Prilla se preguntaba por qué Vidia formaba parte de la expedición si estaba tan segura de que todo el empeño fracasaría.

Pero resulta que Vidia no estaba tan segura de que la expedición fuera a fracasar, por el contrario, quería que tuviera tanto éxito como las demás. Pero quería, además, darse el gusto de poder volar mientras las otras no podían hacerlo y, claro, no tenía el menor interés en verse obligada a usar los polvillos de estrella que tenía escondidos de reserva.

Rani sugirió ir primero por la boquilla de plata del Capitán Garfio.

—Mi vida, ¿y cómo piensas quitársela, si se puede saber?

—Ahora debe de estar durmiendo, ¿no? —dijo Prilla.

—Mi niña querida, el Capitán no se saca la boquilla de la...

—... boca. Eso, sin embargo, no es más que un rumor —terminó Rani.

—Quizá puedan sacársela sin que se dé cuenta —dijo la Reina Ree.

Y Prilla en verdad deseó poder hacerlo y mostrar por tanto un talento para sacar boquillas de cigarros de las bocas. O mejor aun, un talento más general para asuntos concernientes a piratas.

Después de cenar, la Reina las condujo al hall en donde ya una multitud las esperaba para despedirlas. Terence estaba de pie en la entrada con una bolsa al hombro.

—Y bien —dijo la Reina Ree—, Terence tiene una bolsa para ustedes con polvillos suficientes para cuatro días y he reservado otra ración, también de cuatro días, para los exploradores. En cinco días se habrán acabado todas las existencias —y con voz quebrada, culminó—: Me temo, sin embargo, que para entonces Madre Paloma habrá muerto también.

Por las mejillas de Rani empezaron a correr lágrimas.

Prilla, aunque triste, también estaba algo exaltada. Su vida apenas si empezaba. Y en este preciso momento se preparaba no sólo para salvar a Madre Paloma, sino también para descubrir su talento.

A la Reina Ree, sin embargo, la fastidiaba la sensación de que faltaba por hacer algo.

Terence, por su parte, metió la mano en la bolsa y luego espolvoreó, ceremoniosamente, una tacita llena de polvillos de estrella —ni un grano de más— sobre cada una de las valientes expedicionarias.

—Nos quedan polvillos para tres días —dijo Terence y, apretando el cordón de la bolsa, extendió el brazo ofreciéndola. Vidia quiso alcanzarla, pero Terence la retiró.

La Reina Ree comprendió entonces lo que debía hacer. Tenía que designar a Rani

como líder de la expedición o de lo contrario Vidia tomaría el mando. Ahora bien, Rani no era la persona idónea; demasiado lacrimosa y complaciente.

Pero Prilla era una completa desconocida, la verdad, apenas una recién nacida.

Ree alcanzó a pensar en ir ella misma, pero Madre Paloma no la había seleccionado.

—Rani, quiero que tú tomes el mando de la...

—¿...expedición? ¿Yo? —preguntó Rani en voz alta al tiempo que, para sus adentros, se preguntaba si sería capaz de desempeñar bien el trabajo—. Gracias por creer en mí.

Incluso Prilla llegó a pensar que, cierto, Rani era una persona increíblemente amable, ¿pero tenía lo que se necesita para ser líder?

—Vidia... —dijo la Reina—. ¡Vidia, mírame a los ojos!

—Dime, mi corazón —replicó Vidia, levantando la vista.

—La expedición no tendrá éxito si pones problemas.

—¿Poner problemas, cariño?

—Quiero que aceptes y reconozcas a Rani como tu capitana.

—Como ordenes, cariño.

—Y que la ayudes.

—Así se hará.

—Y sé buena con Prilla.

—Ni más faltaba.

—Hummm...

Ree sabía bien que las promesas de Vidia valían muy poco, pero tampoco se le ocurría nada mejor que hacer. Le pidió a Terence que le entregara la bolsa con los polvillos a Rani.

Terence procedió: metió la bolsa por encima de la cabeza de Rani y luego se la acomodó bien en la espalda.

Estaban listos para partir.

—¡Un momento! —exclamó Campanita, abriéndose paso por entre la multitud.

—Ten —le dijo a Rani, ofreciéndole su puñal preferido (alguna vez un palillo de dientes de un pirata).

—Yo tengo otro —agregó, señalando su segundo mejor puñal que colgaba enfundado de su cintura.

Ree, por último, las despidió inspirada:

—Expedicionarias, mucha prudencia y compasión, pórtense como las mejores de todas las hadas.

Y partieron.



DIECISIETE

Las expedicionarias se dirigieron camino a la Bahía de los Piratas.

Prilla entonces comenzó a decir:

—Somos una especie de talento, ¿verdad? Somos hadas...

—... expedicionarias —dijo Rani sintiendo lástima por Prilla—. Un talento es algo ligeramente distinto, Prilla.

—Completamente distinto, si vamos a ello —dijo Vidia—. Por ejemplo, mi querida criatura, cuando tienes un talento, tú admiras, quieres y cuidas a quienes lo comparten contigo.

«¡Qué mala onda!», pensó Prilla.

—¡Vidia! —dijo Rani, subiendo el tono de la voz—. Aquí cuidamos unas de otras.

—Yo me preocupo por Rani —dijo Prilla, enfática, y Rani se sonó la nariz, conmovida.

—Mi adorada criatura, la verdad poco me importa si me odias o no, pero veamos a ver si yo cuido de ti, si me interesas. Ven, veamos si tu talento es para el vuelo —dijo Vidia al tiempo que aceleraba su vuelo gritando por encima del hombro—: ¡Alcánzame!

Prilla batió sus alas tan fuerte y rápido como pudo. Agitó piernas y brazos. No quería tener nada que ver con Vidia pero sí superarla, ganarle. Y por supuesto, quería un talento.

Deseó desde el fondo de su alma que soplara un viento a favor para ayudarla, sólo a ella.

Pero no sopló viento alguno y, sin importar lo que hiciera, apenas si era un poco más rápida que Rani. Y no tenía ni la más remota posibilidad de alcanzar a Vidia, que ya era un punto en la distancia.

Vidia las esperó en la playa. Cuando llegaron, le dijo a Prilla:

—Criatura adorada, me temo que tu talento es no tener ningún talento.

—No le prestes atención, Prilla —dijo Rani—. Vidia, no tenemos tiempo para insultos.

—Preciosa, tampoco para tortugas —contestó Vidia, que en el acto voló al agua.

Y así, volaron los tres cuartos de milla que las separaban del barco. Era tal el silencio y la calma de la noche, que casi se podía escuchar al País de Nunca Jamás pensando. En el barco pirata, el hombre a cargo del timonel cabeceaba.

Las hadas volaron de ojo de buey en ojo de buey preguntándose cuál de las ventanillas sería la del camarote del Capitán Garfio. Por equivocación, se metieron por el ojo de buey que daba a los camarotes de la tripulación y los ronquidos las expulsaron fuera.

Tres ojos de buey más adelante, lograron entrar a la cabina de Garfio. También el Capitán roncaba, pero un ronquido más elegante, pausado. Roncaba en pentámetros yámbicos, soltando un ocasional y breve espondeo de cuando en cuando.

Prilla revoloteó sobre la cómoda de Garfio en donde doce rosas reposaban tal y como al Capitán le gustaban: los tallos en el agua y las flores decapitadas alrededor del florero.

Vidia aterrizó sobre el escritorio del Capitán, justo en medio de su colección de cigarreras para el rapé.

Rani voló a la cama.

Allí, apretada entre los dientes del Capitán, estaba la boquilla, con dos enormes tabacos puestos pero sin encender.

Garfio yacía boca arriba. Se había deshecho de su cobija y su almohada arrugada se hundía bajo el peso de su cabeza. La mano derecha descansaba sobre la espada, a su vez sujeta a su camión de dormir. Mientras Rani lo observaba, el Capitán se sacudió un poco y luego se rascó la barriga con el garfio.

De pronto, dejó de roncar y empezó a hablar; fue tal el susto de Prilla, que se paralizó en el aire y casi cae como plomo. El Capitán farfulló:

—Capitán Joshua Abreu, seis de marzo, veintidós paseados por la tabla.

Lo dijo sin abrir los ojos y las hadas comprendieron que hablaba en sueños. La boquilla se movía al tiempo que hablaba, pero sin caerse.

—Capitán John Amberding, julio siete, veinticuatro envenenados. Capitán Harvey Ardill, octubre dieciocho, veinte paseados por la tabla. Capitán William Bault, enero cinco, dieciocho paseados por la tabla.

Garfio enumeraba los capitanes que había matado, ¡en orden alfabético!

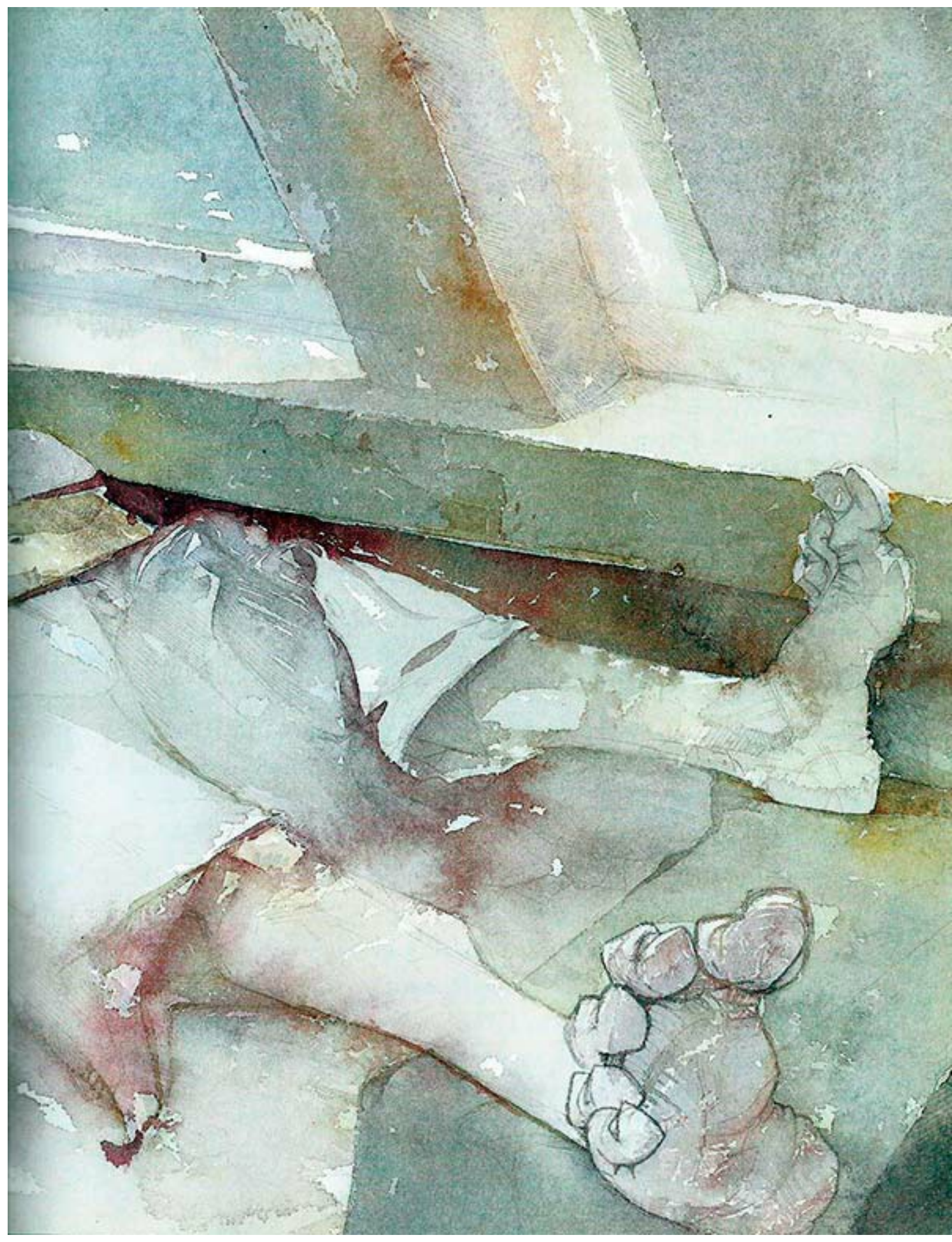
«¡Qué truculencia!», pensó Rani. Muerta de terror, voló hasta los labios de Garfio e intentó sacar la boquilla con suma delicadeza.

No pasó nada, ni la movió.

—Capitán Alistair Bested, febrero veintisiete, veintiuno: colgados y bailando al viento.

Rani se preguntó si una vez que terminara con los capitanes seguiría con los primeros y segundos oficiales de a bordo.





—¿Y ahora qué hacemos, cari...?

—¿... ño mío? —completó la pregunta Rani, deseando que Ree hubiera puesto al mando a otra persona—. Pues... eh... este... eh...

—Capitán Simón Bontarre, agosto...

—Quizá, si esperamos un rato —dijo Prilla—, algo ocurra.

Y como a nadie se le ocurrió nada mejor, resolvieron sentarse entre las rosas decapitadas sobre la cómoda del Capitán Garfio. Prilla se sentía muy orgullosa de haber sugerido algo que las demás acataron. Rani, por su parte, pensaba en alguna manera posible de hacerse a la boquilla, pero nada se le cruzaba por la cabeza.

Pero aun en el caso de que pudieran hacerse a la boquilla, Rani no estaba muy segura de que pudieran cargarla. La boquilla medía unos quince centímetros de largo y tenía incrustaciones de esmeraldas, de manera que, aun prescindiendo de los dos enormes tabacos, sería muy pesada.

Claro, espolvorearían un poco de polvillos de estrella sobre boquilla y tabacos para hacerlos más livianos, pero igual el esfuerzo para llevar el paquete entero hasta la playa no iba a ser cosa fácil.

Pasó una hora entera y el Capitán Garfio apenas si había llegado a la letra h recitando su lista de capitanes muertos.

Rani quiso ahogarlo silbando canciones de sirenas, muy preocupada mientras lo hacía: no iban a salvar a Madre Paloma si desperdiciaban tres días dedicadas a Garfio.

Vidia, impaciente, retorció los nudillos de sus manos.

Prilla, de pronto, como ya era usual, se vio de nuevo en la habitación de un niño humano que, sentado sobre su cama, se veía asustado.

—¿Qué te pasa?

—Alguien está respirando debajo de mi cama —susurró el niño.

Prilla bajó volando para ver qué era lo que pasaba. Nada de qué preocuparse, ningún monstruo fuera de un par de motas de polvo.

—Listo, ya no hay moros en la costa —dijo Prilla dando una voltereta apoyada en las manos y... cayó sobre la almohada de una niña que leía bajo las cobijas a la luz de una linterna. Dando ahora un salto mortal se hizo al lado de la oreja de la niña, pero la niña ni se enteró. Entonces, Prilla, riéndose, empezó a cantar una canción:

—A la puerta de tu oreja, un hada espera —la niña se enderezó pero...

... Prilla estaba de vuelta en el barco pirata, la boquilla de Garfio aún apretada entre sus dientes.

—Oye —le dijo Prilla a Vidia— ¿no les encanta hacer tonterías cuando están cerca de los niños humanos?

—Pero mi adorada criatura, ¿por qué habría de hacer eso? —contestó Vidia.

—Nunca lo he intentado —dijo Rani.

Prilla se preguntó si estaría bien aquello de echarse sus escapaditas a Tierra Firme. Ciertamente era que no lo hacía a propósito, pero más cierto aun era que le sería muy triste dejar de hacerlo.

Y transcurrió otra hora. Entretanto, Prilla volvió un par de veces más a Tierra Firme (visitó un zoológico y una pista de hielo), pero esta vez no dijo nada al respecto.

Garfio llegaba a la letra n de su lista.

Vidia, por su parte, de pronto dijo:

—Rani, corazón mío, si no dejas de silbar te voy a coser los labios...

—... con tus propias manos —remató Rani—. Bueno, supongo que dejaré de silbar entonces.

Pero a Prilla le habían gustado las canciones silhadas de Rani. Y pensó, además, que una líder debería valerse por sí sola. Pasó una tercera hora. Ya pronto iba a amanecer y Garfio se despertaría. Una vez despierto les sería imposible quitarle la boquilla.



DIECIOCHO

Campanita pasó la noche al lado de Madre Paloma. Las pocas veces que Madre Paloma salía de sus sueños, lo hacía llorando por su huevo perdido. Y cada vez que esto ocurría, Campanita le acariciaba nerviosamente las plumitas de su nuca diciéndole:

—No llores. Intenta dormir.

Pero a Madre Paloma le era imposible dejar de llorar; sin embargo, lo que sí lograba hacer, era volver a conciliar el sueño, pero, sólo para despertarse poco después de nuevo. Una y otra vez.

De vuelta en el barco pirata ya había transcurrido media hora más. Garfio iba por la letra r.

—Mis corazones, ¿no se le ocurre nada a nadie?

«Bueno, no es que a Vidia se le haya ocurrido una sola idea brillante», pensó Prilla, y entonces dijo:

—¿Qué les parece si le hago cosquillas en los pies? Quizá entonces...

—... suelte la boquilla —terminó la frase Rani, secándose el sudor de la frente.

Pero aunque así ocurriera, igual Rani no estaba muy segura de que entre ella y Vidia pudieran con la boquilla. Sin embargo, ¿qué otra cosa podían hacer?

—Buena idea —dijo Rani—. Pero entonces espera a que Vidia y yo nos pongamos en posición.

Prilla voló a los pies de Garfio y se encontró con una marca de nacimiento que el Capitán tenía en el arco de su pie izquierdo: un sable escurriendo gotas de sangre. Las alas de Prilla se paralizaron de miedo.

Rani y Vidia, entretanto, se habían ubicado debajo de la boquilla. Prilla se armó de valor y le hizo una cosquilla.

Pero Garfio no era un hombre cosquilloso.

Prilla se acercó a Rani y entonces, las tres juntas, acto seguido se pusieron a revolotear sobre la cara del Capitán. «¡Qué feo era!», pensó Prilla. Su piel parecía de cera.

—Quisiera intentar algo —dijo Rani—. Háganse ustedes dos al lado de la boquilla. Prilla y Vidia obedecieron.

Rani voló hasta el oído de Garfio y gritó:

—¡Abre la boca!

Rani sabía bien que el Capitán no podría oírla, pero una parte de la idea alcanzaba a llegarle a los oídos sordos.

Nada. No ocurrió nada.

Rani volvió a gritar, esta vez más fuerte, pronunciando cada sílaba de manera clara y distinta:

—¡A-bre la bo-ca!

«Por favor ábrela», pensó Rani, «por el bien de Madre Paloma y todas las hadas».

Nada. No ocurrió nada.

—¡Abre la boca, cochino asesino! —gritó Rani desesperada, pateando al Capitán en las mejillas con las puntas afiladas de sus botines de piel de avispa.

—¡Auch! —exclamó sorprendido Garfio, abriendo la boca.

Vidia y Prilla sacaron la boquilla.

Y Garfio se despertó. Se puso de pie como un rayo y empezó a blandir su espada desnuda al aire.

—¡Te tengo, villano! —gritó Garfio, sonriendo en medio de la oscuridad, feliz de tener un nuevo enemigo para matar.

A pesar de que Prilla y Vidia hicieron lo posible por detener la caída de la boquilla, ésta les resultó demasiado pesada. Rani quería volar en su ayuda, pero temía ser tajada en dos pedazos.

La boquilla cayó al suelo.

Garfio no encontraba nada que hiciera resistencia a su ataque con espada.

—¿Dónde estás, grandísimo bellaco? —dijo al tiempo que bajaba su arma, haciendo un esfuerzo por ver algo en medio de la oscuridad.

Rani voló hasta la boquilla. Entre ella y Prilla, arrojaron un poco de polvillos sobre el artefacto.

Vidia hubiera podido agregar un poco más de sus polvillos frescos para hacer la boquilla más ligera pero prefirió guardarlos para sí misma.

Ya el Capitán Garfio empezaba a preguntarse si el leve pinchazo a su mejilla habría sido un sueño. Enfundó su espada y, entonces, se percató de que no tenía la boquilla en la boca.

Vidia y Rani inclinaban la boquilla para que Prilla pudiera sacar uno de los dos tabacos.

Garfio vio la boquilla, y se agachó para recogerla, pero el aparato hizo un extraño ruido en el momento en el que Prilla logró sacar el tabaco. Garfio, al ver que el tabaco y la boquilla se habían movido, tambaleó y dio un paso atrás. ¡Un fantasma! Y sintió

una ráfaga de viento frío entrar por la puerta abierta de su camarote.

Sin embargo, el Capitán Garfio no le temía a ningún hombre, vivo o muerto.

—¡Espíritu, regresa a tu maldito lugar! —exclamó, desenfundando de nuevo su espada y arremetiendo aquí y allí, sin ton ni son, rastrillando a tientas el aire que lo rodeaba con su garfio.

Las hadas no se atrevían a moverse temiendo por sus vidas. El ojo de buey abierto parecía a kilómetros de distancia.

Durante uno de los arcos de caída de la espada del Capitán, el acero arrancó accidentalmente uno de los bolsillos de Rani.



Alguien tendrá que distraerlo, pensó Prilla. A pesar de su terror, corrió dando vueltas alrededor del Capitán y, volando a ras de su camisón de dormir, subió hasta la altura de su cabeza y tiró de uno de sus crespos bucles tan fuerte como pudo.

El Capitán se dio vuelta:

—¡Cobarde, ataca de frente!

Rani y Vidia sacudieron la boquilla y el segundo tabaco cayó por tierra. Aun sin los tabacos, la boquilla seguía pesando mucho, pero igual lograron levantarla y volar con ella en dirección al ojo de buey. Prilla seguía ocupada tirando de las mechas.

El Capitán continuaba arremetiendo con la espada pero sin darle a nada. Giró sobre sus pies una vez más y vio la boquilla camino al ojo de buey. «¡Dos fantasmas a falta de uno!», pensó; «uno tirándome del pelo y otro robándose mi boquilla».

Arrojó la espada e intentó llegarle con las manos al fantasma que le jalaba los pelos y con el garfio la emprendió allí donde suponía debía hallarse el otro fantasma.

Rani y Vidia salieron volando por el ojo de buey.
Pero la mano buena del Capitán atrapó a la pobre de Prilla.





DIECINUEVE

Garfio se quedó observando su boquilla alejarse hasta desaparecer sobre las olas. Cuando ya no la vio más, contempló su puño cerrado. La cabeza de Prilla alcanzaba a sobresalir pero el Capitán no podía verla. Él sabía que había atrapado algo y, fuera lo que fuera, no creía que se tratara de un fantasma.

El puño del Capitán estaba cerrado con tanta fuerza, que Prilla no podía escabullirse. Sus alas estaban completamente arrugadas. Si las alas sufrieran dolor, la agonía de Prilla no hubiera tenido nombre.

Pero ahora lo que el Capitán quería era luz para poder ver qué era lo que tenía entre la mano. Se dirigió hacia su farol y, mientras esto hacía, apretó el puño con aun más fuerza. Era tal la presión que sentía Prilla en sus pulmones, que ni siquiera podía gritar.

No era que gritar hubiera servido de algo...

A lo lejos, sobre el océano, Rani empezaba a sentirse muy mal por haber dejado a Prilla atrás.

Por supuesto que después regresarían por ella; pero para entonces, bien podría ya estar muerta.

A cada centímetro que avanzaban la boquilla se hacía más y más pesada. A pesar de sus desesperados esfuerzos por lograr lo contrario, Vidia y Rani perdían altura.

Ahora bien, la boquilla se hubiera hecho mucho más liviana si sólo Vidia la hubiera rociado un poco con sus polvillos de estrella. Pero igual, no era en eso en lo que Vidia pensaba porque ella nunca se había sentido culpable ni responsable de nada. Al contrario, estaba furiosa con Rani por no volar más rápido.

La costa estaba aún más o menos a un kilómetro de distancia y a este paso jamás llegarían hasta allí con la boquilla a salvo.

Prilla añoró haber tenido consigo el puñal de Rani. O estar embadurnada de pies a cabeza en mantequilla. O tener el poder de desaparecer y acto seguido aparecer de nuevo al lado de Rani y Vidia, dondequiera que estuvieran.

El Capitán Garfio intentó encender su farol ayudándose con sus dientes y el garfio. Lo había hecho infinidad de veces. Apenas si le tomó un par de minutos.

Y Prilla empezó a cobijar una pequeña esperanza. El Capitán tendría que abrir la

mano para enterarse de qué era lo que había atrapado, y cuando lo hiciera, Prilla se escaparía volando... esto, si las alas todavía le funcionaban.



Rani y Vidia volaban a unos treinta centímetros sobre las olas. Contaron con la suerte de un viento fuerte de popa y por lo tanto a favor y, así las cosas, disfrutaron de un par de minutos sin perder altura.

Pero Rani empezaba a cansarse con rapidez.

Garfio encendió su farol, fue hasta el ojo de buey y cerró la ventanilla. Luego se dirigió a hacer lo mismo con la puerta. Prilla iba a quedar atrapada.

Rani y Vidia luchaban ahora contra una corriente de aire que las empujaba hacia abajo y que las tenía a escasos centímetros del agua. Ya Vidia había sentido la caricia del rocío de las aguas marinas en los tobillos.

Garfio estaba a tres pasos de la puerta. Prilla le mordió el dedo índice con todas sus fuerzas y escupió la sangre, una sangre morada y viscosa que le supo a queso podrido. Y volvió a morder.

Y otra vez.

Curtido en muchas batallas, el Capitán Garfio estaba acostumbrado a aguantar el dolor, de manera que dio dos obstinados pasos más antes de mirarse la mano...

Entonces vio su propia sangre. Sólo a dos cosas le temía el Capitán Garfio: a un cocodrilo al acecho y a su propia sangre púrpura, de manera que soltó un alarido y

dejó escapar a Prilla.

Las alas de Prilla se enderezaron antes de que ella diera por tierra y entonces remontó vuelo.

Salió del camarote, subió siguiendo un tramo de escaleras, se vio en cubierta y voló al océano, deprisa, para alcanzar a Rani y Vidia.

Era vasto el océano. Prilla escudriñaba el horizonte en busca del resplandor de Rani y Vidia pero el cielo ya aclaraba y por lo tanto el resplandor de las hadas ya no sobresalía.

Con todo, Prilla creyó haber visto una chispa diminuta y voló hacia ella, esperando, sin embargo, que no fueran Rani y Vidia porque si lo eran, estarían peligrosamente cerca del agua. Prilla voló más rápido, a pesar de que estaba exhausta después de su refriega con Garfio, y gritó:

—¡Ya estoy con ustedes! ¡No se vayan a ahogar! —pero fue su voz la que se ahogó en medio del estruendo de las olas.

La costa estaba a medio kilómetro. Rani y Vidia habían perdido otro centímetro de altura.

Prilla ya casi las alcanzaba, pero no con la suficiente rapidez.

Rani empezaba a preguntarse si había llegado la hora de decirle a Vidia que soltara la boquilla y salvara su vida.

Perdieron otro centímetro más.

—¡Suelta la boquilla! —gritó Rani, aunque ella misma no lo hizo.

Pero Vidia fue tan valiente como Rani:

—¡No, ni modo! —gritó de vuelta Vidia.

Rani empezó a pensar en lo que sería ahogarse, derretirse y desaparecer en el delicioso mar.

Prilla gritó:

—¡Aquí voy! ¡Ya llego!

Pero en vano. No llegaría a tiempo.



VEINTE

Y la expedición bien hubiera podido llegar aquí a su final. Rani y Vidia, y quizá Prilla también, se hubieran ahogado.

Pero el País de Nunca Jamás intercedió.

Había venido observando a las hadas y haciendo fuerza por ellas. No quería que su empeño fracasara.

De manera que les acercó la playa.

Cuando Rani y Vidia, desfallecidas, cayeron al mar esperando morir, resultó que el agua apenas si les llegaba a las rodillas.

En ese momento entraba y rompía una ola. Las hadas se dejaron arrastrar por la ola con boquilla y todo, hasta rodar sobre la arena. Pero, claro, tampoco podían permanecer allí mucho tiempo.

Sería ridículo escapar de morir ahogadas sólo para caer presas de un halcón y morir en sus garras, de modo que arrastraron como mejor pudieron la boquilla hasta una formación rocosa un par de metros playa arriba. Prilla llegó y ayudó en el último tramo.

Y entonces las tres se derrumbaron exhaustas.

Una fresca brisa otoñal cruzó sobre Nunca Jamás, cosa extraña porque el otoño nunca antes había llegado a Nunca Jamás, donde sólo se conocían la primavera y el verano.

Peter Pan se despertó para encontrarse con una docena de dientes de leche a su lado sobre su estera para dormir.

El contramaestre del Capitán Garfio, Smee no lograba recordar dónde había dejado sus gafas.



La rodilla del Oso de Nunca Jamás hoy estaba más tiesa que ayer y, al olfatear el aire, tuvo la impresión de que olía a colmena de abejas pero no pudo saber si el aroma venía del sur o del norte.

En el patio abierto, frente a la Casa del Árbol, la Reina Ree tiritaba de frío cubierta en su manto de helecho de trama abierta. Un hombre gorrión corrió hacia ella. Por todas partes en el Refugio de las Hadas las nueces habían madurado durante la noche y habían caído solas al suelo.

En un principio, la Reina Ree se alegró por ello, pero después comprendió que el molino no funcionaría sin polvillos de estrella. Corrían el riesgo de morir de hambre.

Aún medio dormida, Madre Paloma alcanzó a preguntarse por qué no sentía el huevo debajo. Y entonces recordó todo y se le volvió a partir el corazón.

Durante la noche, los ojos se le llenaron de lagañas y veía todo borroso. Movié la cabeza de un lado a otro en busca de Campanita.

—Aquí estoy —dijo Campanita, forzando una sonrisa para no ponerse a llorar.

—Háblame —susurró alicaída Madre Paloma.

Pero Campanita no sabía qué decir. Entonces pensó en las cazuelas que reposaban sobre su mesa de trabajo.

—Dulcie trajo la semana pasada un molde para cortar galletas. Pero como sólo corta tréboles intentó...

De haber estado bien, Madre Paloma hubiera escuchado con placer cualquier cosa que Campanita quisiera decir sobre cortadores de galletas, pero ahora no lograba siquiera concentrarse en las palabras.

—Campanita, no me hables de cortadores de galletas. Ni de cazuelas.

¿Ni de cazuelas? Pero Campanita no tenía nada que decir sobre otras cosas, de manera que pensó con fuerza durante casi cinco minutos. Luego, sacó su puñal y empezó a darle vueltas en las manos, entonces dijo:

—La primera vez que me topé con Peter Pan lo salvé de un tiburón.

Esto último no se lo había dicho nunca a nadie antes. Es más, nunca hablaba sobre Peter Pan.

Esto suena mejor, pensó Madre Paloma y se acomodó lo mejor que pudo para escuchar con atención.

Temprano en la tarde, Prilla despertó de sus sueños soñando lo que los niños humanos soñaban.

Rani y Vidia aún dormían y Prilla no quería despertarlas. Con seguridad Vidia soltaría algún comentario socarrón sobre lo malo que era despertar hadas cuando éstas querían dormir.

Prilla suspiró y resolvió ver si le era posible parpadear y transportarse a voluntad a Tierra Firme.

Quizá no fuera la mejor manera de comportarse, pero igual, era tan divertido estar allá, que en realidad no vio nada malo en hacerlo.

Cerró pues los ojos y recordó el cuarto del niño que había oído ruidos bajo su cama. Entonces, había visto una bicicleta recostada contra la pared. Y una ventana abierta. Las cortinas eran azules con franjas blancas. Hizo esfuerzos por meterse allí. Intentó dar un enorme salto.

Abrió los ojos: no se había movido ni un centímetro.

Cerró los ojos de nuevo y se imaginó un túnel. En su imaginación hizo que volaba mientras lo cruzaba. Imaginó las frías paredes de piedra, el techo combado, el suelo enlodado. Se detuvo un rato en medio del túnel, reconociéndolo. En el otro extremo, se dijo, estaba Tierra Firme.

Llegó a pensar que la estrategia le estaba funcionando. Que había dejado atrás al País de Nunca Jamás.

Abrió los ojos. Rani se acomodaba recostándose de lado.

Prilla no había ido a ninguna parte pero, aun sin saberlo, algo había empezado.



VEINTIUNO

Campanita guardó silencio. Nunca antes se había sentido tan cansada y, sin embargo, lo único que había hecho había sido contar un par de historias. Le contó a Madre Paloma algunas de las aventuras que había compartido con Peter Pan y sobre la amistad entre los dos. Relató cómo Peter solía contarle chistes y compartir sus ideas y lo mucho que ella había admirado y gozado con ambas cosas. Le había encantado todo con desmesura, locamente. Sí, locamente.

Y por supuesto, Peter no había correspondido del mismo modo, no había pagado con la misma moneda. Peter, la verdad, no escuchaba casi nada y tampoco admiraba nada que no proviniera de él mismo.

Campanita llegó incluso a confesarle a Madre Paloma que había descuidado sus cazuelas sólo por estar con Peter. En otras pocas palabras, no llegó a decirle a Madre Paloma tanto como «lo amé», pero lo que contó bastó para que aquello quedara más que claro.

—Tenía el pelo tan suave y sedoso —había dicho—, que solía recostar mi cabeza en la suya sólo para sentirlo.

¡Y su nariz! Podía darme cuenta de si estaba sonriendo con sólo mirarle la nariz. Se achataba un poco cuando sonreía y se arrugaba cuando lo que soltaba era una carcajada. Y cuando no se estaba riendo o carcajeando, entonces su naricita me parecía tan atractiva como una sartén.

No había mucho más qué contar, como no fuera aquella parte que más la humillaba, cuando se sintió más traicionada. Y esa parte, Campanita no la quería contar. Era demasiado dolorosa y vergonzosa.

—Prosigue —dijo Madre Paloma.

—Pero es muy triste —dijo Campanita, jugando con su flequillo y esperando no verse obligada a continuar.

—Sigue —repitió Madre Paloma, después de todo, ¿qué podía ser más triste comparado con lo del huevo?

Campanita asintió:

—Aquel primer día, después de que lo salvé de las fauces del tiburón, lo llevé a que conociera mi taller. Le mostré todo. Incluso reparé una cazuela en su presencia.

Las lágrimas empezaron a correr por las mejillas de Campanita. El asunto bien hubiera podido ocurrir ayer, tanto era su dolor.

—Una vez que terminé... —quiso continuar Campanita pero tuvo que interrumpirse para respirar profundo un par de veces antes de seguir—. Una vez que terminé de reparar la cazuela, él dijo... —ahora se interrumpió para dejar salir un hipo —... lo único que dijo fue: «Qué brillante fui al escoger a la mejor de las hadas».

Campanita le quitó la cara a Madre Paloma y empezó a sollozar.

—Además, aquello que dijo no pudo ser cierto —continuó Campanita entre sollozos—. Si lo hubiera dicho en serio, si en verdad pensaba que yo era la mejor, ¿por qué volvió después con la tal Wendy?

Campanita se dejó caer sobre la arena aún sollozando y agregó:

—¿Por qué pasaba todo su tiempo con ella?

La historia de Campanita logró sacar a Madre Paloma de sus preocupaciones, por lo menos momentáneamente. «Ay, qué dolor», pensó Madre Paloma, Campanita ha cargado con esto durante mucho tiempo. Pobre Campanita.

Rani y Vidia no despertaron sino hasta cuando ya caía el sol.

—Pero mi criatura adorada —dijo Vidia—, ¿cómo es posible que nos hayas dejado dormir tanto tiempo? ¿Acaso crees que tenemos tiempo para perder? ¿Es eso lo que crees?

Incluso Rani llegó a decir que francamente Prilla debió habérselo pensado mejor, usar un poquito de sentido común.

Prilla, muy triste, pensó que el buen criterio, el sentido común, desafortunadamente tampoco iba a ser su talento.



Bueno, igual, entre las tres cargaron la boquilla hasta el cobertizo dentro del Círculo Encantado.

Y, tal y como había prometido Ree, allí estaba el huevo, junto con una especie de carromato atado a varios globos llenos de polvillos de estrella que lo alzaban del suelo. Una cuerda colgaba del carromato para que un hada pudiera llevarlo de cabestro.

Pero la Reina les había dejado además una sorpresa dentro del cobertizo: una torta de higo y chocolate que habían horneado antes del huracán pero, eso sí, recién glaseada. Sobre la blanca cubierta de la torta habían dejado un mensaje escrito en letras rojas: ¡Felicitaciones por su primer éxito!

Rani ordenó entonces ir ahora por el halcón. Era el paso obvio, ya que la laguna de noche es un lugar muy peligroso. Es la hora en la que las sirenas cantan sus melodías más profundas que enloquecen a los humanos y se sabe de hadas que se han convertido en murciélagos. Hasta los peces evitan la laguna de noche.

Por otro lado, la noche era la hora razonable para buscar el halcón, que durante el día pasaría sus horas cazando. Rani se sacó su bolso del cuello, lo abrió y roció un poco de polvillos sobre cada una de ellas.

Les quedaban dos días de reservas de polvillos.

La distancia que separaba el Círculo Encantado del río dependía del tamaño que en ese momento tuviera el País de Nunca Jamás. Esta noche, Nunca Jamás estaba grande, de manera que las expedicionarias tenían frente a sí un vuelo largo.

Volaron sobre Bosque de Plátanos, que el huracán había arrasado. Luego, sobre un pueblito de plataneros, como llamaban a los cultivadores de plátanos. Los plataneros tienen orejas grandes, como las de los elefantes, sin embargo son más o menos de la mitad del tamaño de los humanos.

Aunque no aparecerán en esta historia, es un hecho sabido que las hadas hacen negocios con ellos.

Hacía frío. Prilla y Vidia batían sus brazos y piernas para conservar el calor. Rani, como siempre, estaba acalorada, y se secaba el sudor de la nuca con una hoja-pañuelo.

Vidia voló un rato avanzando de espaldas, observando a las otras dos de frente.

—Mis cariños —dijo—, ustedes dos mueven las alas de manera tan ridícula, que no sé cómo hacen para volar.

Ni Prilla ni Rani se tomaron la molestia de contestarle. Estaban preocupadas por Madre Paloma.

Prilla esperaba que no estuviera sintiendo mucho frío. Rani, que estuviera

tomando suficiente líquido. Y ambas se negaban a pensar en que ya estuviera muerta... sin embargo, la idea rondaba en los recovecos de sus pensamientos.

Desde que el huevo había sido destruido, el halcón venía cansándose con facilidad. Al oscurecer, regresaba feliz a su nido sobre la punta de una roca vertical que se alzaba en medio de una hilera de rocas al otro lado del ancho río Wough.

Vidia recordó todos los halcones que había visto en la vida, clavándose en picada desde el alto cielo, apenas desacelerando cuando ya caían sobre su desventurada presa. ¡Cuánto le gustaría poder hacer un clavado semejante!

Sin embargo, el Halcón Dorado aquel día había volado tristemente bajo por una sencilla razón: tenía miedo de lanzarse en picada. Temía estrellarse.

Rani había oído decir que el Halcón Dorado tenía un ojo mágico. Que te miraba fijamente y perdías la voluntad para moverte. Que ya estabas medio muerto cuando el Halcón hundía sus garras en ti.

Pero el Halcón estaba mal de la vista. Por lo general, podía volar tan alto como las nubes y aun así distinguir cada brizna de hierba abajo en la tierra. Hoy, sin embargo, todo lo que veía era un verde borrón. Peor aun, ya dos veces había confundido rocas con conejos.

Prilla se preguntaba qué se sentiría al ser devorado por un ave rapaz y cuánto tiempo le tomaría morir.

El Halcón, por su parte, había logrado por fin atrapar una ardilla. Pero ésta se lo había quitado de encima sacudiéndole la cola frente a la cara... y luego escapó. Nunca antes había sufrido tal humillación.

Tres horas después, las expedicionarias llegaron al río y una vez allí siguieron río arriba. Vidia, quien volaba a la cabeza, vio la formación rocosa alzándose en medio de una vasta pradera y rodeada de pinos.

Las expedicionarias descendieron sobre las copas de los abetos y se aproximaron, de rama en rama, con suma cautela.

Y allí estaba el Halcón, con su imponente sombra frente al cielo estrellado.

Allí estaba el Halcón, completamente despierto, congelado de frío, aterrado de que pudiera caerse por el desfiladero de rocas.



VEINTIDÓS

Desde que Campanita le contó a Madre Paloma la historia de Peter, se venía sintiendo rara, distinta. Sentía sus extremidades más ligeras, su pecho más abierto, su mente extraordinariamente aguda. Llegó incluso a recordar muchas más historias con Peter Pan, anécdotas graciosas que alegraron los ojos de Madre Paloma, aunque sólo fuera por un instante.

Pero para cuando empezó a caer la noche, Madre Paloma pareció dejar de escuchar. Inclina la cabeza de aquí para allá de manera extraña y, cuando cayó dormida, empezó a respirar con mayor dificultad que la noche anterior. Cada exhalación venía acompañada de un estertor y todo su cuerpo temblaba. Campanita escuchaba y temía que cualquiera de esos suspiros pudiera ser el último.

Apenas dos días antes, el Halcón hubiera oído a las hadas llegar mucho antes de que estuvieran tan cerca. Pero ahora, el hecho es que no oyó nada.

Las hadas avanzaban lenta y cautelosamente, treinta valientes centímetros hacia adelante y luego veinte temerosos centímetros hacia atrás. Hasta que por fin estuvieron a treinta centímetros del ave rapaz. El Halcón no se inmutó.

—No parece muy dorado que digamos —susurró Prilla; la verdad es que era más bien de color marrón.

—Sería el colmo de la tontería ser devoradas por el halcón equivocado, mis niñas —dijo Vidia.

Pero en un momento dado el Halcón erizó las plumas y dejó ver algunos destellos cobrizos.

—Rani, mi corazón, ¿quién lo va...?

—¿... a desplumar?

Rani sabía que ella misma era incapaz de desplumar un ave viva, ni siquiera por una buena razón, de manera que Vidia, gracias a su experiencia arrancando plumas, era la candidata lógica.

Pero Rani no quería enviarla al peligro sola, entonces desenvainó el puñal de Campanita y dijo:

—Vidia, tú arrancarás la pluma; yo, mientras tanto, vuelo hasta su estómago y, si trata de atacar, lo apuñalo. Tú, Prilla, revolotea alrededor de su cabeza. Ciérrale los párpados, haz cualquier cosa que puedas, pero mantente lejos de su pico.

«¿Cómo hacerlo?», se preguntó Prilla, pero no se quejó. «Quizá», reflexionó, «mi talento sea esquivar picotazos», y se puso en posición, batiendo sus alas a marchas forzadas de puro miedo.

Rani también ocupó su lugar bajo la barriga del Halcón. Vidia tanteó una pluma del ala. Si bien el Halcón no sintió a Vidia, sí alcanzó a sentir un calorcito a la altura de su barriga y otro cerca de la cara.

Vidia tiró de la pluma. El Halcón levantó de manera abrupta la cabeza. ¡Alguien quería matarlo!

Pero él tenía una única y última defensa posible, un único y último poder mágico: compartir su dolor.

Un ramalazo de dolor subió por los brazos de Vidia, pero ella permaneció aferrada a la pluma a pesar de que el dolor aumentaba y de que la pluma no cedía. Apretó los dientes y tiró con más fuerza. La pluma empezó a ceder. Tiró una vez más con los últimos restos que le quedaban.





Recuerda el dolor más terrible que hayas padecido. Cierra los ojos y piensa en ello. Quizá el dolor que sintieron Vidia y el Halcón haya sido menor que el tuyo. Quizá mayor. Pero para ellos dos, ese fue el más agudo dolor que jamás hubieran sentido.

Soltaron un alarido tan agudo y desgarrador que una estrella titiló estremecida.

Y entonces el dolor dio tregua, y Vidia tenía la pluma en la mano. Y las hadas volaron despavoridas tan rápido como pudieron.

Prilla, mirando hacia atrás, se despidió:

—¡Gracias, señor Halcón Dorado!

Pero el Halcón no oyó. Se balanceaba peligrosamente sobre la punta de su roca, mareado por el dolor del tirón.

Pronto Vidia les sacó ventaja a las otras dos.

Y en ese mismo instante y lugar, Vidia hubiera podido reconocer y aceptar cuánto podía doler arrancar una pluma. Pudo haber admitido que había sido cruel con Madre Paloma, que el dolor, igual, no importa si se inflige sobre otros o sobre uno mismo. Hubiera podido jurar nunca más volver a infligir dolor a propósito.

Pero lo que hizo, en cambio, fue convencerse de que fue justamente el Halcón quien obró con crueldad: Vidia concluyó que el Halcón había hecho parecer el dolor peor de lo que en realidad había sido.

Para cuando las expedicionarias llegaron al Círculo Encantado, ya se anunciaba la aurora.

Vidia sacó la pluma, que había guardado en su blusa.

Rani y Prilla se acercaron a observar. La parte superior de la pluma era de color marrón pero por debajo brillaba como el oro. Prilla la tocó: le pareció fría y metálica.

Vidia depositó la pluma y la boquilla al lado del huevo y luego las tres hadas se resguardaron bajo el cobertizo donde estarían a salvo de halcones.

Prilla pensó: «ya van dos éxitos; quizá podremos salvar a Madre Paloma».

Antes de caer dormida, intentó transportarse otra vez hasta Tierra Firme. Cerró los ojos y se imaginó dentro del túnel de nuevo. Imaginó Tierra Firme al final del otro extremo. Y voló a lo largo, en medio de la oscuridad, pensando en una niña humana acostada en una cama abrazada a una morsa de peluche.

Y en efecto: de pronto aterrizó sobre la almohada de una niña de verdad.

La niña, que abrazaba un pelícano de peluche, abrió los ojos y dijo:

—¿Sabes cuánto da treinta y cinco por cuatro?

Prilla negó con la cabeza, deseando, claro, haber tenido talento para las

matemáticas, pero no, hasta en Tierra Firme resultaba ser una franca decepción.



VEINTITRÉS

Al amanecer, el suelo alrededor del Espino estaba cubierto de escarcha. Madre Paloma se sintió vieja, como de mil años. Campanita le ofreció su propio desayuno, a cucharadas, una tras otra.

Tras un par de picadas, Madre Paloma dijo:

—Ya no más, llévatelo.

—Tres cucharadas más —dijo Campanita.

Madre Paloma accedió. Campanita había mejorado considerablemente en esto de cuidar enfermos. Los milagros no dejaban de suceder. En medio de las cosas más terribles, nunca dejaron de suceder.

Al salir del cobertizo, las expedicionarias se encontraron con un canasto lleno de comida que les habían dejado a disposición, acompañado de una nota de la Reina Ree.

Estoy orgullosa de ustedes por haber logrado su segundo objetivo. No dejamos de pensar en ustedes.

Decía la nota.

«La Reina está orgullosa de mí», pensó Prilla, «aunque no tenga ningún talento. ¡De mí! Y apenas si tengo cuatro días de nacida». Acto seguido, dio una voltereta parada en sus manos.

Rani sonrió, y Prilla, que alcanzó a ver la sonrisa, sonrió de vuelta.

Tras desayunar, las expedicionarias se dirigieron volando a la laguna. Rani no dejaba de pensar en alguna forma de llamar la atención de las sirenas.

Esto porque, la dura verdad respecto a las sirenas de Nunca Jamás es que todas son unas esnobs: si no tienes la cola verde y voz de sirena, no vales un pepino.

Las hadas las tienen sin cuidado, y lo mismo puede decirse de casi todos los humanos, aunque, la verdad sea dicha, a Peter sí lo estiman. Después de todo... pues Peter es Peter, con ese peculiar encanto que a veces tienen algunos esnobs. Peter es tan bueno haciendo que tiene cola, que las sirenas no sólo se lo creen sino que en efecto la ven.

Las sirenas, siempre, se sumergen bajo las aguas tan pronto ven un hada que se acerca y luego, muertas de la risa, nadan camino a su castillo submarino.

Dicho castillo es tan delicado como la osamenta cartilaginosa de un pececillo.

Carece de paredes y por lo tanto puedes ver, desde el comedor, derecho hasta las habitaciones de la servidumbre.

Tiene, sin embargo, una única habitación con paredes, y esta habitación es su secreto y vergüenza, porque allí no hay agua, sino el aire que respiran. Como sabes, las sirenas de Nunca Jamás no pueden vivir eternamente sin aire porque sus agallas terminan por fatigarse. Entonces, si por cualquier motivo prefieren o no les apetece salir a la superficie, visitan el cuarto del aire, como lo llaman.

En fin, para cuando nuestras expedicionarias llegaron a la orilla de la ciénaga, apenas si pudieron ver dos sirenas asoleándose sobre la Roca del Náufrago. Estaban chismorreando en el lenguaje de las sirenas, un idioma que cuenta con treinta y ocho vocales y ni una sola consonante. Cuando les viene en gana, sin embargo, pueden entender y comunicarse con hadas y humanos.

Vidia dijo:

—Mis corazones, se sumergirán tan...

—... pronto nos acerquemos, ¿pero qué otra cosa podemos hacer?

Prilla, claro, añoró tener talento para tratar a las sirenas.

—Ay, corazón mío, necesitaremos escribirles una nota.

Rani asintió. Una nota era una buena idea. Quizá las sirenas leyeran la nota.

Pero no tenían dónde ni con qué escribirla.

Entonces Vidia ofreció ir hasta donde Ree para conseguir la tal nota y agregó:

—Estaré de vuelta en menos de...

—... lo que canta un gallo —terminó Rani, pero esta vez Vidia la corrigió:

—... un abrir y cerrar de ojos —dijo y voló.

Igual, Rani le propuso a Prilla:

—Ven, intentemos hablar con ellas.

Volaron pues laguna adentro. En un momento dado Rani le tocó el brazo a Prilla y se detuvieron justo allí en donde las sirenas aún no pudieran verlas.

Prilla quedó boquiabierta:

Imagínate oír música de flautas. Imagina el aroma de piñas de pinos silvestres. Piensa en limonada helada rodando por tu boca y garganta. Ahí lo tienes: eso son las sirenas.

Rani vio una sirena haciendo salir chorritos de agua de la cara. Otra, que se sumergió muy, muy profundo. Otra, que soltó una carcajada cuando una ola le pasó por encima. ¡Qué delicia chocar contra una ola!

Prilla, por su parte, vio tres sirenas que con sus cabezas y colas cabeceaban y bateaban una enorme burbuja. ¡Qué delicia volar hasta allí y jugar con ellas!

Entonces, Prilla y Rani retomaron su vuelo y Rani gritó:

—¡Ayuda! ¡Socorro! ¡No se sumerjan!

Y ¿qué hicieron las sirenas? Pues sumergirse, claro.

Prilla y Rani no tuvieron más remedio que volver a la orilla.

Prilla comentó:

—Bueno, ya leerán la nota. Supongo que no recibirán correo con mucha frecuencia.

No más llegaban de vuelta a la orilla cuando apareció Vidia con la nota de Ree, escrita sobre lino con tinta indeleble color frambuesa.

Queridas Sirenas, por favor obsequiadles a mis hadas una peineta, la cual necesitamos con urgencia para devolverle la magia al País de Nunca Jamás. Los más sinceros agradecimientos de parte de la Reina de las Hadas.



Buscaron algo para lastrar la nota. Como a las sirenas les gustan las cosas hermosas, pues buscaron algo bonito. Tras un par de minutos Prilla vio una roca azul que brillaba sobre la arena.

Las hadas envolvieron la roca con la nota y la ataron con una cinta amarilla que Vidia había traído consigo. Luego, las tres aligeraron un poco la carga rociando el paquete con polvillos de estrella y entre las tres lo sacaron al mar. Al llegar al lugar donde las sirenas habían estado jugando, lo dejaron caer y volaron de vuelta a la orilla dispuestas a esperar: Rani se sentó pensando en Madre Paloma; Vidia, revoloteaba por ahí pensando en las plumas de Madre Paloma y Prilla empezó a levantar un castillo de

arena.

De pronto, se encontró en una playa en Tierra Firme. Volaba de aquí para allá observando las técnicas que usaban los niños para construir sus castillos de arena.

De vuelta en el País de Nunca Jamás, Prilla comprendió qué era lo que le hacía falta para levantar su propio castillo: arena mojada, de manera que se encaminó al borde del mar.

—Mi criatura adorada, si te mojas las alas nos vas a ser completamente inútil.

Prilla se alejó del agua. Sabía que Vidia tenía razón, pero igual deseó, desde el fondo de su corazón, que Vidia no tuviera tanto talento para hacerla sentir como una tonta.

Madre Paloma sentía un hormigueo en las patas. Se levantó para cambiar de posición, pero las patas no le respondieron y cayó por tierra, soltando un graznido.

Campanita no sabía qué hacer. No tenía fuerzas para levantar a Madre Paloma y cargarla a otro lugar más cómodo y además, se le habían acabado las historias para contar. Entonces, recordó su arpa miniatura. La sacó de su bolsillo de la falda. A pesar de que en realidad su ánimo estaba como para tocar un canto fúnebre, se obligó a tocar una de las tonadas favoritas de Madre Paloma: la melodía de los polvillos de estrella.

Madre Paloma se dejó llevar por el hilo de la melodía e intentó dejar de pensar en su maltrecho cuerpo y su huevo destrozado.

Pasaron casi dos horas y las sirenas nada que salían. Las expedicionarias empezaban a perder toda esperanza.

Aunque las hadas no lo sabían, las sirenas, esta vez, no se estaban comportando como las esnobs que solían ser. Todo fue culpa de un malentendido y, la verdad, no podríamos culparlas.

Imagina que eres una sirena. Te cae de la nada un paquete atado con una cinta. ¿A qué le prestas atención? ¿Al envoltorio o a lo que viene dentro?

Claro, a las sirenas jamás se les ocurrió examinar el envoltorio. Desataron la cinta y vieron la hermosa piedrecilla azul. La admiraron y la hicieron circular entre ellas pasándola de la una a la otra, hasta que finalmente la llevaron a su depósito de tesoros.

La nota, por su parte, terminó cayendo al fondo del océano, donde una estrella de mar resolvió usarla de cobija.

Entretanto, en la playa, Prilla dijo:

—Que triste no poder bajar y obligarlas a escuchar —y se quedó pensando en lo bueno que hubiera sido tener un talento para lanzar voces que se escucharan a través de las aguas del mar.

El comentario de Prilla, sin embargo, le dio a Rani una idea:

—Mis corazones... —empezó a decir Vidia—... dejemos ya de perder...

—... el tiempo —interrumpió Rani—. Cállate de una vez, Vidia, estoy tratando de pensar en algo.

Rani reconsideró su idea. ¿Podría hacerlo? ¿Podría hacer semejante sacrificio? Intentó verlo desde otro ángulo.

El tiempo seguía pasando. Nada de sirenas. Rani no vio otro camino. Sacó el puñal de Campanita y empezó a llorar. Luego, se lo entregó a Vidia y le dijo:

—Nadaré hasta donde están las sirenas. Les rogaré que nos den la peineta. Córtales las alas.





VEINTICUATRO

Vidia recibió el puñal:

—¿Cortarte las alas? —preguntó, y por una vez no hubo ni asomo de sarcasmo en su tono ni en sus palabras.

—Siempre he querido nadar —asintió Rani con valentía.

Vidia, quien hubiera preferido morir antes que sacrificar sus alas, dijo:

—Mi vida, en todo caso de pronto no te regalan la peineta.

—Y habrás perdido tus alas por nada —agregó Prilla, frotándose nerviosa las manos; esto era mucho peor que el Halcón o los piratas.

—¡No me digas lo que ya sé! —gritó exasperada Rani.

Prilla, aunque quería ofrecer sus alas para que Rani no tuviera que perder las suyas, en realidad no pudo formular la cosa en esas palabras y lo que dijo en cambio fue:

—¿No será muy...?

—¿... muy doloroso? No, no duele.

Prilla ya lo sabía. Simplemente habló sin pensarlo. Las alas no duelen. Cortarle las alas a un hada no duele más que cortarse un pelo.

Vidia empuñó el puñal, lo alzó, pero acto seguido se arrepintió. Y volvió a alzarlo para volverlo a bajar. Siendo, como era, una voladora veloz, se sentía incapaz de cortarle las alas a nadie. Le ofreció el puñal a Prilla:

—Hazlo tú, mi pequeña.

—¿Yo? ¡Ay, no! ¡Por favor, que no sea yo!

—Vidia...

—No puedo hacerlo, mi amor. No puedo.

—Prilla —dijo entonces Rani—, córtalas.

Prilla se negó con la cabeza.

—Hazlo. Te lo ordeno.

Prilla recibió el puñal. Lloraba con tal ímpetu que apenas si podía ver lo que hacía. Alzó una de las alas allí donde ésta se unía al omoplatto de Rani. Hizo apenas un pequeño rasguño y saltó hacia atrás.

—Así es —dijo Rani—. Continúa.

Prilla procedió pues a serruchar con delicadeza allí en lo que parecía la pequeña rama pulida y sin corteza de un árbol. Para su alivio, la articulación no sangró. Pero

era dura, fuerte y cortarla resultaba ser un asunto lento.

Vidia, incapaz de mirar, alzó vuelo y se dirigió hacia la orilla.

Rani le pidió a lo lejos:

—¡Trae el carromato! —lo necesitarían para después traer de vuelta tanto a la peineta como a ella y, dándose vuelta, abrazó con fuerza a Prilla y le dijo—: Sigue cortando.

Si le hubiera sido posible a Prilla llorar más fuerte, lo hubiera hecho. Nunca antes la habían abrazado. Pasó un minuto en silencio y entonces Prilla preguntó:

—¿Existe talento para la dulzura?

—No, pero debería existir.

«Oh», pensó Prilla. «Bueno, qué le vamos a hacer».

Por fin había terminado con la primera ala. La segunda fue un asunto más rápido porque Prilla ya sabía cómo era la movida. Y cayó el ala sobre la arena, ¡plof! Los huecos de las sisas para las alas en el vestido de Rani quedaron vacíos, desnudos. Los muñones de las alas de Rani sobre la arena eran de un blanco lechoso. Su superficie, áspera y llena de salientes puntas afiladas.

—Gracias, Prilla —dijo Rani sin atreverse a mirar sus alas y entonces se dirigió a pie hasta la orilla y se metió al agua hasta que ésta le llegó a la cintura. Jamás se había atrevido a entrar tan profundo. El agua la alivió un tanto.

Prilla pensó que las alas allí arrojadas no parecían haber tenido nunca nada que ver con volar.

Eran apenas un triste armazón cubierto por una gasa.

¡Pero esperen un momento! El par de alas se empezaron a transformar. Los armazones empezaron a pasar de un blanco opaco a un rosa enardecido.

—¡Rani, mira! —exclamó Prilla.

Rani salió del agua a toda carrera, aterrada con el tono urgente de Prilla.

Sus alas, empezaron a vibrar y Rani temió que en cualquier momento fueran a desaparecer.

De pronto, las alas dejaron de vibrar. La gasa se cubrió de destellos diamantinos color aguamarina que empezaron a fulgurar.



—¡Qué cosa más hermosa! —suspiró Prilla.

Rani se sintió mejor. Tuvo que haber hecho lo indicado para que sus alas se transformaran en algo tan maravilloso. En ese momento llegó Vidia con el carromato atado a sus globos.

—¿Y qué es esa belleza? —preguntó.

—Mis alas —contestó Rani, muy erguida y dejando escapar una nota orgullosa en el tono de su voz—. Bueno, ahora sí, llévenme a donde están las sirenas.

—Debemos poner las alas en algún lugar seguro.

Prilla cargó las alas y las botas de Rani hasta una maraña de leña amontonada por la resaca y las acomodó con cuidado, de manera que quedaran protegidas del viento.

Rani, a su vez, le dio la bolsa de los polvillos a Prilla antes de subirse al carromato. Fue Prilla también quien empujó la cestilla al mar al tiempo que Vidia volaba al frente. Cuando estuvieron muy cerca de la Roca del Náufrago, Rani saltó al mar.

Se sumergió pues Rani, y su sueño de verse rodeada de agua se hizo realidad. Allí, primero abrió y recogió los dedos de sus pies y manos, luego se enrolló como un ovillo y volvió a enderezarse.

Bajo el agua, dio un par de brazadas submarinas extendiendo piernas y brazos.

Abrió los ojos. Peces grandes y pequeños pasaban nadando. Peces de muchos colores, peces de parcos grises y hasta peces casi transparentes nadaban a lado y lado. Un caballito de mar, exactamente del mismo tamaño de Rani, pasó, meciéndose, a su lado.

Pero empezó a hacerle falta aire. Aunque no sabía nadar, tenía el instinto para hacerlo, de manera que con un par de brazadas de pecho y sendos tijeretazos de sus piernas, en pocos segundos emergió a la superficie del mar.

Prilla y Vidia revoloteaban sobre ella. Rani las saludó, tomó una gran bocanada de aire y volvió a sumergirse.





VEINTICINCO

Rani descendió en dirección a un rostro levantado: ¡una sirena! A aquella sirena Peter Pan la llamó Soop porque nunca pudo pronunciar bien su verdadero nombre.

Como ya dijimos, a las sirenas les interesan poco las otras criaturas, así que, de ordinario, Soop se hubiera alejado de Rani, pero Soop acababa de pelear con su mejor amiga y estaba buscando con quién divertirse, de modo que extendió la mano para que Rani acuatzara allí.

La mano de Soop, era más larga que la de un humano, lo suficientemente larga como para que sirviera de aleta, igual que sus uñas. Por todo lo demás, Soop era del mismo tamaño que los humanos, pero para nada torpe ni nada humana. Todo lo contrario, era tan agraciada como la larga bufanda rosada que le ondeaba al cuello.

Soop no pudo saber a ciencia cierta si Rani era un hada sin alas o si se trataba de otra criatura completamente distinta. La acercó a su rostro para verla mejor.

A Rani lo que la sorprendió fue descubrir que la piel de la sirena estaba hecha de pequeñas escamas brillantes.

Soop le dio vuelta a Rani con delicadeza. Vio los muñones allí donde alguna vez estuvieron las alas y comprendió lo que Rani había hecho.

Y comprender lo ocurrido resquebrajó lo poco que todavía le quedaba de engreída y de esnob.

Sólo cabía una explicación para semejante sacrificio: esta hada se había cortado las alas sólo para poder nadar con las sirenas. Soop alcanzó a derramar un par de lágrimas pero Rani no se dio cuenta. Soop le hizo una pequeña venia y Rani pudo ver la peineta trenzada entre sus ondulantes cabellos verdi-rubios.

La peineta estaba hecha de barba de ballena, tallada en forma de tiburón y con broche de cuatro enormes perlas firmemente engarzadas.

—Hola, pequeña hada —dijo Soop; sus palabras reverberaron de manera extraña bajo el agua.

Con todo, Rani alcanzó a entender la palabra «hada» y supuso que lo demás era el resto de un saludo, pero como no podía hablar, le devolvió una sonrisa. Alguna reverencia o venia, además de oportuna, con seguridad hubiera sido muy bien recibida; pero Prilla era la única hada que conocía aquellos gestos de cortesía.

Soop señaló en dirección al castillo y sus jardines.

A Rani empezaba a hacerle falta aire de nuevo, así que extendió los brazos en

gesto implorante, luego hizo que se peinaba y volvió a extender los brazos.

Soop le dijo, muy cortésmente:

—También tu pelo es hermoso.

Rani necesitaba aire, pronto. Entonces hizo como que se quitaba una peineta invisible de su propio pelo y se la ofreció a Soop. Esperaba que Soop entendiera el gesto.

Pero no, en lo que a Soop concernía, todo lo que había hecho Rani era rascarse el pelo.

La cara de Rani empezó a ponerse roja, morada. Soop comprendió que el hada necesitaba aire para respirar. Tomó a Rani entre su manos y se dirigió al cuarto del aire o del viento.

Rani luchó por zafarse. Sentía que los pulmones le iban a estallar. Titubeó un instante y luego pateó con fuerza la mano de Soop.

—Estoy tratando de ayudarte, no seas tonta —le dijo la sirena que continuó nadando hasta cruzar por debajo del arco que daba entrada al castillo.





Rani, atrapada entre los dedos de Soop, no veía nada, por eso yo voy a contarte de lo que se perdió.

Por un lado, había una sirena que se mecía en un columpio de algas marinas. Otras tres, persiguiendo a un pececillo corretón. Un par de sirenas, hombre y mujer, cantaban a dúo.

Soop ocultó sus manos bajo la bufanda. El hada era su secreto.

Los oídos de Rani palpitaban al borde de reventar y pensó que en cualquier momento justo eso iba a ocurrir con sus pulmones. No dejaba de patear los dedos de Soop, pero sus patadas eran cada vez más débiles.

Soop, entretanto, subió al segundo piso del castillo. Rani lanzó una última patada antes de perder el conocimiento.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —preguntó Prilla, quien había empezado a aguantar su propia respiración tan pronto Rani se sumergió en las aguas y ya hacía por lo menos dos minutos había tenido que tomar aire.

—A mí no me preguntes, criaturita divina; yo no soy la líder.

Pasaron otros largos minutos y de pronto, Vidia se pronunció:

—Bueno, mi querida niña, yo me marchó.

—No te vayas, por favor.

Pero igual Vidia remontó vuelo, agregando:

—Adiós, adiós, mi niña.

Por primera vez en la vida Prilla sintió verdadera ira:

—¡Vieja bruja, si Rani llega a conseguir la peineta, toda la expedición va a fracasar por culpa tuya!

Vidia se dio vuelta y le dijo:

—Mi primor, Rani está muerta.

—Tal vez no. No sabemos qué pudo ocurrir ni cómo son las cosas allá abajo.

—Sea lo que sea, ¿por qué fracasaría la expedición por culpa mía?

—Porque yo sola no puedo subir a la peineta y a Rani en el carromato.

Vidia no había pensado en eso. Dijo que todo sería inútil pero aceptó esperar media hora más.

Prilla observaba bajo las aguas del mar y pensó: «Rani, no mueras, por favor».

En la habitación del viento, Rani permanecía muy quieta en la mano de Soop y ella a su vez se preguntaba si Rani estaría muerta. Un hada muerta no sería para nada un asunto divertido. Soop pinchó con el dedo la barriga de Rani y dijo:

—Despierta, hada.

Rani se atragantó y empezó a botar agua por boca y nariz. Tosió un par de veces y por fin volvió a respirar.

Pero el olor del lugar era tal que casi deseó seguir inconsciente. ¡El cuarto del viento apestaba a pescado!

Madre Paloma había cerrado los ojos, pero Campanita sospechaba que no estaba dormida. Madre Paloma apretaba los párpados cerrados y, cada cierto tiempo, un músculo de sus mejillas saltaba con un tic.

Es el dolor, pensó Campanita. Hubiera querido poder hacer algo para remediarlo, pero no había nada que hacer.

Volvió a tocar en su arpa la melodía de los polvillos de estrella y sus intenciones eran seguir haciéndolo hasta que se le ampollaran las yemas de los dedos y cuando, ya no pudiera más, seguiría tocando con los dedos de los pies.

Ahora, que le había vuelto el aire, Rani pudo explicar su misión.

Soop pudo imaginar perfectamente lo que para las hadas significaría perder su vuelo y su magia y estaba dispuesta a donar su peineta. Tenía muchas, además.

Pero igual, quería algo a cambio.

—Si yo te doy un regalo, tú tendrás que darme...

—... otro a cambio —dijo Rani, pensando lo bueno que hubiera sido haber traído algo—. Te doy mi cinturón.

No era mayor cosa, pero era todo lo que tenía. Se trataba de una correa fina, hecha de pelo de escarabajo tejido.

—No, eso no. Aunque tu cinturón es muy bonito, yo quisiera más bien... ¿Qué es lo que quiero? —titubeó un segundo Soop—; ¡ah, sí, ya lo sé!, quisiera una varita mágica.

«¡Ay, no!» pensó Rani, y dijo:

—Nosotras las hadas de Nunca Jamás no tenemos varitas mágicas.

—¿Me estás diciendo que las hadas no tienen varitas mágicas? —preguntó Soop, confundida.

—No, no las tenemos. Las Grandes Hadas Mágicas sí, y otras pocas.

—Bueno, en ese caso, tú vas y me traes una, yo te espero —dijo al tiempo que se quitaba su peineta.

Rani recibió la peineta. Ya habría tiempo después para preocuparse por la varita mágica. Le dio las gracias a Soop y se marchó, empujando la peineta delante de ella.

Era probable que para entonces Vidia y Prilla pensaran que ya se habría ahogado. Igual, deseó que ojalá la estuvieran esperando.

En efecto, lo que Vidia y Prilla hacían era discutir si ya había o no transcurrido media hora, de manera que cuando Prilla vio a Rani no pudo menos que dar, como dio, una voltereta de alegría.

Y claro, fue más que necesaria la ayuda de Prilla y Vidia para montar la peineta y a Rani en el carromato. Una vez que alcanzaron la orilla, recuperaron también las alas y las botas de Rani.

Dentro del Círculo Encantado, cargaron el huevo y la boquilla. Rani puso la pluma en el fondo y, aunque bien hubiera podido dejar atrás y olvidarse de sus alas, igual quería tenerlas a su lado, de modo que se sentó dentro de la cestilla y acunó las alas en sus brazos. Prilla subió los moldes de pan que habían dejado en el cobertizo para ellas.

—Date prisa, mi niña querida, vamos, que a un dragón no se le puede dejar esperando —dijo Vidia.

Prilla recogió la cuerda que anclaba el globo transportador y volaron al viento, arrastrando tras sí a Rani y las preciadas prendas que fueron objeto de la expedición. Prilla se preguntaba si Kyto sería tan malo como para negarse a recibir las prendas que ahora le llevaban, tan malo que las rechazara aunque mucho las deseara. ¿Acaso preferiría que todos los animales y los humanos que vivían en el País de Nunca Jamás envejecieran y murieran? ¿Desearía que las hadas se quedaran por siempre jamás sin polvillos de estrella?

¿Podía haber en el mundo una persona tan cruel que deseara ver a Madre Paloma morir?



VEINTISEIS

El globo transportador iba tan pesado que a duras penas si podía volar a ras de suelo y algunas veces tropezaba contra troncos de árboles y rocas grandes.

La porción de polvillos de estrella para el día se agotó tan pronto las expedicionarias cruzaron el río Wough. Pero para entonces, ya empezaba a oscurecer y Rani, quien ahora impartía órdenes con mucha naturalidad, dijo que allí se detendrían hasta el amanecer.

Una delgada capa de nieve cayó durante la noche. Al ver la nieve, Rani se horrorizó. Ciertamente, Nunca Jamás se veía muy bonita, pero ¿qué ocurriría si la capa de nieve alcanzaba seis centímetros o más de espesor? Pues que la nieve les llegaría hasta la cintura: quince centímetros bastarían para quedar sepultadas.

En su hogar, bajo tierra, la cobija de Peter Pan le dejaba el pecho al descubierto. Tiró de ella para subirla un poco y entonces expuso pies y pantorrillas. Se puso de pie y rozó el techo con la cabeza. Había crecido dieciocho centímetros en una sola noche.

El Capitán Garfio arrancó una pata de la mesa de su camarote para usarla de bastón.

El Oso del País de Nunca Jamás quiso salir a pescar pero había olvidado por dónde bajaba el arroyo de Havendish.

Sin embargo, y para sorpresa de Campanita, Madre Paloma se veía mejor, el semblante menos tenso alrededor de sus ojos. Ella misma se sentía mejor, también. Ciertamente, se sentía con frío y envejecida, pero menos enferma.

Sospechó que el huevo ya iba camino a ver a Kyto y entonces, previendo el retorno del huevo, su propio cuerpo empezó a repararse solo.

—Tengo hambre —dijo Madre Paloma, no sin antes recordar que alguna vez pensó que nunca más volvería a sentir apetito.

Campanita la quería abrazar, pero temía hacerle daño, entonces más bien le dijo:

—Te traeré algo para desayunar, un enorme y delicioso desayuno —y a Nilsa, una exploradora que revoloteaba encima de ellas, le gritó—: ¡Ya vuelvo! ¡Con el desayuno!

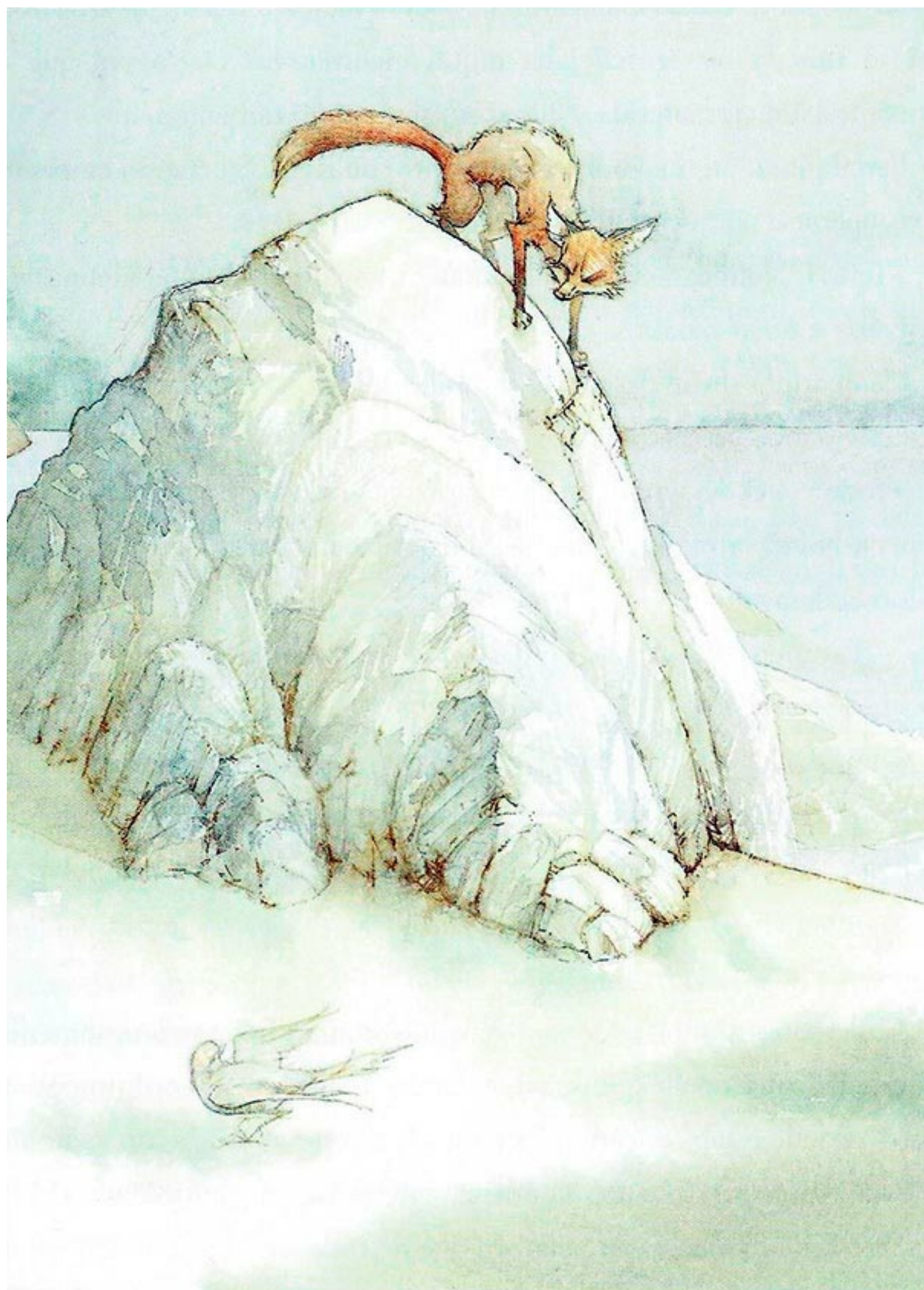
Nilsa, que no había comido nada desde el huracán, le replicó:

—¡Qué bueno!

Campanita corrió y voló a lo largo de la playa con el ojo bien alerta a la presencia de halcones.

Luego se disparó para llegar al Refugio de las Hadas. Campanita tenía pensado estar de vuelta pronto, pero lo que no imaginó fue que, sin polvillos de estrella, la cocina iba a ser un asunto muy lento.

Cuando las expedicionarias despertaron, se encontraron en el borde de una vasta pradera. Un triángulo que se alzaba en medio era la montaña Torth, la prisión de Kyto.



Rani procedió a espolvorear sólo un cuarto de taza de polvillos de estrella, de lo que quedaba para el último día, sobre Vidia y Prilla y nada para ella, ya que igual, no podía volar.

Vidia estaba iracunda:

—Corazón mío, lo que es a mí, me tienes que dar la ración completa —le dijo Vidia a Rani al tiempo que arremetía por la bolsa.

—No —le dijo Rani, echándose hacia atrás—. Te echaré otro poco sólo más tarde si se nos agota antes de llegar a donde está Kyto. Y, en el caso de que alcancemos a llegar pero a Kyto le dé por no reparar el huevo, tendremos que volver a casa a pie y guardar un poco para...

No había terminado de hablar cuando Vidia se abalanzó sobre la bolsa, pero Rani la retuvo. Prilla empezó a saltar de arriba abajo sin saber qué hacer.

Rani miró a los ojos de Vidia y le sostuvo firme la mirada:

—La Reina Ree me nombró líder y no le voy a quedar mal.

Tras un minuto muy tenso, Vidia por fin soltó la bolsa pero agregó:

—Mi dulce cordero, lo que quiera que ocurra con Kyto, esperaré mi ración de polvillos. Y de una cosa puedes estar segura, mi vida, lo conseguiré a como dé lugar, ¿vale?

A Campanita le tocó esperar una buena hora antes de que pudiera emprender su camino de regreso con el desayuno preparado en el Refugio. Al llegar a la playa, vio a un zorro acechando a Madre Paloma.

Madre Paloma. De pie, tambaleante, intentaba alejarse de la amenaza.

Campanita arrojó la comida al suelo y corrió hacia el zorro, preguntándose todo el tiempo en dónde diablos se había metido la maldita Nilsa, la exploradora.

Madre Paloma le pidió a Campanita que se alejara y se pusiera sobre seguro. Campanita, por su parte, le pidió al zorro que se alejara, advirtiéndole que no le fuera a hacer daño a Madre Paloma, ofreciéndole otra cosa de comer a cambio.

Pero el zorro tenía demasiada hambre como para atender razones y estaba a escasos dos metros de Madre Paloma, quien en ese instante alzó al cielo su par de alas rotas.

—¡Vuela, Madre Paloma! ¡Vuela! —gritó Campanita a todo pulmón.

Madre Paloma aleteó una única vez.

Campanita se arrojó sobre la pata izquierda del zorro. El zorro le lanzó un manotazo pero falló.

Madre Paloma aleteó una vez más. El zorro avanzó otro medio metro en su

dirección.

Campanita se le trepó pata arriba aferrándose a manotadas del pelo.

Madre Paloma alcanzó a levantarse un centímetro sobre el suelo.

Campanita ya casi alcanzaba el hombro del zorro.

Madre Paloma cayó sobre la arena. El zorro estaba a medio metro. Campanita se trepó sobre su cabeza.

Treinta centímetros.

Campanita sacó su puñal.

El zorro se lanzó sobre Madre Paloma.

Campanita oyó un golpe seco.

Madre Paloma gritó.

Campanita metió sus piernas dentro de las orejas del zorro y empujó con fuerza.

El zorro aulló y sacudió la cabeza.

Campanita salió arrojada al aire y cayó por tierra batiendo las alas con desesperación. Fue una caída larga. Se fracturó la pierna, pero en ese momento no lo sintió.

El zorro se inclinó para acabar con ella de una vez pero, antes de que pudiera hacerlo, Campanita alcanzó a hundirle el puñal en el cuello. Campanita vio sangre correr, el zorro se alejó dando tumbos y soltó un alarido de dolor.

El hombro de Madre Paloma sangraba profusamente.

—Nilsa... murió... —empezó a decir Madre Paloma, pero le faltó el aliento.

—¿Por qué no escapó volando?

—... murió por un caso ...de ...de falta de fe.

De hecho, la exploradora había muerto antes de que apareciera el zorro. Fue terrible para Madre Paloma contemplar el angustioso desvanecimiento de Nilsa sin que pudiera hacer nada al respecto.

«¿Por qué diablos me fui a buscar desayuno?» pensó Campanita para sí.

—No te culpes —susurró Madre Paloma—. Me salvaste.

Madre Paloma quiso ocultar un gemido pero igual se le salió.

Y Campanita, igual, también se autoreprochó.

Y pensar que ahora tenía que salir de nuevo en busca de Beck, ya que quizá ella pudiera hacer algo para detener la hemorragia de Madre Paloma. Se apresuró pues de vuelta al Refugio de las Hadas, casi a carrera limpia, olvidándose de su pierna rota.

Con todo, en medio de su carrera, no dejó de preguntarse si no hubiera sido mejor quedarse acompañando a Madre Paloma. ¡Qué tal que muriera en su ausencia!... ¡Completamente sola!



VEINTISIETE

Terence roció a Beck con suficientes polvillos de estrella para que pudiera volar hasta donde Madre Paloma. Mientras tanto, un hada enfermera ajustaba los huesos de la pierna de Campanita al tiempo que Terence observaba, con el rostro crispado por el dolor ajeno. La Reina Ree interrogó a Campanita, queriendo saber qué había pasado.

Sobre la playa, Beck limpió la herida de Madre Paloma con rocío enjabonado y luego le hizo compresas de musgo para detener la hemorragia. La herida tenía muy mal aspecto.

—No llores, Beck —susurró Madre Paloma.

¿Pero cómo hacía para no llorar? La pobre Beck creía que, a estas alturas, ya ni siquiera el huevo podría salvar a Madre Paloma.

Las expedicionarias, por su lado, surcaban la extensa pradera volando sobre un campo cubierto de secos cactus y una manada de caballos de crespas crines. Tras tres horas de vuelo alcanzaron unas primeras colinas que anticipaban la montaña Torth. Una hora después, empezaron a ascender las estribaciones de la montaña Torth. Vidia, a la cabeza, como siempre, vio salir humo de una cueva. La cueva de Kyto.

Campanita, renqueando ayudada de unas muletas, acompañó a la Reina Ree hasta la playa para ver cómo seguía Madre Paloma.

Beck apenas si negó con la cabeza.

Para mediodía, las expedicionarias habían agotado ya su ración de polvillos de estrella y todavía se alcanzaban a ver varias cuevas encima de ellas. Les tomaría por lo menos una hora de vuelo llegar hasta allí.

Prilla estaba muy emocionada. Ya casi llegaban, y venían desde tan lejos. Había sido una gran aventura y ella había sido arte y parte del empeño. Había logrado escapar de las garras del Capitán Garfio y había convencido a Vidia para que esperara a Rani. Aun desprovista de talento, había ayudado.

Rani dijo entonces que sería mejor almorzar antes de seguir adelante. Pero Prilla estaba demasiado exaltada para comer nada. Lo que hizo fue ponerse a dar brincos e incluso intentó un salto mortal completo que le resultó difícil sin polvillos de estrella: las alas le hicieron demasiado contrapeso y terminó estrellándose contra el carromato.

Rani se rio. La francachela que Prilla estaba montando logró que Rani olvidara sus alas, a ratos.

Rani acabó de comerse su pan y luego sacudió las migas adheridas a su vestido.

Ahora, Prilla, primero, se abrió de piernas y remató con una voltereta de manos. Rani se sacó el bolso por encima de la cabeza. Prilla intentó de nuevo el salto mortal. Rani abrió el bolso con los polvillos justo en el momento en el que Prilla se iba de bruces contra ella. Al caer, Rani regó los polvillos de estrella, que se esparcieron al viento.

A Madre Paloma le dio fiebre. El pico le tiritaba y tenía los ojos demasiado vidriosos. Beck levantó un montículo de arena a su alrededor para protegerla y darle un poco de calor. Campanita daba saltos para apisonar el suelo de manera que Madre Paloma quedara cómoda.

Madre Paloma, por su parte, venía pensando que en realidad morir no le preocupaba tanto. Lo que sí le preocupaba era que el huevo estuviera a salvo.

Pensó decirle a Ree que había llegado la hora de desplumarla.

Pronto. Muy pronto se lo diría. Mientras tanto, intentaría aferrarse a la vida otro rato.



Nadie le dirigía la palabra a Prilla. De hecho, Vidia hasta le pegó una buena palmada cuando regó el polvillo.

Prilla se excusó, dijo que lo sentía.

Rani todo lo que dijo fue:

—Los humanos piden perdón y se excusan. Las hadas decimos «antes volar de espaldas, si fuera posible».

Prilla, entonces, repitió:

—Antes volar de espaldas, si fuera posible.

Pero nadie dijo más nada.

Es más, Prilla dejó incluso de hablar consigo misma, como no fuera para insultarse y reprocharse.

Lo había arruinado todo. Ese era su talento. Aun en el caso de que a Kyto le diera por reparar el huevo, probablemente ya Madre Paloma estaría muerta para cuando regresaran al Refugio.

Rani estaba convencida de que no tenía sentido seguir adelante con la expedición. Sin embargo, continuó liderándola.

Continuaron su camino subiendo a pie. Afortunadamente no tenían que cargar con el carromato ya que los globos todavía tenían algo de polvillos.

Al trepar, no dejaban de otear el cielo en busca de halcones. Vidia volvió a pensar en la posibilidad de compartir sus reservas de polvillos de estrella frescos. Después de todo tenía suficiente para que ella y Prilla volaran juntas hasta donde Kyto y regresar a casa. Pero si Kyto se negaba a restaurar el huevo, entonces prefería con mucho guardarse el polvillo para ella, la última dosis de polvillos que nadie tendría nunca más.

Madre Paloma empezaba a delirar:

Estaba de vuelta en el nido de su madre, esperando ansiosa algo para comer. Jugaba con sus hermanas y hermanos, dándose picotazos unos y otras. Se vio de pie, suspendida al borde del nido, aunando valor para lanzarse a su primer vuelo.

Cuando Madre Paloma, en medio de su delirio, en efecto intentó volar, casi tumba a Campanita de paso.

Sus hombros y alas malheridas debían dolerle horriblemente, pero la cabeza de Madre Paloma estaba perdida en un pasado tan remoto que ya no sentía dolor.



VEINTIOCHO

Las expedicionarias alcanzaron la primera cueva, deshabitada, en cuatro horas.

Sin embargo, Prilla alcanzó a oír un vago crujir de algo. Tras un par de minutos, también Rani y Vidia lo oyeron. ¡Fuego! ¡Kyto!

Y Kyto las oyó a ellas. Las hadas no hacen mucho ruido, mucho menos cuando apenas si hablan entre sí. Pero respiran. Y Kyto las oyó respirar.

Treparon siguiendo una grieta en la roca que conducía a la cueva del dragón. A medida que subían la temperatura se hacía más y más alta. Rani chorreaba gotas de sudor y todas sus hojas-pañuelos estaban empapadas.

A medio camino, los efluvios de Kyto las alcanzaron y casi se caen de la pared de la montaña.

Kyto hedía a cien años sin darse un baño, ni qué hablar de pasarse un cepillo de dientes.

Las hadas se asomaron por encima del borde de la saliente donde descansaba la cueva-prisión de Kyto. El dragón les vio las caras sorprendidas, sus seis pares de ojos abiertos como platos. El globo transportador se mecía en el aire suspendido un par de centímetros por encima de la saliente.

De no haber tenido una cara tan cruel, Prilla se hubiera apiadado de Kyto. Era del tamaño de un elefante pequeño y Prilla dudó que allí tuviera espacio suficiente siquiera para girar sobre sí mismo. Tenía la piel llena de cicatrices y raspaduras de tanto recostarse contra los barrotes.



Tras una mirada más cuidadosa, Prilla se dio cuenta de que no eran barrotes. Eran unas raíces lo que lo encerraban, raíces de un arbusto fuerte del País de Nunca Jamás que llamaban el Árbol Bimbim. Dichas raíces caían desde la parte de encima de la entrada a la cueva y se anclaban vigorosamente contra la roca a la base de la misma. Estas increíbles raíces eran inmunes a las llamas y cuanto más forcejaban contra ellas, más fuertes se hacían.

Pero aunque Prilla así no lo creyera, en realidad Kyto no ocupaba toda su cueva. Al fondo había espacio suficiente para su botín secreto.

Un Cuervo de Nunca Jamás cruzó a unos cinco metros delante de la entrada a la cueva. Kyto exhaló fuego por su trompa y tostó al ave en pleno vuelo. Acto seguido inhaló con tremenda fuerza y chupó al cuervo trayéndolo a los pies de la cueva. El pájaro muerto se atascó entre las raíces pero Kyto lo arrancó de allí con una dentellada para luego comérselo entero.

«Nos cocinará vivas antes de que hayamos cruzado una sola palabra», pensó Rani.

Ahora Prilla deseó tener talento para los dragones. ¡Si sólo supiera cómo amansarlo!

Kyto les lanzó una mirada feroz.

—Lárguense... a menos que hayan venido a liberarme —dijo con la voz ronca y profunda de quien ha pasado seiscientos años cociéndose de la ira.

Las expedicionarias intercambiaron miradas de espanto, hasta que por último, a Rani le volvió la voz y dijo:

—No..., no... no podemos li-li-liberarte. No so-so-somos los sufi-fi-ficientemente fuertes.

—Entonces largúense.

Y las hadas alcanzaron a agazaparse justo a tiempo porque en una fracción de segundo un fogonazo pasó de largo rozando una de las orejas de Prilla.

Rani tuvo que serenarse primero antes de intentar volver a hablar.

—He... he-he-mos ve-venido a pro-proponer un ne-ne-negocio. Si nos ayudas, te daremos tres cosas para tu botín. Co... co-co-cosas muy bo-bonitas.

—Déjamelas ver.

Rani se acercó al globo transportador.

—Pero corazón mío —bufó Vidia—, no seas tan tonta, no ves que apenas saques las cosas el bicho las...

—... inhalará —terminó Rani, dándole a Vidia la razón con un movimiento de la cabeza—. Eh... más bien, te, te las des-des-describo, Kyto.

Kyto ocultó su ansiedad una vez Rani terminó con su descripción. Que se supiera,

sólo había dos plumas del Halcón Dorado entre los botines más celebrados. La suya sería la tercera. Las boquillas dobles y las peinetas de sirenas también eran objetos curiosos y raros. Con esas cosas, su botín entraría por fin a hacer parte de los botines más selectos de los conocidos entre dragones.

—Dámelas y prometo no almorzármelas a ustedes.

Las expedicionarias se agacharon de nuevo debajo de la saliente.

—No, no nos vayas a co-co-comer de al-almuerzo —dijo Rani.

—¡Entonces dame esas cosas, rápido!

—No, no a menos de que nos ayudes —dijo Prilla.

Y Rani agregó:

—De otro modo, nos, nos lle-llevaremos las cosas de vuelta a ca-ca-casa... y a-a-allí las pon-pondremos en ex-exhibición.

¡En exhibición! ¡Qué insolencia! ¡Esas cosas le pertenecían! ¡Eran tuyas, de Kyto! Pensando en esto el dragón lanzó una bola de fuego y dijo:

—Bueno, ¿qué es lo que quieren a cambio?

Rani, aunque tartamudeando, logró por fin contarle toda la historia de Madre Paloma y el huevo.



—Déjenme ver pues el tal huevo —dijo Kyto.

Pero para hacerlo las tres hadas tenían que exponerse de cuerpo entero, de pie sobre la saliente.

Horrorizadas, presas del miedo, Prilla y Rani subieron a la saliente.

Kyto se dio cuenta de que Rani no tenía alas.

Vidia se inclinó dentro de la cestilla del transportador y alzó el huevo y logró ponerlo sobre la saliente. Luego empezó a trepar ella misma pero lo pensó mejor y se detuvo. Si a Kyto le daba por escupir sus bocanadas de fuego, que se tostaran las otras dos.

Kyto, tan pronto vio el huevo, supo que podía repararlo, pero igual se hizo el que lo estaba pensando.

«Por favor», pensó Prilla, «por favor, que seas capaz de hacerlo. Por favor salva a Madre Paloma. Por favor no nos mates».

—Denme las cosas para mi botín... —vociferó Kyto, pequeñas llamas bailando alrededor de sus fauces al tiempo que hablaba—... y yo les arreglo su...

—... huevo —terminó Rani y le dijo que le entregaría un primer objeto en prenda de manera inmediata; luego, una vez hubiera reparado el huevo, le daría los otros dos —. ¿Cuál quieres primero?

—La pluma —dijo Kyto.

Vidia procedió a buscarla dentro del transportador pero no la veía por ningún lado. Removió todas las cosas y nada.

—¿Dónde...?

Prilla y Rani bajaron del borde de la saliente para ayudarla a buscar. No había ninguna pluma por ningún lado.

—Debió salir volando en algún momento —susurró Rani.

Pero Kyto la escuchó. Y montó en cólera. ¡Tristes hadas torpes e incompetentes! Y lanzó una bocanada de fuego por encima de la saliente en la dirección en la que las hadas se encontraban.

El lengüetazo de fuego les pasó tan cerca que alcanzó a chamuscar el pelo de Prilla.

A Rani le tomó un buen par de minutos recuperarse lo suficiente del susto para volver a hablar:

—Aún tenemos la peineta y la boquilla.

—Tres objetos. Ustedes dijeron tres objetos.

—Por favor, señor Kyto —le imploró Prilla—. Madre Paloma necesita su huevo.

Kyto guardó silencio. Le importaba un pito que Madre Paloma viviera o muriera.

—Tenemos otra cosa —dijo Rani, secándose la punta de la nariz humedecida y alzando sus alas a la altura de su pecho—. Algo mucho más extraordinario que una pluma dorada: un par de alas de hada adornadas con piedras preciosas.



VEINTINUEVE

—¡Rani, no lo hagas! —gritó Prilla.

¿Alas de hada? Kyto estaba muy entusiasmado. Con un par de alas de hada su botín sería único.

—Déjamelas ver —dijo Kyto.

—¡No, no te las vamos a dar! —gritó Prilla.

Y Kyto se aprestó para lanzar otra bola de fuego.

—Cállate, Prilla —dijo Rani, y luego, dirigiéndose a Kyto, agregó—: No te las voy a mostrar ya mismo, pero si quieres te cuento algo sobre ellas.

Sería un final magnífico para sus alas, en el caso de que terminarían siendo el par de alas que habían salvado a Madre Paloma. Entonces Rani las describió.

Kyto escuchó el relato con avidez. Alas de verdad de un hada de verdad que nunca más podría volver a volar en su vida.

Kyto, sin embargo, insistió en verlas primero. Rani se negó. Le daría, para empezar, la boquilla doble y luego, una vez soldara el huevo, le daría la peineta y las alas.

Kyto sonrió para adentro. Las hadas eran demasiado confiadas. Él, en su lugar, se hubiera asegurado de que Madre Paloma estuviera bien antes de entregar la última prenda.

Prilla y Rani arrastraron la boquilla hasta la cueva y salieron disparadas.

Kyto tanteó la boquilla con una de sus garras. Luego la acarició con la mejilla. Y la olisqueó y la lamió. Deseó que las hadas lo dejaran en paz un par de horas, solo con su boquilla.

Pero Prilla, entretanto, lo que hizo fue acercar el huevo. La pálida cáscara azul estaba cubierta de manchas negras irregulares. Los dos pedazos más pequeños metidos dentro del más grande. Y encima de todo, las cenizas que habían sido la clara y la yema del huevo.

Prilla corrió de vuelta al borde del saliente de la cueva y allí se detuvo, al lado de Rani, a observar. Kyto exhaló una llamarada dorada que chasqueaba lanzando chispas al aire. A través de la llama, las hadas alcanzaban a ver la cáscara del huevo, que no cambiaba para nada.

Kyto se tragó su lengua de fuego.

—Esto está resultando más difícil de lo que yo esperaba —dijo, con el ceño

fruncido—. Vamos a ver si soy capaz de hacerlo.

Pero por dentro estaba muerto de la risa. Los dragones, como sabrás, son muy fanfarrones y estaba encantado con su espectáculo.

Prilla estaba a punto de emprenderla contra el mismo huevo, decirle que era su última oportunidad, ¿no podía, por tanto, colaborar un poco?

Ahora Kyto sopló una llamarada de un rojo frambuesa, brillante como un tomate. La llama crujió y crepitó envolviendo por encima y por dentro la cáscara del huevo que permanecía tercamente roto.

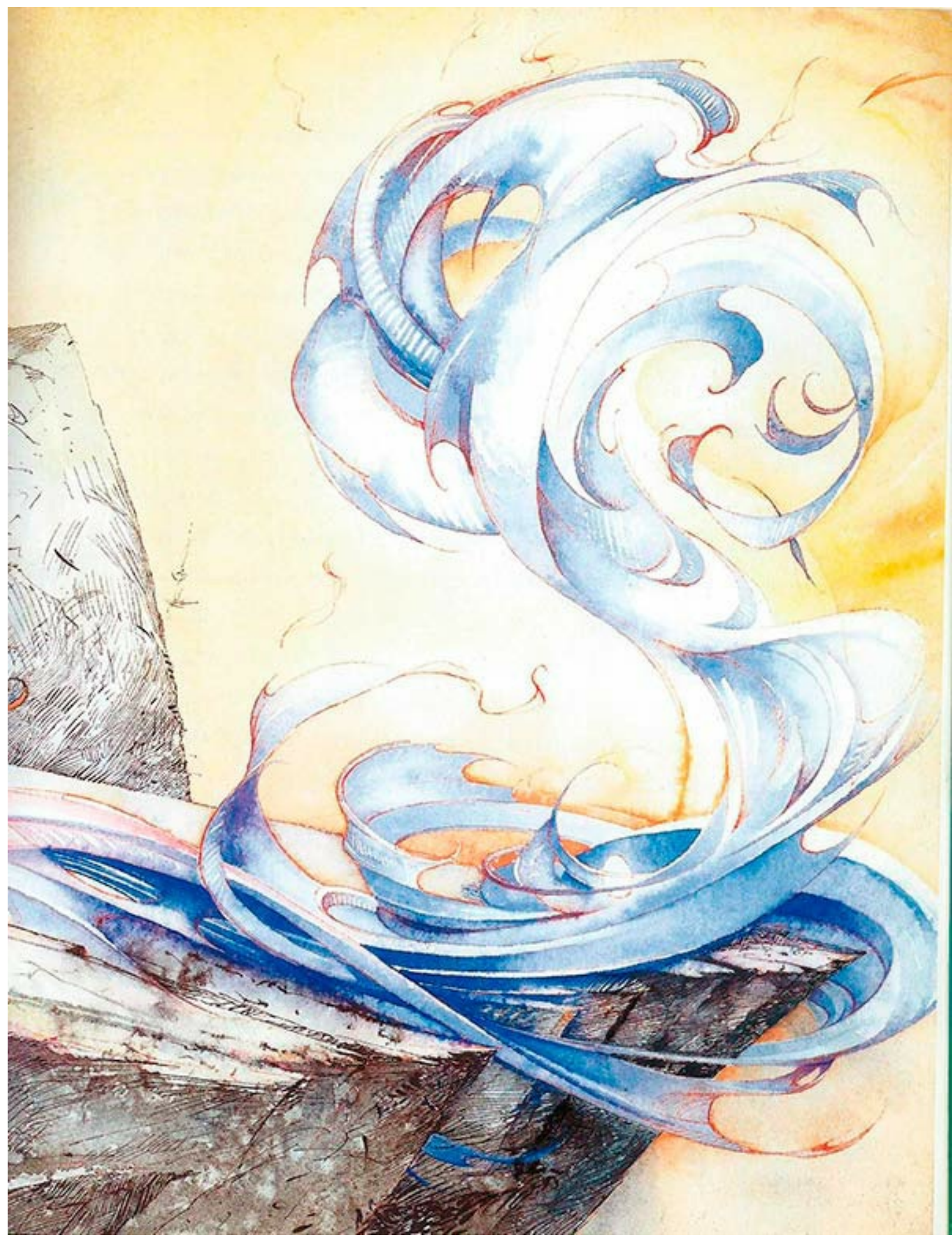
Rani se secó su humedecida cara. ¿Habría sacrificado sus alas en vano?

Kyto le bajó lentamente el fuego a su llama y dijo:

—Bueno, señoritas, voy a hacer un último intento.

Lanzó ahora una llama de un azul oscuro y profundo como la noche que producía diminutos relámpagos. Una ráfaga de viento caliente cruzó la saliente de piedra. Rani y Prilla se arrojaron al suelo. Vidia se agachó.





Luego, Prilla levantó la cabeza para ver qué había ocurrido pero no pudo saberlo porque el huevo permanecía oculto en llamas. Las mejillas de Kyto estaban hinchadas, los ojos saltados y todo su cuerpo tenso. Concentrado y volcado sobre el huevo.

De su llama se desprendía un vapor rastrero. El calor era tanto, que chamuscó a un hombre gorrión que volaba a tres kilómetros de distancia. Un pastizal a cinco kilómetros de distancia entró en llamas.

En ese instante, Kyto escupió sobre la yema restaurada del huevo. Y luego reparó la cáscara pero dejando un pegote de su maldad por dentro.

La llama amainó. Allí estaba el huevo, entero de nuevo.

Entretanto, Madre Paloma se había hundido en un profundo sueño. Todas las hadas se habían reunido a su lado. En el caso de que despertara antes de morir, querían darle un último adiós.

Ya no se le veían quemaduras al huevo. Estaba otra vez del mismo azul pálido que siempre había tenido. Rani lo tocó y comprobó que estaba suave y fresco. Se convenció de que estaba en perfecto estado y condición.

Entonces, Prilla y Rani le acercaron la peineta a Kyto. Luego Rani, sola, le entregó sus alas, no sin antes darles una última caricia.

Kyto hubiera achicharrado a las hadas si por él fuera, ahora que ya tenía lo que deseaba. Pero si lo hacía, nadie se enteraría del trabajito que había hecho con el tal huevo. De manera que las dejó partir.

Rani y Prilla cargaron el huevo en el globo al tiempo que Vidia estabilizaba la cestilla transportadora.

Y las tres iniciaron el descenso. A pie, les tomaría más de una semana estar de vuelta en casa.

Era muy probable que para entonces ya Madre Paloma hubiera muerto.

Prilla no se hallaba de lo abatida y desconsolada que estaba. «Hicimos todo lo posible», pensaba.

Pero igual, quizá todo sería en vano, y todo porque ella, claro, tuvo que dar una voltereta a una hora y lugar inoportunos.

Vidia se debatía consigo misma. Si compartía los polvillos que le quedaban era probable que llegaran a casa, donde estaba Madre Paloma, a tiempo. Pero, si igual Madre Paloma no se recuperaba, Vidia habría desperdiciado su última dosis de polvillos de estrella y no podría volver a volar nunca más.

Por otro lado, apenas si le quedaba una ración de polvillos para dos días, cuanto

más. ¿Por qué debía optar? ¿La certeza de aquellos dos días o la posibilidad de volar por siempre jamás?

—Eh... mis cariños..., creo que en efecto podríamos volar a casa. Tengo...

—... polvillos. ¡Polvillos! ¿Polvillos? —exclamó Rani.

Vidia asintió.

Prilla y Rani la observaban. ¿Había tenido polvillos de estrella todo este tiempo?

«Bueno, por lo menos no tengo el talento para comportarme como un cerdo egoísta», pensó Prilla.

Madre Paloma volaba alto por encima de la playa donde alcanzaba a ver su cuerpo inerte. Aún estaba atada a su cuerpo. Pero el hilo que la ataba se hacía cada vez más y más delgado, y pronto se iba a reventar.

Una de las hadas con talento para la música empezó a cantar una de sus canciones más tristes: *No vuelas tan lejos de mí*. Una por una las otras hadas la empezaron a acompañar.

Rani iba sentada en la cestilla del globo. Vidia espolvoreó un poco de polvillos sobre Prilla. Y luego ella misma se echó otro poco. Prilla notó la diferencia ahí mismo. Con los polvillos, sentía como si no pesara y además las alas se llenaron de tanto vigor como las de un águila. Comprendió entonces la tentación de desplumar a Madre Paloma... aunque jamás sería capaz de hacerlo.

Bueno, pero a pesar de que ahora les fue posible viajar mucho más rápido que antes, igual les tomó dos horas y media llegar al río Wough.

Madre Paloma sintió llegar el huevo. Y se vio de vuelta dentro de su propio cuerpo. Un súbito dolor casi la mata.

Prilla se impresionó al ver a Madre Paloma. Sus plumas estaban de un enfermizo color amarillento, excepto las plumas del cuello, que estaban ensangrentadas. La cabeza inclinada, las mejillas chupadas.

Madre Paloma abrió los ojos y dijo con susurro titubeante:

—Acerquen el huevo.

Las expedicionarias sacaron el huevo del globo transportador y lo llevaron a ella.

Todo el mundo sostuvo la respiración. Nadie se movía.

Madre Paloma alargó una de su patas y una docena de hadas corrió para evitar que se fuera de bruces.

—Kyto estropeó mi huevo —fue todo lo que dijo, y su voz se confundió con el comienzo del último estertor de la muerte.



TREINTA

«¡No es posible que Madre Paloma muera!», pensó Prilla. «¡Tengo que salvarla! ¡Por lo menos intentarlo! Si la fe salva hadas, quizá la fe pueda salvar a Madre Paloma».

Prilla se imaginó dentro del túnel. Tierra Firme estaba en el otro extremo. ¡Tenía que estar allí!

Voló pues en esa dirección.

Y en efecto, en un instante, allí estaba, ella, Prilla, viendo girar el tiiovivo, volando de un niño al otro, dando alaridos por encima de la música del organillo:

—¡Aplaudan para salvar a Madre Paloma! ¡Aplaudan si todavía creen en el País de Nunca Jamás! ¡Aplaudan para que todas las hadas puedan volar!

Alcanzó a ver dos niños que empezaban a aplaudir, y desapareció de allí.

Ahora estaba en el auditorio de un colegio donde los niños representaban una pieza de teatro.

Prilla voló de fila en fila.

—¡Aplaudan para salvar a Madre Paloma! ¡Aplaudan para salvar al País de Nunca Jamás!

Y ahora se vio en un cajón de arena:

—¡Aplaudan para que Peter Pan viva joven por siempre!

Y voló a los columpios:

—¡Aplaudan para salvar a Madre Paloma!

Y al balancín:

—¡Aplaudan para salvar al País de Nunca Jamás!

De nuevo en la playa, el huevo empezó a girar, cada vez más rápido. Madre Paloma continuaba luchando por su último aliento.

Prilla ahora se metió a una fiesta de cumpleaños, voló sobre las velitas encendidas de la torta.

—¡Aplaudan para salvar a Madre Paloma! ¡Aplaudan por el País de Nunca Jamás!

El huevo empezó a resplandecer al tiempo que giraba y giraba. Las hadas escucharon un silbido de tono muy alto. Rani y Vidia oyeron el crujir y crepitar del fuego de Kyto.

Prilla voló por encima de las cabezas de una hilera de niños que observaba un desfile militar.

—¡Aplaudan por Madre Paloma! ¡Aplaudan por las hadas!

Madre Paloma empezó a resplandecer.

Prilla, infatigable, zumbaba de casa en casa gritando:

—¡Aplaudan! ¡Aplaudan! ¡Aplaudan por Madre Paloma! ¡Aplaudan! ¡Aplaudan!

Aplaude tú también si estás leyendo estas líneas. ¡Aplaude por Madre Paloma!

¡Aplaude por el País de Nunca Jamás! ¡Aplaude por Prilla! ¡Aplaude!

Las hadas escucharon un ligero susurro, que pronto se convirtió en un estruendo, un fragor.

¿Sería lo que creían que era?

¡Sí que lo era! ¡Los niños que aplaudían!

Y entonces las hadas empezaron a repetir en coro:

—¡Aplaudan! ¡Aplaudan! ¡Aplaudan por Madre Paloma! ¡Aplaudan! ¡Aplaudan!

¡Aplaudan por Madre Paloma!

El glorioso estruendo creció y creció. Miles y miles de niños aplaudían sin cesar. Y cientos de miles más y más.

Dentro del huevo, el pegote de las babas de Kyto se diluyó hasta desaparecer.

El País de Nunca Jamás se estremeció.

Cesaron los aplausos. Y Prilla regresó.

Allí estaba Madre Paloma, tan rellenita y rozagante y sana como siempre había estado antes de que pasara el huracán.

Y allí estaba también el huevo, el huevo bueno, el huevo como Kyto debió haberlo recreado, todavía emitiendo un vago resplandor.

Prilla parpadeó, perpleja. Luego soltó una carcajada y dio una voltereta.

Madre Paloma, con sus alas, sacudió la arena que se había pegado al huevo. Una vez satisfecha, se sentó sobre él.

Una brisa tibia cruzó la playa.

El Capitán Garfio se enderezó desperezándose y arrojó su bastón de pata de mesa fuera de borda.

El Oso de Nunca Jamás dobló la rodilla, tanteándola. ¡Estaba perfectamente bien!



Peter Pan miró hacia arriba. El techo de su refugio subterráneo estaba tan alto como siempre había estado. ¡Había dejado de crecer! Y se juró que jamás volvería a crecer.

El Halcón Dorado voló más alto que nunca. Y desde semejante altura divisó una hoja de trébol en medio de un potrero remoto. Jamás se había sentido tan bien.

En la playa, Madre Paloma se dirigió a Campanita:

—Gracias, Campanita. Nunca olvidaré lo mucho que me cuidaste, de pie, a mi lado, durante aquellas interminables y silenciosas horas. Eso fue lo peor, ¿verdad?

Campanita asintió.

—Eres mi campeona, Campanita.

—Todas te lo agradecemos, Campanita —dijo la Reina Ree.

Prilla se preguntó si Madre Paloma le iba a dar las gracias también.

—Vidia —dijo Madre Paloma—, gracias por haberte unido a la expedición. Veo que has vuelto igualita, como siempre... no has cambiado para nada. Qué pena, es una lástima.

—Mi amor, si en verdad quieres darme las gracias, déjame arrancarte una o dos

plumas.

Madre Paloma se limitó a levantar la cabeza soltando un silbido para luego decir:

—Rani, Rani, tus pobres...

—... alas.

Nadie se había dado cuenta, pero ahora Rani lloraba a mares y las otras hadas quedaron estupefactas al ver su espalda desnuda.

Rani se arrojó sobre Madre Paloma y la abrazó por el cuello, entre sollozos. Luego se irguió y dijo:

—Lo volvería a hacer.

—Lo sé. Yo lo...

—... sabes, Mamá Paloma. Sabes que nadé, nadé con una sirena —y dirigiéndose a Ree, dijo—: Le prometí a la sirena una varita mágica. Tuve que hacerlo, de lo contrario no me hubiera dado su peineta.

La Reina Ree se preguntó si iba a ser posible cumplir esa promesa, pero se negó a pensar en ello por ahora.

De pronto, las hadas oyeron un fragoroso batir de alas y levantaron las cabezas en señal de alarma. Pero no era otra cosa que un Palomo que descendió para hacerse al lado de Madre Paloma.

Los dos se saludaron. Madre Paloma dijo:

—Te presento al Hermano Palomo, Rani. Él de ahora en adelante será tus alas.

—¡Oh! —exclamó Rani, que empezó a llorar una vez más.

—Súbete —le dijo el Hermano Palomo, ofreciéndole un ala para que lo hiciera.

Y Rani lo hizo, se subió y se sentó sobre su cuello.

—No te dejaré caer —dijo el Hermano Palomo riendo, y remontó el vuelo.

Rani se sintió tan segura como si volara con sus propias alas. Además de que nunca antes había experimentado un vuelo como éste, tan poderoso y rápido. ¡Tan veloz! ¡Y tan alto! Las hadas parecían puntitos en la arena. El océano resplandecía de un azul encendido, surcado de la blanca espuma en las crestas de las olas. Era su océano ahora. Ahora podría jugar y nadar en él y quizá algún día toparse con otra sirena.

El Hermano Palomo descendió haciendo un lento espiral. Las hadas aplaudieron al tiempo que Rani se desmontó.

—Lo único que debes hacer es silbar cada vez que me necesites y ahí estaré —dijo el Hermano Palomo volando en dirección al mar.

—Y ahora... —empezó a decir Madre Paloma abriendo las alas para envolver a Prilla.

Prilla sintió la suavidad de las plumas de Madre Paloma. Aspiró su tibio y dulce aroma.

Madre Paloma la soltó de su abrazo. Prilla estornudó y sonrió, abrumada.

—Sólo Kyto podía reparar el huevo entero —dijo Madre Paloma—. Pero en el último momento lo contaminó y entonces te necesitamos a ti para enmendar esa falta. Fue un día muy afortunado para el País de Nunca Jamás aquél en el que tú llegaste.

Tras una pausa, Madre Paloma se dirigió ahora a todos los demás presentes:

—Prilla tiene un nuevo talento: es nuestra primera hada con talento para visitar Tierra Firme y hacer aplaudir a los niños.

«¡Ay, ay, no lo puedo creer!», pensó Prilla, «después de todo sí tengo un talento. No era que estuviera haciendo las cosas mal».

Madre Paloma agregó:

—Por ahora, Prilla, eres la única hada con tan singular talento. Algunas veces te sentirás muy sola.

Prilla asintió. Bien, soportaría su soledad, pero ahora que tenía un talento, la cosa sería mucho mejor.

Las hadas guardaban silencio. Entonces Campanita dijo:

—Prilla será en adelante miembro honorario del gremio de hadas con talento para reparar cazuelas. Estamos muy orgullosas de tenerla entre nosotras.

Prilla se volvió, sorprendida, para ver los hoyuelos en las mejillas de Campanita.

—Prilla será también miembro honorario de las hadas con talento para el agua; le enseñaré algunos trucos.

—Gracias, Rani —dijo Prilla, temiendo que de pronto empezara a llorar.

El silencio se hizo de nuevo.

Entonces Terence intervino:

—Prilla será hada honoraria del talento para fabricar polvillos de estrella.

Y Dulcie agregó:

—Nos encantaría que Prilla fuera miembro honorario de las hadas panaderas.

Y así, una a una, todas las hadas se unieron al coro haciendo a Prilla miembro de sus gremios de talentos.

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias! —repetía Prilla llorando y dando saltos mortales, doce saltos mortales alcanzó a dar.

Madre Paloma empezó a tiritar, sonriendo, infinitamente feliz y dijo:

—El Cambio de Plumas está por empezar.







Las ilustraciones de este libro están hechas
con acuarelas en papel de Arches Hot Press Watercolor.



GAIL CARSON LEVINE (Nueva York, Estados Unidos, 17 de septiembre de 1947). Se crio en las calles del norte de Manhattan, Washington Heights, un barrio que sirvió de refugio para los aliados de Hitler después de la Segunda Guerra Mundial. Dice la autora, que por aquellos tiempos, se hablaba alemán tanto como el inglés.

Da las gracias a sus padres David y Sylvia por su vena creativa. Su padre, en quién se basa para gran parte de la historia *Dave at Night* (galardonado con un ALA Notable Book y Mejor libro para jóvenes), era propietario de un estudio de arte comercial, y su madre era una profesora que escribió obras para que sus estudiantes las interpretaran.

Fue miembro del Club de Scribble Scrabble en la escuela primaria. Y en la escuela secundaria, sus poemas fueron publicados en dos antologías de poesía de adolescentes. Sus aspiraciones, desde muy jovencita, no eran ser escritora si no ser ilustradora, le encantaba el dibujo y la pintura. Años después dio un cursillo sobre escritura e ilustración, y descubrió que no le gustaba ilustrar ni la mitad de lo que le gustaba escribir.

Se licenció en Filosofía en el City Collage de la Universidad de NY en 1969 y desde entonces ha trabajado como escritora de libros para niños, como entrevistadora en el

Dpto. Estatal de Trabajo de NY, como auxiliar administrativo en el Dpto. de Comercio, y en el Dpto. de Servicios Sociales NY entre otros. Ahora su mayor dedicación es la escritura de libros para jóvenes. Aunque no hace mucho, ella y su marido colaboraron en el guión de un musical para niños que se estrenó en un teatro de Brooklyn.

Durante nueve años todo lo que escribió fue rechazado por las editoriales. *Ella Enchanted* fue su primera novela publicada y premiada con un Newbery Honor Book. En 2004 fue llevada al cine como *Hechizada*, protagonizada por Anne Hathaway.

Princess Tales series, ambientada en el Reino de Biddle, es la colección más amplia que ha escrito, contando con 9 volúmenes.

Levine también ha escrito una novela ilustrada para jóvenes lectores llamada *El secreto de las hadas*, la cual fue publicada en 2005 por Disney. La novela explora el mundo de Nunca Jamás y la comunidad de hadas que viven allí. Personajes familiares como Campanilla y el Capitán Garfio aparecen en la historia, así como los caracteres originales. Levine ha publicado hace poco una secuela de este libro, titulado *El refugio de las hadas y la búsqueda de la varita mágica*.

Actualmente vive con su marido David y sus Aireadle Terrier, Baxter, en una granja de Brewster, Nueva York.

Libros publicados en España.

El mundo encantado de Ela (2002). [Ella Enchanted] (1997).

Dos Princesas sin miedo (2003). [The Two Princesses of Bamarre] (2001).

¡Cuidado con los sueños, sobre todo cuando se cumplen! (2003). [The Wish] (2000).

El país de Nunca Jamás y el secreto de las hadas / El secreto de las hadas (2005). [Fairy Dust and the Quest for the Egg] (2005).

El refugio de las hadas y la búsqueda de la varita mágica (2007). [Fairy Haven and the quest for the wand] (2007).

Historia de dos castillos (2011). [A tale of two castles] (2011).